MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 14

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA III
(Ensayos I)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

© CONGRESO DE LA REPUBLICA
Caracas/Venezuela/1991
ISBN 980-231-082-4 (Obra Completa)
ISBN 980-231-132-4 (Vol. 14).

MARIO BRICEÑO-IRAGORRY

Vol. 14

OBRAS COMPLETAS

OBRA LITERARIA III
(Ensayos I)

Ediciones del Congreso de la República
Caracas/Venezuela/1991

COMISION EDITORA

Pedro París Montesinos
Presidente del Congreso

Luis Enrique Oberto
Vicepresidente del Congreso

José Rodríguez Iturbe
Presidente de la Comisión de
Política Exterior de la
Cámara de Diputados

José Agustín Catalá
Jefe de la Oficina de Investigaciones
Históricas y de Publicaciones

Fundación "Mario Briceño-Iragorry"
Beatriz Briceño Picón
Omar Briceño Picón
Miguel Angel Burelli Rivas
María Briceño de Burelli

COMITE EDITOR

Domingo Miliani G.
Rafael Angel Rivas D.
Gladys García Riera
Anabel López de Del Pozo
Catalina Gago G.

SUMARIO

Pág.

Criterios de selección y ordenamiento del volumen 14 IX

OBRAS COMPLETAS – VOLUMEN 14
OBRA LITERARIA III
(Ensayos I)

HORAS 3
LA RUTA DE EPICTETO 7
Palabras de resignación y de entusiasmo 11
Sol meridiano 13
Parábolas simples 17
La escuela del Quijote 19
Los humildes 23
Alma de pueblos 27
El misticismo de Amado Nervo 31
Mauricio Maeterlinck y la filosofía de la desgracia 39
La novela metafísica de Rod 47
Un silencioso 53
Elogio del Dr. Eloy Paredes 61
Límites a la libertad de la prensa 77
Discurso de Mantenedor 87
La emboscada 99
La emboscada 101
La ciega 111
El viaje de Aqueronte 121
Páginas breves 123
En elogio de tu serenidad 125

Pág.

Ciento una 127
Panteísmo místico 129
La voz de las sombras 131
Podre 133
La hora solemne 135
Símil 137
Colofón 139

MOTIVOS 143
Hacia Babel 147
El Derecho 149
La guerra 151
Wilson 153
Rolland 155
Causas y efectos 157
La unión 159
La justicia 161
La crítica 163
Las civilizaciones caídas 165
El siglo XX 167
Nuevos rumbos 169
"El sentido de la muerte" 171
¿Perecer? 175
"El Límite" 177
El misticismo 179
La literatura mística 181
La Edad de Oro 183
Ayer y hoy 185
Los rusos 187
La ascensión 189
El Gran inquisidor 191
El camino 193

VENTANAS EN LA NOCHE 195
MOTIVO INICIAL
Ventanas en la noche 199
MOTIVOS DE LA POSTGUERRA 201
MOTIVOS DE EDUCACION 203

Pág.

Ensayo de una psicología educativa 205
MOTIVOS BIOGRAFICOS 215
Alabanza de una vida beatificada 217
En elogio de un libro 225
MOTIVOS INFANTILES 229
Meditaciones al lado de una cuna 231
MOTIVO ACADEMICO 237
Introducción para un elogio de la justicia 239
MOTIVOS ACTUALES 245
Leyendo a Giovanni Papinni 247
A propósito de la educación de la mujer 251
La hora de América 255
MOTIVOS DIVERSOS 261
Páginas sueltas 263
Muda Sapientia 263
Ante unas perlas 265
Alma Parens 267
Lección de optimismo 269
Glosas místicas 273
La sábana blanca 273
El ciego que no vio los hombres 275
Caminos en la arena 277
La ruta milagrosa 279
La última leyenda 281
Poemas mínimos 285
Como las aguas dormidas... 285
El niño muerto 286
La muñeca rota 286
Primera comunión 287
Alegría infantil 287
Las dos monedas 287
Pax 288
Muñecos de barro 289
La clepsidra 289
Ojos de la tierra 290
Primavera de invierno 290
Rosas 290
El barco 291
Zapatitos vacíos 291

Pág.

Cielo estrellado 292
El camino 292
El huerto 293
Las dos tiendas 294
Hojas amarillas 295
Ramo de rosas 295
Alas plegadas 296
El estilo 296
La noche 297
Colofón 299

Historial bibliografico del volumen 14 303
Indices del volumen 14
Indice onomástico y toponímico 309
Indice de materias 317

CRITERIOS DE SELECCION Y ORDENAMIENTO DEL VOLUMEN 14

El presente volumen, el primero de tres dedicados a la obra ensayística literaria de Mario Briceño Iragorry, incluye sus tres primeros libros, **Horas** (1921), **Motivos** (1922) y **Ventanas en la noche** (1925). Acogen textos que ya habían aparecido en los diarios y revistas de la época y que el autor consideró debía darles permanencia recogiéndolos en libros. Constituyen los primeros frutos literarios del autor. Dan muestra del estilo de juventud del escritor, de sus preocupaciones y sus gustos filosóficos y literarios. Están marcados por los fuertes sentimientos religiosos de quien venía de regreso de una breve pasantía por los predios de la iconoclastia y de la rebeldía. Esas ideas de sus años juveniles, expresadas en ensayos en los que predicaba a Zaratustra y al superhombre nietzscheano o defendía a Judas o exaltaba el misticismo teosófico de Amado Nervo, escandalizaron a muchos de sus lectores.

Horas incluye artículos escritos para la prensa de las ciudades en donde residió –Trujillo, Mérida y Caracas– es obra de introversión, de carácter semi–místico. Con lenguaje cargado de lirismo expresa sus meditaciones y angustias viendo los problemas sociales a través de estados personales de conciencia mediatizados por la visión religiosa.

Briceño Iragorry incursionó también en el campo de la dramaturgia. Muestra de ello son las dos breves obras teatrales, "La emboscada" y "La ciega" que incluyó en este libro.

Horas, según lo manifiesta el propio Briceño Iragorry con fino humor, se agotó "en cosa de seis días, puesto que lo liquidaron las llamas del incendio ocurrido en la vieja librería Maury".

Motivos, aunque dentro de la misma tónica del anterior, incluye textos de una mayor unidad temática, como el dedicado a Julio Sardi en el que reflexiona sobre la moral, la justicia, el derecho y el estado de la civilización después de la Primera Guerra Mundial. Son trabajos de un carácter más filosófico en los que están presentes el tema místico y el sentimiento de la muerte. Algunos son comentarios sobre lecturas: Michel Artzybachev, Romain Rolland o José Enrique Rodó, devienen pretextos de reflexión.

Ventanas en la noche contiene ensayos, discursos y breves poemas en prosa escritos durante su permanencia en Caracas y Nueva Orleans. Reflejan un cambio significativo en su religiosidad. Ha encontrado en la obra de Giovanni Papini, **Historia de Cristo** un anticipo del Cristo de la novela de Nikos Kazantzakis, **Cristo de nuevo crucificado**, un Cristo "resucitado", "mundano", "viril", que permite desarrollar "un cristianismo social, activo en obras nuevas, que redima la tierra de un modo pleno". Por un cristianismo así, consustanciado con el dolor del pueblo luchará toda su vida y será un tema de meditación constante al que hace referencias en casi todos sus escritos.

Los libros incluidos en el presente volumen son reproducciones de primeras ediciones no reeditadas hasta ahora.

EL COMITE EDITOR

OBRAS COMPLETAS

VOLUMEN 14

HORAS
(1921)*

(*)Tomado de la 1ª edición. Caracas: Tip. Mercantil, 1921. 194 p.

OFRENDA

A la Madre bondadosa, que ha puesto óleo puro en la lámpara de mis ilusiones y el doctor V. Márquez Bustillos, quien siempre me ha ofrecido la largueza de su mano protectora, dedico estas páginas.

LA RUTA DE EPICTETO

J'ose dire qu'il méritair d'etre adoré...
Pascal, avec M. de Saci.

Las sandalias del esclavo filósofo pasaron por la vida sin ruido, dejando sólo tras sí un gran tesoro de serenidad y de silencio. ¿Cómo encontrar su ruta?... En horas de reflexión el espíritu abatido por la aridez cuotidiana, se inclina solícito sobre las arenas de la existencia en busca de ella, no la encuentra, y en su profundo desconsuelo, torna a mirar hacia arriba, hacia la paz inefable de las constelaciones. Acaso allá lejos flota el espíritu del gran filósofo.

PALABRAS DE RESIGNACION
Y DE ENTUSIASMO

SOL MERIDIANO

...Frente a nosotros el sol caldeaba sin piedad la inmisericordia de una cercana y abrupta peña rojiza. Arida, dolorosa, accidentada por huellas profundas de antiguas corrientes fluviales, la altiva masa serrana presentábase como símbolo de la inclemencia torturante de un destino en que la fatalidad hubiese arrojado el soplo de su esencia protéica, mas el sol al bañarla con sus ardientes rayos meridianos hacía aparecer las escarpaduras rugosas de la peña plenas de una subyugante belleza humana, belleza acaso de un alma profundamente superior, de un espíritu que hubiese lavado la impureza cuotidiana en el agua amargosa de dolores multiformes y que viera con serenidad de filósofo y de resignado, agotarse todas sus energías y sus dulzuras y sus sueños todos.

Lejos, más allá de la cresta erizada de la peña simbólica, la montaña fecunda aparecía como un esfuerzo de la tierra que anhelase alcanzar el fondo de los cielos remotos. Hermosa, con la hermosura intocada de su fecundidad selvática, presentábase a nuestros ojos como una gigantesca masa de verdura, sagrada en el misterio de la tierra donde los hombres no han saciado aún su hambre de exploración y donde acaso quede encerrado, a pesar del avance de los siglos, un eco de la palabra generadora de Dios. Pero aquella primera impresión de soledad y de abandono cayó presto al contemplar en plena selva, entre la grave solemnidad frailesca de largos árboles seculares, algo como un angosto camino, uniforme y recto. Subía de la llanura que ocultaba a nuestros ojos la peña accidentada y siguiendo el dolor de un esfuerzo, iba como arrastrándose hasta el filo que parecía hundirse en el azul lejano.

Aquello era la labor larga y solitaria del hombre de la llanura y expresaba en medio de la verde lontananza arbórea, la vehemencia de un deseo torturante de subir. Acaso un día el hombre que vivió en la blanda tierra de los valles, sintió tedio de tanta uniformidad y quiso conocer el arcano de la selva que se alzaba ante sus ojos torpes y anhelantes; y subió sobre piedras ásperas, haciendo sobar el diente de su hacha en los maderos intocados y regando con la sangre de sus pies firmes el camino que ganaba a precio de sudores y angustias. Tal vez un día los de abajo notaron que el hombre no bajó más, tuvieron miedo de subir en su busca queriendo que con sus carnes no banqueteasen las fieras del bosque, y los huesos del voluntario acaso reciban hoy como premio a su heráclida entereza, el beso del sol filtrándose hasta ellos por entre el espacio que él limpiara de árboles, y esta huella uniforme y simple, que corona en su ascensión la montaña virgen, habla con la clara lengua de los maestros, del abnegado peregrinar de un hombre de voluntad que quiso cambiar el monótono panorama de la llanura por el misterio de lo único desconocido que creyó existía para sus ojos torpes y hambrientos, y sobre la tierra rastreada por su planta pide bendición de eternidad el recuerdo silenciado de quien con ansias de alzarse y perpetuarse, dio para siempre espaldas a las suaves delicias de una vida uniforme y anónima.

Y nuestra vía sigue cambiante, ondulante, coronando alturas entre ásperos riscos. A cada mirada nueva cambia el paisaje: ya es la espiga orecéada que miente lagos de leyenda al ser movida por la fuerza del viento, después la desolación de serranías estériles, donde grandes piedras regadas con uniformidad inexplicable, hacen crear la mentirosa idea de ser ellas salvajes habitantes de siglos pretéritos, que al conjuro de un encanto, libráronse del hierro de la conquista destructora y que desde su inmutabilidad actual atalayan a los nuevos señores de sus perdidos dominios. Así va el camino en medio de una paz y de un silencio que hacen olvidar los pueblos cercanos y las ciudades próximas. Es un silencio de seres y de almas: nada canta, nada llora, nada ríe, a no ser el río que mientras más subimos se hace más pequeño. Es símbolo de vidas este río sonoro que mengua a cada paso que damos hacia arriba. Con qué estrépito suena y alborota abajo, parece desafiar las ásperas rocas que se abren a su paso: voz de ejército que triunfa, voz de hombres llenos de

vanidades y de orgullos, voz de pueblos potentes que absorben pueblecillos pobres. Es locura de espumas en hermosas cataratas, sinfonías mayores que hacen enmudecer los seres que junto a él vienen peregrinando en solicitud de nuevos cielos. Todo lo arrastra: hombres y puentes, brutos y peñas: señor de selvas y de llanos, él sólo deja oír el estruendo de su voz, pero cómo va siendo pobre esta voz del río a medida que subimos en la historia de su vida cristalina. Cada vez más pequeño y más humilde, ya su música no es sonar de orquesta sino uniforme voz de flauta monorrítmica; poca agua, poca voz y poco lecho, ya no es río sino hilo cantarino allá en la cumbre; su voz es voz de niño enfermo y vanidades de cuando cruzara la llanura, ahora son pura humildad de un chorro de agua fresca que sale de entre piedras poderosas. Y como él los hombres y los pueblos, Triste pequeñez en sus orígenes, aumentan con valores que le vienen en la ruta y se le agregan, y con el correr del tiempo se hacen a campanas bullangueras que engañan su miseria, crecen, se hacen grandes, aturden la historia, pero si como hicimos con el río subimos en el tiempo hasta su cuna, encontraremos también que sobre la humildad de piedras y pañales primitivos, no son sino pequeñas vanidades crecederas.

PARABOLAS SIMPLES

En la obscuridad de la alcoba llora el niño, mientras pesadamente se arrastra en busca de la madre... Impotente porque no sabe caminar, ciego porque la luz hase apagado, e ignorante porque su comprensión aun no existe y desconoce el camino que pudiera llevarlo a la pieza contigua. Llora y clama en su impreciso vocabulario y nadie le oye, su voz aun no pasa las fronteras de la sombra; duélese en su angustia, su fatigar es para él como luchar de cíclopes: dos pasos que anduvo sobre sus trémulas rodillas de rosa, son una infinidad de leguas; su pena es angustia de tragedia. Nadie le oye desde fuera mientras su dolor llena la negrura de las sombras pero la madre, sin oírle, llega diligente en busca suya y le alarga su mano pródiga entre las espesas tinieblas de la alcoba.

El niño ríe y gózase. Lágrimas y angustias se han tornado en música pascual; ¡cómo es triunfo su sonrisa y cómo quiere expresar en la torpeza de su lengua su entusiasmo!

Filosofía de aquella vida en pañales, dijera ser sus lloros angustiosos motivo de la oportuna aparición materna. El ignora en su pequeñez que su anhelo hubiérase colmado sin sus gritos, sin su andar y sin su espera, y cuánto sufrió este niño diligente en busca de la dicha acariciante de la madre, han dejado de sufrirlo otros pequeñines como él que no se angustian. Son apacibles y quietos en su soledad, resignados en su silencio, callan el hambre y lejos de fatigas buscan leticias en el sueño y duermen, y al despertar, la penumbra está alumbrada por los ojos de la madre que vela junto a ellos y les guarda golosina de besos.

No es triunfo del esfuerzo en unos ni premio al esperar en otros, es filosofía simple de la hora oportuna. Nada se adelanta y nada tarda, todo viene a su tiempo: germina la semilla, nace el árbol, caen las hojas y llega el fruto, y la labor sólo está en regar la tierra cuando el sol la seca, limpiar el árbol cuando marañas de espinas quieren agostarlo, probar los frutos cuando la sazón los ha hecho grávidos de jugos, poniendo alegría en la lucha y gozo de resignado en la espera de lo que ha de venir.

Niños grandes son a veces los hombres en la tiniebla de la vida. Ambulan por senderos tortuosos que abonan con su esfuerzo, llaman, gritan, desespéranse, e ignoran hacia dónde va el camino, dónde está la luz y a quiénes claman. Otros como los niños resignados duermen con paciencia en espera de ver al nacimiento del alba los dulces ojos de la suerte saludándoles con guiños de embeleso, pero la suerte a veces es señora diligente y sólo mira de pasada a quienes duermen; y así retrato de la vida parece la parábola de los niños: unos se angustian demasiado mientras los demás esperan sin acción, y cuando alcanzan lo que quieren creen su esfuerzo o su esperar coronados, sin pensar que eso venía para ellos. Madre de hijos diligentes y madre de resignados siempre llega a tiempo y ésta ha sido quien salvó de caer en concepto de inutilidad el llorar de los unos y el dulce sueño de los otros. Pero llega el día en que nuestra madre la Vida no nos busca y entonces nuestros gritos o el descanso de la espera nada valen y la parábola de los niños cede su puesto a la disciplinada vitalidad del árbol: la lucha resignada y la espera diligente de quien sembró semillas para el futuro: que el deseo de regar la tierra no torne en podre el germen y que la sombra de las primeras hojas no sea ocasión para sueño tan largo que permita a los sarmientos atrofiar la planta, y cuando el árbol fructificó en doradas mieles, no esperar frutos mejores que las semillas primitivas. Sea oportuno el sembrador en sus faginas y en sus ocios, y amoldando sus deseos a la oportunidad de la estación no sufrirá lloros de tristeza. En la disciplina de los árboles está su lección de vida, cuando en orfandad irremediable se lanzó a la lucha diaria sobre el confuso erial del mundo.

LA ESCUELA DEL QUIJOTE

Don Quijote vive en el campo. En el cortijo silenciado tiene hoy su palacio de gran señor el viejo hidalgo de la Triste Figura. A medida que la civilización fue apoderándose de los pueblos encontró los cortesanos dignos de desprecio: el hombre civilizado de las grandes urbes le fue motivo de lástima, esos pobres hombres, realidad viva del verso de Plauto: *homo hominis lupus,* esos pobres hombres desprovistos de espíritu, convertidos en esclavos de sus instintos, pequeños, envilecidos, cobardes. Ninguno le pareció digno de competir consigo; corazones mezquinos, manos criminales, no son para luchar con la nobleza suya. ¿Y dónde el pan sano, amasado con levadura de honras, propio para ser llevado a sus labios?... Y el de la Mancha "menospreció la corte y alabó la aldea", como lo hiciera fray Antonio de Guevara, pero como más tarde la aldea obtuvo categoría de ciudad y con ella perdió el suave encanto de su quietud desesperanzada, de su espiritualidad de sitio abandonado, de su inacción de pobre vivienda de gentes resignadas, el manchego se alejó de ella también, y en silencio guió sus pasos hacia la virginidad frondosa de los campos. En ellos pasa hoy su vida e ignorado del siglo, surca con el labrador la tierra fértil cuyo único abono son el agua y el sol.

Y con el Quijote retornan al cortijo todos los espíritus malhallados en el mecánico vaivén urbano. Mientras la vida diaria destruye incansablemente el valor espiritual de los hombres, estos miran hacia el silencio no profanado de la selva. Cabe la misericordia de su rusticidad el alma se simplifica, se desnuda toda de las vanas complicaciones que diérale el progreso de hierro de los pueblos, ese progreso que destruye todo lo que

no se aviene con su sed de movimiento, con su agitación, con su inquietud; ese progreso que odia todo valor no susceptible de ponerse en una caja de ahorros o de ser representado por billetes de banco. Entre los valores cotizables de este progreso no está el valor del espíritu, que descendiendo ha pasado a ser un pobre esclavo de la mecánica, frágil cosa que poco vale, digno de tomarse en cuenta sólo por la curiosidad que dan las monedas viejas. Pero en la pobreza del cortijo el espíritu se agiganta, crece hasta el infinito viviendo en contacto con la Naturaleza. En la quieta soledad de los campos y de los pueblos estancados, vecinos a las selvas más que las populosas urbes, pueblos apacibles que tienen franco camino a la montaña, el espíritu parece que trabaja con fuerza propia. El pensamiento como minúscula abeja de una colmena primorosa, labora callando, en callada humildad que encuentra oro de miel aun en las flores más inodoras. La vida espiritual es hermana de la pobreza y del silencio y pobreza y silencio son destruidos por la ola poderosa del progreso, de este actual progreso de hierro, de máquinas gigantes, de valores incalculables. Don Quijote piensa con Epicteto que es mejor amueblar el alma con la liberalidad y la justicia que llenar la casa con suntuosos objetos por vano amor al lujo y como el lujo de la casa contraría el del ánima, él se ha venido a estos sitios en que no hay más muebles que los necesarios para dormir y descansar, pero en los cuales el espíritu ha hallado lugares deliciosos donde pasearse libremente en su sed de perfeccionamiento y de justicia; y cuanto la vanidad pierde en estos retiros solitarios, gánalo la vida interior que se hace cada vez más pura y más intensa. Y el progreso material se trueca en progreso de espiritualidad. No es ya la pobre criatura humana, inmutable en su tamaño, cobijándose bajo altas torres de granito, viviendo en casas de pisos incontables, sino la torre diamantina del espíritu, cada vez más alta, dando valor a la persona. En medio del progreso material de los pueblos el hombre se achica ante las soberbias obras de sus manos y en la soledad de las villas muertas y de los campos vírgenes, la vida humana es pequeña ante la majestad del espíritu que se encumbra por obra y gracia de su poder oculto.

En el tumulto de las grandes ciudades, viciadas y llenas de inquietud, el hombre carece de medios para conocerse a sí mismo; el vecino con quien lucha ocupa para su conocimiento el sitio que debiera llenar su

personalidad interior, esa personalidad raras veces encontrada y a la cual hace referencia la inscripción délfica. Labor inútil en medio del agitado movimiento de las ciudades, atónitas ante el ruido de su incesante progresar, duras por la lucha diaria que amengua el valor propio de los hombres, ciudades instintivas, voraces como el trágico Moloch, destructoras de vidas individuales para crear los grandes valores de sus sindicatos, donde el hombre vale por sus brazos solamente y donde la justicia, la confraternidad y la virtud se ferian a bajo precio, ciudades matemáticas, productos del cálculo y de la especulación... Don Quijote las detesta y ha huido de ellas para siempre. Cuando las vio en camino de olvidar su nombre caballero, alabó la aldea humilde, y cuando ésta, siguiendo después en progreso, quiso retratar las ciudades populosas, se alejó hacia la selva anónima y hacia los pueblos muertos, solitarios y estancados, con amplios caminos a la montaña de donde reciben corrientes de renovación y de vida. Y el de la Mancha vive así en silencio callado, lejos de los hombres y de las máquinas, soñando con su mundo ideal, imposible, inaccesible...

LOS HUMILDES

Fuera de la ciudad, más allá de los últimos arrabales, más allá del río sonoro de casa, aquello no es sino templo de pobreza, de miseria suma: cuatro endebles pilares y una techumbre de hojas, es la mansión del solitario pordiosero; los claros de pilar a pilar están cubiertos de géneros unidos malamente y puertas no las hay, porque este viejo piensa como Jacopone de Todi que los ladrones no persiguen la pobreza. Bajo el sol de la tarde endilga hacia allá sus pasos, apoyándose en el rudo bastón que ayuda la flaqueza de sus miembros. Va cansado. Caminó todas las calles suplicando la limosna en puertas ricas y en el morral la lleva a casa a regalar con ella su apetito castigado. Llega a la covacha, descarga el pesado fardo y suspira. Ya es de noche. Estrellas apuntan en la lejanía celeste y el viejo está solo y diligente aderezando la cena que hubo a súplicas. Unas ramas secas danle calor y luz y presto está arreglado todo y come con fresca alegría de triunfo. Pan candeal son las sobras para su inculto paladar y las prueba con placer que de verse diera envidia, y como poco tiempo gasta en su merienda, sale luego hacia la orilla del cercano río, cántaro en mano, en busca de agua clara. El cántaro es resto de otro mayor que no fue suyo y que rompióse antes que la caridad se lo obsequiase. En su borde tosco sorbe el agua como en ánfora murrina y torna a casa donde aún la luz alumbra el nido que se tiene para echar su cuerpo a descansar.

Ahora el viejo está alegre en su silencio de abandono contemplando la noche sin ruido, clara noche llena de astros, noche quieta, que trae paz a su llagado corazón de mendicante y momentos después el viejo duerme, y el sueño suyo es dulce, sueño sereno, sueño apacible de quien mira con indiferencia despertar en la Vida o en la Muerte.

La tempestad brama como bestia salvaje sobre la copa de los grandes árboles, el río ruge en su furor incontenible, el viento silba trágicamente, y las nubes, descargándose, todo lo llenan de agua. Horror de la noche, el viejo despierta en medio de su furia, temblando de miedo. La luz de los relámpagos tiene como en el día su misérrimo tugurio, sobre el cual crujen los árboles cercanos, próximos a venirse al suelo. Incertidumbre del momento, el viejo ignora lo que debe hacer en aquella hora de dolor y de prueba: único en la desolación de aquellos sitios, no hay refugio cercano en donde ocultarse al poder de los elementos embravecidos. Sale en su inconsciencia de angustiado hacia la negra intemperie, mientras la lluvia azota inclemente su pobre espalda fatigada; camina, corre buscando acaso un hueco en la tierra en donde esconder su cuerpo trémulo, y nada encuentra, a no ser el agua del río que brama con más fuerza, el azote del cielo que castiga su carne flácida, la luz del rayo que enloquece su retina. Dolor de la noche, todo es para el pobre pordiosero enloquecido, que a fuerza de andar cayó inerme en tierra y ahora el vendaval le acerca el instante de la muerte, que él tal vez espere con resignación y entusiasmo, mientras la naturaleza se conjura sobre su miseria.

Han cesado el viento y la lluvia y la tempestad. Sólo el río sigue rugiendo ferozmente. Pronto los negros nubarrones se ahuyentan y las estrellas parpadean en el fondo remoto del cielo. El viejo se levanta con esfuerzos dolorosos de la tierra donde fue arrojado por la tormenta y empieza a caminar torpemente en busca de su choza miserable. Después de mil vueltas y cuando el día comienza a clarecer, el pordiosero da con el lugar en que se alzaba su tugurio, que ya es ruinas solamente. El viejo ve aquella destrucción serenamente, sin que su rostro revele la más pequeña señal de dolor; da pocos pasos y entre la hojarasca humedecida halla la alforja andrajosa que le ha servido tanto tiempo –desde que murieron sus hijos y parientes– para recoger los mendrugos que le regala la largueza pública. La levanta con cariño y rodilla en tierra une sus flacas manos en señal de oración, con devota unción de creyente y alaba a Dios dándole gracias por el don que le hiciera de dejarle aún el pedazo de vida que arrastra por calles y caminos, y cuando el sol ya estuvo sobre la cresta de los más altos montes, el viejo aún oraba imperturbable, embelesado...

Descendiente espiritual de la larga familia de resignados que culminó en el pestilente estercolero de Job, este viejo, imagen de otros tantos hombres callados, va siempre por la vida en silencio, mientras una tragedia desconocida para todos, roe interiormente su espíritu, su pobre espíritu de hombre. Yo lo he visto mil veces pasar junto a mí a cualquier hora del día, y tú, lector, acaso hayas puesto sobre él una mirada de ternura, creyendo regalarlo con ella. Pero en balde tú y yo hacemos caridad a este pobre ser anónimo que nadie conoce, en balde nuestro espíritu tiene compasión de él, que poco necesita. Dadle lo que pide, lo que le falta, un pobre pedazo de pan para su estómago y tú anhelarás siempre, sin alcanzarlo, el hermoso tesoro de su vida desconocida: la profunda serenidad de su alma humilde...

ALMA DE PUEBLOS

Sólo una fuente canta en medio del silencio de la calle abandonada y umbrosa, donde enfilan su quietud altos sauces llenos de luna. Fuente antigua, de pueblo muy español por donde pasara el siglo XVII, ruinosa y fea, habla de cosas viejas: de rezos muertos, de citas truncas, de luchas fuertes y bravas. La luna y el silencio le dan voz a las cosas, y esta agua que corre imperturbable hace centenares de años, discurre con lengua casi humana. Oyó ella el reír alborozado de niños que después fueron mozos galanes y junto a ella solicitaron caricias de amadas ardorosas, y los mozos fueron viejos, pidió alguno limosnas frente a su claro cantar, otro pasó por ahí ufano de sus méritos, otro se hizo fraile, una tarde sintió pena, se sentó a un lado suyo y rezó su libro de oraciones, mientras otros se fueron para lejanas tierras, en busca de oro, de conquistas y de muerte. Pasó el tiempo y vino otra generación que también fue suya, y otra y otra, y de todas dice algo el hilo de agua de la fuente, donde parecen rondar tantos espíritus olvidados.

Alma de las cosas que es como alma de seres muertos, este profundo encanto de los sitios solitarios constituye testamentos de años que fueron. Pasó el color de una hora, se esfumó en el tiempo el minuto de una acción, de una palabra, y la materialidad muda y estática de las cosas próximas, encierra aun para siempre la voz que se rompió contra ella y la acción que llegó hasta su inadvertida quietud en un momento muerto; y todo esto que ya nadie recuerda, que la historia no hizo suyo por pequeño, vive ahí, en silencio y soledad que hablan con voces mudas. Panteísmo del paisaje, el espíritu se enreda en la inconsciencia de las piedras y desde ellas echa a vuelo sus campanas sobre el correr del

tiempo; sangre de esfuerzos que por ahí cruzaran, ahora tierra fértil que después es rica exuberancia en savias y en flores, que son, más que inadvertidas criaturas, lengua de almas ignoradas.

Y así en el paisaje viven los hombres del ayer. Esta fuente que canta en el silencio alunado de esta calle olvidada, es igual a otra fuente de otro pueblo, lleno también de luna, de cipreses y silencio. Igual ritmo tiene el agua, igual dulzura en el ambiente de ambas, y a pesar de tanta igualdad el paisaje habla con voz desemejante en ellas, porque diferentes son sus almas. Obra de siglos y de hombres pasados, tienen la huella de su fisonomía y de su historia, porque los pueblos no son montón de piedras dispuestas por arquitectos, sino esfuerzo de hombres que van pasando. (Epicteto lo dice: "Engrandecerás a tu pueblo, no elevando los tejados de sus viviendas, sino las almas de sus habitantes".) Y como la piedra que ayer sostuvo el palacio del potentado, a pesar de derruirse aquél aún existe, así labor de hombres no perece, sino que en cambio sigue viviendo por sí sola, ganando, por una lucha panteísta, voz en las cosas que fueron sus testigos.

Seres humildes hubo en los pueblos que lucharon en silencio, su vida fue peregrinar en solicitud de acciones grandes, sobre la indiferencia cuotidiana arrastraron un trágico pensamiento que hasta la hora final sirvió de óleo para la lámpara de sus energías, y fueron héroes en su holocausto: a cada paso su carne sintió una mengua, lucharon sin fruto para entonces, pero el fatigar de su vida habla hoy en silencio también, sobre la impasibilidad de muros pétreos, de la labor útil de aquellos hombres silenciados. Su alma se prolongó más allá de la historia de su vida y, anónima, viven hoy en el espíritu colectivo, transformándose, agrandándose. Es el trabajo de los muertos, no aquel trabajo materializado en soberbios capitales de que nos hablan los economistas, éste es más intenso y más enérgico. Gota de agua sobre dura piedra, el pensamiento de nuestros mayores más remotos –ellos que dejaron el sudor de su esfuerzo en nuestras cosas– ha labrado con empeño obra presente, y hablando por bocas actuales, es como el fermento del alma de las colectividades que progresan. Viven perpetuamente en los pueblos que fueron antaño indiferentes a su poder oculto, más que en los hijos, donde triunfan los caprichos de la herencia, en pensamientos y en acciones.

Ignorados pasaron la vida en pensar y en dirigir, la tierra se hizo boca para acariciarles y premiarles, mas su impulso quedó fuera en crecimiento de beneficios y de ardores, latiendo en la gran arteria de la dinámica social.

Hoy son nadie, y como para ellos, también para sus hombres hubo orfandad de laude. Viven en nuestras ideas, en nuestro progreso, en nuestro espíritu, de una manera subconsciente, y cuando vamos por calles que ellos cruzaron hace mucho –sitios ocultos que fueron sombra propicia para la germinación de sus ideales apostólicos, riego de júbilo para sus anhelos muertos– voces que duermen en la quietud expiatoria de cosas viejas, nos hablan de ellos, de sus entusiasmos y sus luchas en pos de una trágica idea libertaria que nunca llegaron a consolidar. Ellos hacen amables estos paisajes indiferentes de los pueblos viejos, estos paisajes abandonados donde parece que su evocación sin nombre es más sentida, y alma popular, alma de seres muertos que hoy es como espíritu de cosas, habla mejor en este silencio de cipreses argentados de luna, junto a una fuente vieja y derruida donde reza con unción devota un hilo de agua clara.

EL MISTICISMO DE AMADO NERVO

En esta época en que el espíritu guerrero de las razas ha llevado su sed de dominio hasta la cima del más expectable heroísmo, una figura de modales un tanto antagónicos con el alma del siglo –fusión de oro y sangre– levántase hasta más alla del horizonte cultural presente, encarnando a la vez todas las tendencias místicas de su raza.

El hondo misticismo de Plotino, cuyo espiritualismo lo llevó hasta el éxtasis panteísta de su sistema filosófico; la religiosa beatitud de Raimundo Lulio, abrazado al silencio del claustro después de hallar en la carne de la mujer amada una llaga vulgar, tradición que si negada por la crítica moderna, subsiste como un símbolo encarnador de la sentencia salomónica: *Novissima autem illius amare quasi absynthium, et acuta quasi gladius biceps;* la casi salvaje religiosidad del flamenco monje Ruysbroeck; todas esas manifestaciones ultrasensibles del alma beatificada merced a prácticas más o menos sabias y casi místicas, parecen advertirse en los modales de Amado Nervo, el poeta de virtud antagónica con el alma del siglo, representante en las letras castellanas de la escuela imperecedera de los místicos. Y al hablar de éstos tenemos que anotar una verdad atestiguada en libros y sistemas: los místicos de hoy son los mismos del más remoto ayer –vivientes acaso de acuerdo con sus ciclos de reencarnaciones– y su literatura sufre apenas el cambio del idioma. (Prueba de ello es la resurrección bajo el nombre de *Teosofía* de las antiguas sectas religiosas de los indios y los egiptos). Buda, Plotino, Basílides el Gnóstico, Zarathustra el Antiguo, son los eternos profetas de esta escuela. También observando todas las tendencias de estos seres –monjas venerables del silencio– debemos anotar su fin más o menos señalado al panteísmo, sistema filosófico hacia donde tienden muchas de las explicaciones cosmogónicas de las distintas escuelas,

porque, los que atribuyendo una virtud de espontánea creación a la materia, pretenden justificar la no existencia de un primer motor, dan a aquélla la virtud suprema de éste, y vienen en cierto modo a *deificarla,* a confundir a Dios con la cosa. (Spinosa y sus secuaces no hicieron sino esto con diferencia de deducciones). Y los que despreciando la materia se elevan a los complicados planos del espíritu, llegando a la meta con Plotino, el cual explicaba la transmigración hacia el Todo Absoluto por la virtud del *éxtasis,* crearon el panteísmo espiritual subsistente en todo místico de cualquier época; de suerte que aceptando –si fuese posible el principio de los seres por la germinación espontánea de la materia, sustancia prima, creadora, etc., observando después el desarrollo animal según los evolucionistas, y aceptando por último la transmigración neo–platónica, explicaríamos la razón del mundo por el panteísmo, doctrina que es la sima para los materialistas y la cima para sus antípodas los místicos.

Por ello en toda alma religiosa efectúase un proceso panteísta. El período silencioso en que el recogimiento hace olvidar los dolores de la carne, efectúa lentamente la transformación vital de una manera inapercibible, y cuando se ha llegado el estado casi paradisíaco de Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Santa Clara, San Francisco de Asís, Raimundo Lulio, Ruysbroeck ¿qué se ha hecho la lozanía vivificadora, sanguínea en la corola de los labios pretéritos? ¿Qué fuerza los obliga a semejarse a sus azules sombras de otras épocas?... ¡Ah! la corriente panteísta que los transfunde, que hace viajar su esencia creadora hacia lo Absoluto, les ha arrebatado la fuerza vital y efectúa ahora como un cambio mágico entre sus organismos corpóreo y astral y el Todo Supremo: les roba lozanía física, les disminuye energías aparentes, pero les va dando lentamente la perfección metafísica y les proporciona el éxtasis final, último elemento de transformación que los lleva hasta los complicados círculos del Eterno Todo.

Y después de tanto exponer ¿qué hemos dicho de Nervo?... Nada más sino que es un místico, un panteísta espiritual. Leed "La Hermana Agua", un poema digno del Serafín de Asís, y veréis cómo nos explica el poeta en sus versos sinceros el gran misterio de las cosas: la milagrosa sinfonía del agua al caer de la cascada revelándonos lo que ha *visto* en el

corazón de la tierra, el agua que baja de los cielos y canta el encanto de su estada arriba –cerca del calor del sol y del azul remoto– el agua convertida en vapor, en rocío y hasta en lágrima.

.....Todo en el Universo
es uno: corazón, luna, sollozo, verso,
recuerdo, carne, aroma, risa o cantar dolido.

nos repite Gregorio, ayudándonos a interpretar así al gran asceta lírico.

En los éxtasis de Nervo hay imágenes completamente reveladoras de su sed de transformarse, de ir hasta el más allá irrevelado.

Leánmosle:

¡Oh, Arcano
para subir a tí, dame la mano!

.....

¡Contempla, allá, muy lejos la cima de zafir
a dónde has de llegar antes que la jornada
termine.

.....

y entones ¡por fin! hallaré a Dios?

.....

Este rodar de los años,
este arder de las estrellas,
esta ley inexorable del número y el espacio
que al cosmos liga y sujeta,

¿no son más inexplicables,
si bien se piensa,
que el persistir de tu yo,
que la simple vida etérea
y sutil de nuestras almas
su vibración que no cesa
en los planos invisibles
de la REALIDAD ETERNA?

No hay que dudar, estos pocos versos desglosados de un libro no ha mucho publicado, explican claramente el hondo misticismo del autor de "Perlas Negras" y "En voz baja", del poeta que en el arranque de alguna decepción luliana, preguntó anhelante:

¿Por qué DEMIURGO, hicieron tus designios obscuros
más sabrosos los labios que los frutos maduros?
¿Por qué diste a la hembra líneas en cuya gracia
hay avasalladora y sutil eficacia?
¿Por qué tiembla en sus ojos tan invencible imán?
¿Por qué, cuando nos miran, nos causan tanto afán?
¿Por qué es el MAYA artero tan cruel engañador,
por qué es irresistible la fuerza del AMOR?
Si luego quienes comen la codiciada pulpa
tan sólo hallan acíbar, como si la gran culpa,
estuviera en la fuente del nacer escondida
y el mal por excelencia fuera el mal de la vida,
como si el gran deleite, que el sexo lleva oculto
para su hosco Ahriman significase insulto.

y como siempre está mudo el Gran Misterio, leyó el libro sagrado, su vida encontró la sabia verdad: *Cuntae res difficiles: nom potest eas homo explicare sermone,* y clamó entonces con el alma del fraile de la leyenda:

Causæ causarum, miserere mei!

¡Creer, creer! Verbo imposible para tantos, negando su "consuelo metafísico" a dolorosas almas náufragas en el abismo de la duda. Todo pasa dejando tras sí la misma cosa, los débiles y los fuertes caen de igual modo, porque en el fondo de ellos está lo vano, lo carcomido, en igual proporción. *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas,* dijo el Eclesiastés, y agrega Kempis: *Deja todas las cosas transitorias, busca las eternas. ¿Qué es todo lo temporal sino engañoso?* ¿Y cómo se pueden conseguir las *cosas eternas?* ¿Dónde está su camino? ¿En qué oculto paraje encontró el divino Dante el pórtico en que leyera la frase sagrada: *Antes que yo no hubo nada creado, a excepción de lo inmortal, y yo duro eternamente?*..... ¡En ti mismo, contesta la fe imposible, purifícate para que puedas levantarte sobre las vanidades terrestres, has en tu interior un templo y lávate en el agua mística de la creencia!

Por eso Nervo cree, es idealista y confía en la resurrección de la fe. Amén. Oigámosle ahora como habla al soberano fundador del Escorial:

Ignora qué corriente de ascetismo,
qué relación, qué afinidad obscura
enlazó tu tristura a mi tristura
y adunó tu idealismo a mi idealismo.

En uno la nostalgia de la púrpura real y en el otro el dolor de la vida, la realidad de lo vano del mundo, el ojo escrutador que advierte bajo la rica seda de la hembra y sobre sus carnes, finas y voluptuosas, *sa camisa, que era sutza, de sutzedat vergonzosa a nomenar e a tocar,* como en el cuento de Lulio originario de la historia divinamente cantada por Núñez de Arce en sus tercetos impecables. Pero muchos advierten esa *sutzedat* y sienten el dolor infinito del mundo y no tienen la virtud consoladora de Nervo, esa virtud que lleva el alma hasta el delirio místico como a Santa Teresa, San Juan de Patmos, San Francisco y Massimilla.

Ah! ellos....

1917.

MAURICIO MAETERLINCK
y
LA FILOSOFIA DE LA DESGRACIA

Ya llegará un momento en que toda tu alma surja del fondo del dolor como agua pura y viva.

Maeterlinck, *Aladina y Palomides.*

Desde que leyera por primera vez a Mauricio Maeterlinck he creído firmemente en la existencia de un secreto acontecimiento en la vida del gran psicólogo belga, y quizás sea uno de esos peregrinos incidentes con que tropezamos en nuestra senda y que, por la virtud del momento en que tuvieron lugar, efectúan un cambio en la constitución interna de nuestro yo, alcanzando tales proporciones que hacen al fin dudar de su origen humilde y sencillo. ¡Cuántas veces por seguir atentamente el vuelo impreciso de un ave dejamos de ver la tragedia sangrienta que se sucede a nuestras espaldas!

No me explico la magnitud de la desgracia en que se educara el gran discípulo de Ibsen, pero debe haber existido de una manera elocuente y precisa, y así como el constructor Solness del drama ibseniano tuvo que ver arder sus hijos para después alcanzar su gran fama de arquitecto, así el maestro belga tal vez en el comienzo de su vida tuvo que cerrar algunos labios amados y que ver en el fondo de algunos ojos muertos el gran misterio del más allá infranqueable, para después crear esa Filosofía de la Desgracia que se deja ver, sutil y misteriosa, en las páginas adorables de varios de sus libros.

Muchos han escrito sobre la alegría de la vida desde Demócrito de Abdera hasta D'Annunzio el "imaginífico", muchos han cantado las creaciones del Autor Ignoto, viendo el gran misterio vital en la plenitud sagrada de los vientres deformes o en el corazón insensible del fruto sazonado; pero Maeterlinck, alejándose de todas esas manifestaciones

joviales del mundo, hase ido hasta el lecho de los moribundos, ha examinado el rostro de los mendigos y los niños, ha fijado su atención en la mirada y en la voz de los que parecen acercarse a la tumba, y poco a poco, de investigación en investigación ha formado esa Filosofía del Dolor, esa escuela de la humildad, que tiene cátedra en las profundas enseñanzas de sus obras.

Y ese artista que tan sabiamente nos dice cualquier cosa debe haber recibido, como dijimos antes, las primeras lecciones de la ciencia psicológica en medio del silencio improfanable de la desgracia, y como el personaje del drama de Ibsen decía a Hilda: "Todo lo que he logrado construir, crear, hacer de hermoso, sólido, cómodo de habitar... ¡Oh! ¿No es espantoso el pensarlo solamente? Todo eso he debido pagarlo, no con dinero, sino con dicha humana, y no solamente con mi propia dicha, sino con la de otros también", asimismo el maestro belga quizá podrá decir: todo eso que sé de manera tan profunda lo he aprendido, no en libros y escuelas, sino en el inagotable laboratorio de la vida humana, costándome el dolor de grandes desgracias y la ausencia de muy caras adulaciones, *porque hay cosas que no vemos hasta el momento en que se marchan para siempre...*

Hubo de pasar por esa incógnita desgracia quien ha llegado a escribir páginas que en vez de cualquier otro nombre podría dárseles el de "Itinerario del alma" como el diario de María en "El Placer" d'annunziano. Para ello leed el bello drama "Interior", cuyo solo nombre trae sugerentes evocaciones. El silencio del padre tranquilo que ignora la trágica muerte de su hija, rodeado de las hermanas de la muerta y de su esposa que duerme un niño, en medio del diálogo casi mudo del forastero ignoto y del anciano amigo, evoca lentamente el paso de horas iguales de desgracia en que alguien ni siquierta tuvo la bondad de saber dar una noticia fatal.

Oigamos cómo habla el sabio anciano:

"No sé cual elegir... Hay que tomar grandes precauciones... El padre es viejo y enfermizo... La madre también y las hermanas son demasiado jóvenes... Y todas la querían como ya no querrán a nadie... Nunca he visto casa más feliz... No, no. No os acerquéis a la ventana: eso sería lo

peor de todo... Vale más anunciárselo lo más sencillamente posible, como si fuera un acontecimiento corriente, y no aparecer demasiado tristes; si no su dolor quiere sobrepujar al nuestro y no sabréis qué decir... Vamos al otro lado del jardín. Llamaremos a la puerta y entraremos como si no hubiese sucedido nada. Yo entraré primero; no les sorprenderá verme; vengo algunas veces de noche a traerles flores y frutas y a pasar algunas horas con ellos".

"Vale más no estar solo. Cuando se lleva una desgracia, si no se lleva solo es menos clara y menos pesada... Si entro solo tendré que hablar desde el primer momento; lo sabrán todo en algunas palabras y ya no tendré nada que decir; y me da miedo el silencio que sigue a las últimas palabras que anuncian una desgracia... Entonces es cuando el corazón se desgarra... Si entramos juntos, les diréis, por ejemplo: le han encontrado así... Flotaba sobre el río y tenía las manos juntas"...

"Ya véis cómo habla uno a pesar suyo... La desgracia se pierde en los detalles... Pero si entro solo, a las primeras palabras, conociéndolos yo como los conozco, sería espantoso, y Dios sabe lo que sucedería... Pero si hablamos por turno, estarán escuchándonos y no pensarán en considerar la mala noticia... No olvidéis que la madre estará allí y que su vida depende de tan poca cosa... Más vale que la primera ola se rompa sobre algunas palabras inútiles. Es preciso hablar un poco en derredor de la desgracia, y que no estén solos. El más indiferente sobrelleva sin saberlo parte del dolor... Así se divide sin ruido y sin esfuerzo, como el aire y la luz"...

"¡Vivía esta mañana!... La encontré al salir de la iglesia... Me dijo que se iba a ver a su abuela a la otra orilla de ese río donde la habéis encontrado... No sabía cuándo me volvería a ver... Sin duda ha estado a punto de pedirme algo; después no se ha atrevido, y se ha separado de mí bruscamente... Pero ahora lo recuerdo... ¡I no vi nada!... Sonreía como sonríen los que quieren callarse o los que tienen miedo de que no se les comprenda... Parecía que esperaba con pena... casi no me miraba".

"No se sabe... ¿Se sabe nunca algo?... Acaso era de las que no quieren decir nada, y cada uno lleva en sí mismo más de una razón de no vivir... No vemos dentro del alma como vemos en esa habitación. Todas son

así... No dicen más que cosas indiferentes, y nadie sospecha nada... Vivimos meses y meses al lado de alguien que ya no es de este mundo y cuya alma ya no puede inclinarse; y le respondemos sin pensar en ello, y ved lo que sucede... Parecen muñecas inmóviles, y en su corazón suceden tantos acontecimientos... Ni ellas mismas saben lo que son... Hubiera vivido como viven los demás... Hubiera dicho hasta el día de su muerte: "Señor, Señora" "Lloverá esta mañana?" o "Vamos a almorzar, seremos trece a la mesa"; o "La fruta no ha madurado todavía". Hablan sonriendo de las flores que se han caído y lloran en la obscuridad... Ni un ángel vería lo que es preciso ver, y el hombre no comprende hasta después... Ayer noche estaba ahí bajo la lámpara como sus hermanas, y si ésto no hubiese sucedido no las veríamos como hay que verlas... A mí me parece que las veo por primera vez... Hay que añadir algo a la vida ordinaria antes de poder comprenderlas... Están en nuestro lado, nuestros ojos no se apartan de ellas, y no las vemos hasta el momento en que se marchan para siempre... Y, sin embargo, ¡qué alma tan extraña debió tener!; un alma pobre, ingenua, inagotable, ¡hija mía!, si dijo lo que debe haber dicho, si ha hecho lo que debe haber hecho"...

No hemos podido reprimir el deseo de insertar estos párrafos, que contienen el pensamiento interno del poeta y son como el alma del pequeño drama, motivo de estas líneas. Pero, ¿quién no ha sentido la amargura inesperada de una dolorosa noticia? ¿Quién, después de haber consumado el Destino el desenlace fatal, no recuerda de manera precisa los momentos pasados al lado de alguien cuyos días hubiéramos podido contar sin fatigarnos, conservando en lo más hondo del recuerdo la mirada imprecisa de algunos ojos próximos a cerrarse por siempre, y el eco de frases –sin sentido y extrañas para entonces– pronunciadas por labios ya muertos? ¿Acaso no conservamos religiosamente en la memoria el tono ignoto en que se nos hablara de cosas pasajeras y las nostalgias inmotivadas de que adoleciera un alma cercana a la partida? ¿Acaso no recordamos haber advertido inconscientemente una música más honda en la música propia de una canción que oyéramos a seres que hoy no existen, como si al entonar su voz el ritornelo conocido de todos, su alma quisiera agregarle algo suyo, algo menos humano, algo que ya tuviese el signo de la eternidad?...

Sí, todos pueden juzgar al gran belga, porque la desgracia siempre es consecuente y visita en cualquier forma a los mortales, y las almas que se levantan bajo su peso parecen llenas de una sabiduría extraña: la sabiduría del dolor que manda y se hace servir. Pero lo que ha creado Maeterlinck es la filosofía propia de esa desgracia, la psicología de su presencia, porque ella obedece a causas fatales y eternas como todas las causas del cosmos, y cuando se manifiesta sensiblemente es porque ya se ha operado un proceso profundo, accesible al observador de fría mirada, pero imposible de observarlo quien no haya dedicado una asidua constancia al estudio de esas manifestaciones de la vida humana, porque su acción no es momentánea y si puede depender alguna vez de nuestra voluntad somos víctimas de ella por mucho tiempo, pues siempre se lleva a cabo la sentencia de Mefistófeles en el *Fausto* goethiano: "El primer acto es libre para nosotros: pero somos esclavos para el segundo".

La desgracia tiene su época de paulatino crecimiento: germina como cualquier fruto y se fecunda como cualquier célula ovariana, dando finalmente su savia plena de vitalidad precisa, y al probar nuestros labios la pulpa benéfica del fruto ya en sazón, quedamos bajo su imperio como si hubiésemos probado nuez vómica u otra semilla alcaloidea, y así como las frutas medicinales pueden causar el envenenamiento rápido del organismo o según su cantidad una regularización de las funciones cerebrales y nerviosas, así la desgracia, después de un supremo desgarramiento, puede proporcionarnos un medio de educación espiritual como cualquier escuela de ética o de religión.

Y Mauricio Maeterlinck ha obtenido más fruto en sus profundas investigaciones que los que, desde el filósofo de Abdera hasta el "imaginífico" D'Annunzio, hanse dedicado a cantar las supremas alegrías del vivir, olvidando la sabiduría encerrada en la pregunta del viejo Campoamor:

¿Qué importa ser hombre o flor
¡Ay! si el variar del destino
sólo es variar de dolor?

LA NOVELA METAFISICA DE ROD

Detenidamente he leído el libro de Eduardo Rod titulado "El Silencio", en él la sugestiva solemnidad del rubro no desdice de lo que encierran sus páginas breves. Es una novela poco accesible al gusto popular por la monotonía de su trama sencilla: nada de actos violentos y de acciones llamativas que forman el ideal único de nuestros lectores de pacotilla. Las situaciones son casi en apariencia las mismas y los sucesos principales de la historia se suceden en el ente psicológico de los personajes, y esos sucesos, juzgables por quienes profundicen pacientemente la constitución espiritual de los hombres, hállanse muy lejos de impresionar el gusto abigarrado de los lectores de Dumas, la Invernizio y Zamacois.

Y es en esta transposición de lugares en el desarrollo de los hechos en lo que se basa la superioridad admirada de los personajes de Rod. Ese silencio ante la solemnidad inmisericorde del Destino que mata, ese silencio imposible en la Desgracia, ese silencio que cubre la amarga tragedia en que se desgarran el corazón y el alma, es lo que forma la atmósfera psicológica del libro, atmósfera demasiado pueril para muchos, pero que adquiere al ser examinada debidamente por quienes juzgan el verdadero desarrollo de la vida más allá de las acciones exteriores –en los planos invisibles del ente espiritual interior– una razón tan alta que es imposible imaginar que dichos actos pudieran efectuarse de manera distinta.

La novela metafísica de Rod hállase por eso fuera del límite de la comprensión vulgar, aunque sus personajes, no siendo absolutamente inverosímiles, distan muy poco de la trama cuotidiana de la vida, en la cual a continuo preséntanse casos de seres extraños que tras un manto de

hipócrita vivir cargan con una existencia pesada y dolorosa, sucediéndose en su interior tragedias amargas que tienen su desenlace más allá del frío de la tumba.

A veces sorprendemos una extraña taciturnidad en la mirada de quien nos es familiar y a quien pretendemos conocer de manera cabal, ¿qué sucederá a tal persona?, preguntamos entonces, pero nuestra, sed de curiosear no encuentra ninguna solución posible, porque si en un momento el llanto y el mirar de unos ojos fueron indiscretos, más tarde, y a medida que continuamos investigando, nos convencemos de la imposibilidad de otra indiscreción que nos dé la clave del misterio que perseguimos. ¡Ah, pero si pudiéramos mirar a través de los ojos lo que sucede en el fondo de las almas!; entonces aquel que nos pareció siempre triste por alguna causa vulgar, nos diría que en el continuo vaivén de su vida flota éste o aquel amargo suceso, y aquel otro que siempre creímos de bondad beatífica, nos convencerá de que si su vida tiene una apariencia distinta a lo que es en realidad, la causa de ello está en el remordimiento de alguna falta cometida anteriormente y cuyo recuerdo no borra el tiempo.

El conocimiento de estos hechos ha creado nuevas corrientes, cuya influencia hase hecho decisiva en la actual literatura: ésta, plasmándose más fácilmente que los otros productos intelectivos al imperio de las últimas ideas, ha adoptado en su seno nuevas formas, su espíritu proteico la capacita para revivir el contenido de las más divergentes teorías del pensamiento, y hoy vemos, por ello, invadidos sus amplios dominios por la influencia espiritualista que echa las bases de la literatura neomística.

El eclecticismo reinante en todas las esferas de las ciencias y las artes, tiende a unificarse bajo un mismo grupo de ideas, y como dice el maestro Díaz Rodríguez, retornando a la Naturaleza húndese en las fuentes del más puro misticismo, y nuestra literatura, alejada de los senderos del antiguo realismo, encamínase hacia la suprema cumbre idealista: la flor momentánea de Zolá agotó sus perfumes malsanos y en cambio las fragancias espirituales de las rosaledas del Hegel embriagan con más intensidad; y todo esfuerzo realizado en ese sendero corresponde

lógicamente al espíritu general que invade las regiones del pensamiento. La novela de Rod es una plausible cristalización de esta idea actual, su trama, su objeto y su fin, son el complejo desarrollo de un problema ontológico: la explicación de la vida sin palabras.

UN SILENCIOSO

Silencioso, sereno, Julio Sardi parece ser discípulo de Marco Aurelio o de Epicteto. Fisonomía de místico torturado, su rostro evoca las líneas amarillentas de un San Bruno que viéramos desde niño en el penumbroso rincón de un recibo vicarial, mas poco de cartujo tiene Sardi, y ese su aspecto de penitente, sólo hace pensar al conocerlo, en el sacerdote de alma inquieta y sin paz que Oscar Wilde soñara en el *De Profundis* para el templo sin luces de los descreídos. Silencioso en la vida, sereno en el juicio, inquieto en el pensar, torturado en el creer, Julio Sardi une en su "yo" estas virtudes que él quiere hermanar, para ir con ellas hacia el "vértice que hace imposible todo ofuscamiento derivado del interés y la pasión", para escribir con propias palabras suyas.

Su vocación es de cuna. Talento de herencia, madera de abuelos, Federico Salas Roo, su tío, fue una de las más fuertes potencias mentales que diera Mérida y descendientes de este sabio no honrado con justicia, son Julio Salas y Mariano Picón-Salas, siendo también de esta larga familia Salas a que Sardi pertenece, Juan Antonio y Tulio Gonzalo, cuyo nombre, como el de los ya nombrados, es bastante conocido en Venezuela. De esta sangre de intelectuales, mezclada con otra sangre venida de la tierra de los naranjos cantados por Goethe, viene Julio Sardi, el silencioso y kempiano, como fuera calificado en Mérida recientemente.

Cuando toda una brillante generación se ensayaba en "Génesis" ya Julio Sardi, de época anterior, había dejado conocer su prosa vibrante, su prosa sonora, llena de las inquietudes espirituales que germinaran en el joven autor, enamorado de las rojas vindicaciones que enloquecieron la mente incendiaria de Luisa Michel en la Comuna francesa, devota del

espíritu evangelizador del frío Tolstoi en la estepa rusa. Pero Julio Sardi, que empezó con brío, con aliento, con energía, trocó presto todo su entusiasmo en un silencio hermético de místico, y en medio de este silencio ha escrito un libro que ignora dónde está. ¿Puede imaginarse que exista un escritor que pierda sus manuscritos sin ningún motivo? ¡Sí lo hay! El libro "Gestos" de Julio Sardi está perdido para él según su propio decir, pero nosotros pasamos a creer que este raro libro aparecerá algún día con algo más que sabemos escribe Sardi. Ajeno a la publicidad, contrario a quienes dan todo lo suyo al público, y mucho más a quienes *pane lucrando*, buscan motivos para manchar cuartillas. Sardi, siguiendo acaso máximas jesuitas, hase dado a pensar sobre libros que lee, y así, de meditación en meditación, llenando con ideas los vacíos cuotidianos, pasa sus días mejores encastillado en su torre interior, callado, silente, entre la fría prisión de la Ciudad Caballera. Espíritu de selección, mentalidad exótica en nuestro medio, Julio Sardi atalaya corrientes que están por sobre lo común. Sus primeras páginas, de cuando tuvo alegría literaria, revelan ya la tortura espiritual suya, el intenso trepidar de sus ideas; de entonces son "Una extraña luz negra", "Paganismo" y "Ojos", bellas páginas que en su poca extensión dejan conocer un estilo depurado, sonoro, harmonioso.

De esta manera Sardi ha vivido para sí y no para el público. Su vida no ha sido vida de periódico o de libro, sino vida introspectiva, de inquietud ante el trágico misterio de la existencia, ante el doloroso problema que versificó Darío:

y no saber adónde vamos
ni de dónde venimos.

Pequeños detalles, incidentes simples, tienen para él una profunda significación y dedícales, acaso contra su mismo querer, horas de reflexión. Julio Sardi quiso una vez definirse a sí mismo, quiso conceptuar su vida, su obra, su pensar, y diose a labores inquisitivas en solicitud de su propia personalidad. Tortura de días fue este trabajo para él, hasta lograr en la subconsciencia del sueño, oír que le definían: *No busca realidades en la vida, y* en estas palabras está acaso la obra de

Sardi. ¿Realidades? La vida, la verdadera vida, es irreal, irracional, absurda y hacia ella ha querido ir a pesar suyo el inquieto pensador merideño. Compleja dualidad de médico –aferrado al positivismo de la experiencia– y de soñador impenitente, Julio Sardi lucha entre estos extremos: quiere creer de una manera definitiva en la existencia de planos superiores, en la presencia de leyes supremas, en la verdad de espíritus perfeccionados por una evolución ultraterrestre, y ama así la obscuridad del misterio en que se mueve el mundo, ese misterio que hubo de enseñarle Mauricio Maeterlinck, de quien es discípulo devoto; pero un día la boca muerta de Pascal le dice a media voz: "No sabemos el todo de nada" y la duda, la indomable duda, lo lleva a no creer en nada, y triunfa en él el experimentalismo médico, la certeza empírica de Santo Tomás el Apóstol: "Ver y creer". Tortura de querer lo que no se puede querer vive en el espíritu inquieto de Julio Sardi, y sobre esta tortura gira incansable su pensamiento, hambriento de razones y de motivos. Anhela la ascensión espiritual, sube, sube, pero su duda, su falta de fe, le hace descender al terreno de la amarga realidad humana. Devoto de Nervo el Divino, en días pasados nos escribiera así sobre este soberbio místico: "Es ese maravilloso espíritu una de las perfecciones que me ha sido dado conocer en el mundo. Hay muchas analogías entre el pensamiento de Nervo y el de Maeterlinck. Cumbres de cristales es la frase que se me viene a la pluma cuando escribo el nombre de alguno de estos reveladores. Cumbre de cristal, altura diáfana. Eso son tales espíritus", y en otra carta nos dice: "El espíritu sereno, altísimo, de quien escribió *La Hermana Agua* debiera servirnos de ejemplo a los que vamos por el mundo acosados por los perros rabiosos de esa ansia inextinguible, tantálica, de llegar al último por qué que angustia inútilmente los años más bellos, más frescos, los años matinales de nuestro efímero viaje terrestre. Bien: es muy fácil elegir el modelo, pero cuán difícil es llegar a identificarse con él, ya que para desgracia y dolor del pobre adanida, no está en sus manos la única arma eficaz para matar aquellos perros." En estas líneas está expresado el pensamiento de Sardi: Ama el modelo, ansía la escalera para alcanzar la perfección suprema, pero no posee la única arma capaz para matar los perros rabiosos de los por qué, sin la cual toda ascensión es imposible: él conoce y la calla y a él le duele no poder esgrimirla. Tertuliano se la da en sus tremendos apotegmas: *Certum est quia impossibile est y credo quia absurdem!,* pero cuán

distante está Sardi de blandir estas armas, a pesar de que hacia ellas va: quien no busca realidades en la vida, busca lo absurdo y lo absurdo es cierto, ¡nuestras raíces están en lo absurdo!

Y aquí el hombre: lucha profunda, silenciosa, entre verdades que se contradicen, entre llamas que se destruyen mutuamente. Esta lucha, esta vida interna, ha dejado sin alas su palabra para el público. Pasa el tiempo y sale un discurso suyo y de él se entresaca una página pequeña pero intensa, "Los Caminos", que nosotros seleccionamos en 1918 para nuestra frágil revista "Juan Cristóbal". Esa página bien vale mucho meditar: es una lección que él oyó de boca de Marco Aurelio o de Epicteto; escribe cosas ligeras, dos párrafos, pequeñines, fácil de no leerse porque se pierden entre las páginas de un periódico, pero en ellas hay mucho de su oro profundo. Avaro de su riqueza interior, acaso Julio Sardi niega lo suyo al público, y creemos nosotros que es esta la razón de estar perdido "Gestos". No quiere publicar el libro y evita diciendo habérsele perdido el que le sea pedido. Nosotros lo conjuramos a darle publicidad, pero no sólo a "Gestos" sino a algo más que el profundo pensador merideño esconde en el silencio de su cuarto de trabajo. Alguien nos dijera que en la soledad de la noche, en esa soledad fría y beata de las noches emeritenses, él escribe largas horas y guarda en sitio oculto su áurea labor, así como avaro orífice que a escondidas labrase milagros de joyería para saciar su sed de artista y que, consecuente con su hermetismo, las ocultase a miradas indiscretas que pudieran revelarla a los ladrones. En su sed nerviana de purificarse, Julio Sardi debe lavar su alma de este pecado capital de la avaricia y dar al público, que tanto espera de él, su obra definitiva. Más que regalo, es este un deber que tiene contraído consigo y con Mérida. Exponente de cultura, índice de su progreso que no se hace efectivo en obras materiales, el escritor se debe a su medio. Es él como elegido por la remota y desconocida conciencia social, para que hable en su nombre, para que tome la representación de su valor cultural. Y la obra de Julio Sardi, sin ser flores vernáculas, habrá de expresar el medio suyo, la potencia del ambiente merideño para obras de pensamiento. Reflexivo, grave, Julio Sardi ha amoldado su espíritu a Mérida, sacándole lo mucho que ésta puede dar al pensador. *E si tu serai solo tu serai tuto tuo* aconsejara Leonardo y esta envidiable soledad en ningún lugar puede alcanzarse sin aislamiento, como en la urbe de los

Caballeros de Santiago. Obra de solitario es la obra de Sardi: encerrado en su castillo interior ha labrado mármol perdurable, ha aprisionado ideas fuertes, ideas que no mueren, como las que encierran en flores de trapo tanto escritorzuelo que anda por ahí, y esa obra se necesita, urge verla fuera del silencio de su autor, extasiado ante el misterio del porqué y del cómo.

ELOGIO DEL DR. ELOY PAREDES*

(*) Discurso inaugural del busto erigido al eminente patricio en la Ilustre Universidad de Los Andes.

Señores:

...Y este Diego García de Paredes fue un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremadura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales, que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia; y puesto con un montante en la mitad de una puente, detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella e hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él mismo con la modestia de caballero y de coronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes"*, tal dice en "El Quijote" don Miguel de Cervantes y Saavedra al querer referirse al famoso capitán español, caballero de Fernando V, oficial de la Guardia del Papa Alejandro VI, vencedor varias veces de los Orsino en Italia, compañero en andanzas del Gran Capitán don Gonzalo de Córdova y padre del conquistador de su mismo nombre: don Diego García de Paredes, venido a tierras americanas por los años de 1550, gobernador que fue de El Tocuyo y luego fundador de la llamada por un olvidado cronista *ciudad portátil***, Nuestra Señora de la Paz de Trujillo en Venezuela.

Quiso el ilustre extremeño, ávido de luchas, desde su gobierno en El Tocuyo, emprender la conquista de los *cuicas,* y con la bizarría que era peculiar a su sangre, internárase hacia occidente en busca de hazañas con qué saciar la inquietud de su espíritu aventurero. Funda a Trujillo en

(*) Don Quijote: t. I., pág. 422.

(**) Diccionario Enciclopédico Hispano Americano, Montaner y Simón, Editores, t. IX, pág. 144.

varios sitios hasta hacerlo radicalmente en el que actualmente existe. Llevó allí rica semilla española: noblezas y dineros que más tarde hicieron de la ciudad recién fundada, la más bella de la colonia; hubo pompa española entre el silencio de sus muros, "edificios que hubieran brillado en ciudades europeas"*, toda la gala que ostentaran las más célebres ciudades de América, al punto de abrir los instintos criminales del ladrón e incendiario francés Pedro Gramont, quien redújola a ruinas miserables, ruinas en las que ha dormido tantos años, y de las cuales se levanta con trabajo. Parece que el fuego del pirata galo hubiera ardido sus más remotas entrañas y llevado la más desoladora esterilidad a su existencia. Pero aún queda en ella, haciendo la austeridad de limpísimas heráldicas, la piedra española que soportó la gentileza del señorío de su siglo, y desafiando el tiempo, como un símbolo de la entereza de sus primeros habitantes, aun en el fondo soledoso de su iglesia, viven –puede decirse que tienen vida– dos hileras de cedros seculares del antiguo valle cuicas: enormes y solemnes, y sobre esa esterilidad progresiva en su vida externa, sobre ese estancamiento en que ha vivido tantos años, flota con marcada intensidad, con fuerza que hase agotado ya en casi todos los pueblos de Venezuela nobleza que allí fuera a asentarse; y conforme a la ley sociológica que establece corrientes de intercambio familiar entre el campo y la ciudad, entre "La Ciudad y las Sierras", como diría Quiroz, en virtud de la cual el obscuro y burdo campesino que ayer era peón en las tierras de un señor y que hoy cosechó bastante café y mucho trigo, viénese a la ciudad a darse ínfulas de aristócrata, mientras el señor de ayer, arruinado por la fuerza del tiempo, va a hundir su miseria en la soledad misericordiosa de la selva, estableciendo así un flujo renovador, si no de las fuerzas sociales en un sentido estricto, sí de las fuentes económicas de la colectividad ciudadana, conforme a esa ley, decimos, podéis ver refugiadas en los campos trujillanos, familias de limpísimo solar ibero, que en otro tiempo fueron prez de su señorío, y cuando preguntáis por Covarrubias y Berdugos y Cornieles y Barrigas que fueron flor de aristocracia en la Colonia, sólo os responde la voz torpe de un pobre campesino, que, en medio de su pobreza, luce el claro azul de unos ojos europeos y la

(*) Historia de Venezuela, Baralt y Díaz, t. I., pág. 196.

blancura de una cutis en un perfil distinguido. Flor de ciudades, esa de García de Paredes ha sabido dar mucho de su espíritu noble y caballeroso y acaso mañana, cuando surja a nueva vida, más intensa y más amplia, con sus hermanas, estas ciudades frías y desoladas de Los Andes, pueda decirnos cómo fue antes del fuego criminal del pirata francés.

Perdonadme, señores, que haya distraído vuestra atención hablándoos de mi ciudad natal, pero ella es el fruto primero y el más viejo que ha dado a Venezuela esta larga familia de García de Paredes: fundador de pueblos el hijo del famoso capitán español de que nos habla Cervantes, sus parientes más lejanos serán fundadores de Patria y de Repúblicas. Miembro de esta larga familia que sólo se apellida Paredes, Diego García legitima lo claro de su estirpe y de ella es el coronel Juan Antonio Paredes y Angulo, del señorío de esta muy noble ciudad de Santiago de los Caballeros, de los fundadores, con Rodríguez Picón, Talavera, Uzcátegui y otros, de esta ilustre Universidad de San Buenaventura, primo del valiente prócer de la Independencia José de la Cruz Paredes, uno de los 150 héroes que acompañaron a Páez en Las Queseras, y abuelo este José de la Cruz del infortunado general Antonio Paredes, flor de los últimos militares venezolanos, asesinado villanamente frente a la soledad inmisericorde del caudaloso Orinoco; Gobernador· también varias veces de Mérida el coronel Paredes y padre, entre otros hijos, de Ignacio, que lució su heroísmo en el campo glorioso de Ayacucho, contribuyendo a sellar la libertad de América y de este doctor Eloy Paredes y Fernández Peña, en cuyo homenaje este ilustre recinto universitario viste de gala como en sus mejores días.

Hijo del predicho coronel Paredes y de la honorable matrona doña Josefa Fernández Peña* hermana del Arzobispo del mismo apellido, la

(*) "(Aquí un sello) Pbro. Estevan Arias cura en propiedad de la Catedral de Mérida, Rector del Colegio de S. Buenavra. etc. Certifico en la mejor forma de Dro: que en uno de los libros Parroquiales de mi... en que se asientan las partidas de Bautismo, al fol. 38 se halla una cuyo tenor es el siguiente.– En la Ciudad de Mérida a 28 de Mzo. de 1814 el Sor. Prebendado Dr. Buenaventura Arias, con licencia, bautizó solemnemente, puso óleo y crisma y dió bendición conforme al Rtl. Rmno. en la Iglesia de las Monjas a un Niño de opso días nacido a quien puso pr. nombre Eloy,

limpieza de su cuna ofrécele elevado sitio en esta sociedad, de la cual fue miembro importantísimo. Mas no al mérito de su linaje, ni al brillo de su fortuna privada, debiérale el papel que hubo de representar en el tinglado de la vida pública. Andan por ahí quienes creen que de la clareza de una estirpe y de la posesión de unas no inmaculadas monedas, viene el sitio que ha de corresponderles en las sociedades en que actúen: un solo elemento se impone sobre todas las barreras posibles en la evolución intrasocial del individuo y este elemento es el talento efectivo. Túvolo el Dr. Paredes y aconsejado por su tío el Arzobispo, fuelo a cultivar en las Universidades de Santa Fe y de Caracas, de donde regresara a ésta a optar a los títulos de Maestro en Filosofía en 1832 y de Doctor en Ciencias Políticas en 1839*. Hombre de altísimos vuelos, de vasta ilustración y de talentos no comunes, a lo que unía la más acrisolada pulcritud, la profesión de abogado hubo de ofrecerle, a más de medios para numerosos proventos, motivo para lucir el caudal de su sabiduría en alegatos y en informes. No debía de faltar nunca en el ejercicio profesional abogados como el Dr. Paredes: ellos dignifican de por sí el sagrado ministerio de la abogacía y su recuerdo debe siempre servir de ejemplo a aquellos en cuyas manos está la suerte de huérfanos y viudas, de hacendistas y burgueses, debe servir de ejemplo, sí, para no ultrajar con prácticas vedadas el brillo de la justicia y el imperio augusto de la ley, santa cuando es inflexible y da a cada quien lo que es suyo e infamia escrita cuando los mercaderes del templo la pliegan a caprichos y mezquindades asquerosos. Ejerció la profesión el Dr. Paredes y ocupó a la vez la Magistratura judicial, siendo para 1842, año de su matrimonio

---

hijo legitimo. de Do. Juan Anto. Paredes y Da. Josefina Fernández: abuelos paternos Dn. José Antonio Paredes: maternos Dn. Gerónimo Fernández Peña y Da. Manuela Angulo. Fue su padno. el Pbro. Dn. Angel Ma. Briceño a quien advertí su oblign. Doy fé M. Salvador León.– Y por ser conforme a su original a que me remito doy la presente a petición de la parte. Mérida Nove. 8 de 1926.– M. Estevan Arias. Dros. Oxaris. (una rúbrica)."

(*) El Dr. Paredes recibió sus grados en la Universidad de esta ciudad, en el siguiente orden: Bachillerato en Filosofía, en 1882; Maestro en Filosofía el mismo año; Bachiller, Licenciado y Doctor en Ciencias Políticas, en 1834 el primero y en 1839 los dos últimos.– *Anuario de la Universidad de Los Andes:* t. I, págs. 82 y 87.

con la señorita Josefa María Méndez*, Juez de 1ª Instancia en esta ciudad. Ya en ese cargo el Dr. Paredes hubo de probar a sus conciudadanos las altas virtudes que siempre lo adornaron y la ciencia de que era poseedor, la cual desde 1840 ofrecía a la juventud estudiosa desde la cátedra de Derecho Público y de Gentes** que regentó por dieciséis años en este ilustre Instituto, largo período durante el cual ocupó dos veces el Rectorado y asimismo las Cátedras de Matemáticas y de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, "a las que ocurría la juventud, como a fuente pura, a aprender sus sabias lecciones y a nutrir su espíritu con los preceptos de la ciencia", conforme lo consigna la Junta de Gobierno de esta Universidad, en el acta de la sesión extraordinaria celebrada por ella con motivo de la muerte del Ilustre Maestro***. Porque en verdad no fue sabiduría de hojarasca la que poseyó el Dr. Paredes, sino sólida ciencia e ilustración vastísima. Y ved, ahí, y ello sólo bastaría a consagrar la memoria de Paredes, grabadas sobre el mármol que sirve de sostén a su austera figura, las palabras de nuestro máximo don Cecilio Acosta: "El señor Dr. Paredes, por la extensión de sus miras, por su poder de concentración y de generalización y por su extensa ciencia legal, era un verdadero jurisconsulto. Tal es la idea que tengo de él –continúa el excelso Acosta– que al leer sus juicios y dictámenes, me parecía que leía a Scott, a Kent, o a Mackintosh. Para su ingenio no había nada nuevo ni nada extraño en estos estudios, que llegó a abarcar en toda su esfera, desde el derecho municipal al civil, de éste al político y del

(*) De su matrimonio con la señorita Josefa María Méndez nacieron los siguientes hijos: Josefa Antonia, Eloy Antonio, Juan Evangelista, Magdalena, Teolinda, Pablo María, Manuela, Ana María, Antonio, Pablo y Juana. En 1866 casó en segundas nupcias con la señora María Berti de Anselmi, de cuya unión nacieron los siguientes hijos: Josefa, Elisa Matilde, Elbano Italo, Eloy, Clorinda, Elena y Luis Buenaventura.

(**) El Doctor Paredes ejerció el Rectorado de la Universidad de Los Andes, por pocos meses, en 1843, y después, desde el 52 al 55. La Cátedra de Matemáticas del 43 al 47; la de Derecho Público y de Gentes, del 40 al 56 y la de Derecho Práctico y Leyes Nacionales, del 46 al 56. Fue también Presidente y varias veces miembro de la Junta Inspección y Gobierno del mismo Instituto.– *Anuario de la Universidad de Los Andes*, t. I., pág. 90 y siguientes.

(***) Archivos de la Universidad.– No. 9. Libro de Actas de la Junta de I. y Gobierno.– Enero de 1878 a mayo de 1883, pág. 163.

político al de gentes, en que fue maestro"*. Mas el fruto real de esta sabiduría, un Tratado de Filosofía, otro de Derecho Constitucional y uno de Matemáticas, en los cuales el doctor Paredes hubo de verter todo el acervo de sus claros conocimientos, hanse perdido en el más doloroso olvido, olvido que no sólo cubre estas valiosas obras, sino que ha ido tragándose el trabajo de muchos de nuestros mejores hombres de letras, como que él se une muy bien a la indiferencia con que nuestro ambiguo y viciado medio ve la obra de los hombres de talento, condenados en nuestra patria a ser aplastados por la garrulería y el *bluff* de cuatro o más advenedizos que se abrogan la representación del pensamiento nacional**.

Mas no era, señores, en el estrecho campo de abogar en estrados por intereses particulares ni en la cátedra a que supo dar brillo con sus talentos, donde estaba destinado a actuar Paredes; hombre de carácter, de acción, de altos principios republicanos, sus actividades debían desplegarse en un medio más amplio que aquellos, en el cual la abnegación de su espíritu público habría a la vez de prestar mejores servicios a la sociedad en que actuaba. Clareaban los primeros años de la República, había el fuego de los partidos y el Dr. Paredes fue por sus altas virtudes personales, foco hacia donde convergieron las simpatías colectivas. Pronto su nombre apareció al frente del llamado en Mérida *partido de arriba,* nombre que si le vino de estar en su mayor parte integrado por elementos radicados en la parte alta de la ciudad, pudiera creerse a la vez que tuvo su origen en la alta mentalidad que le guiaba. Fue a la política por el brillo de la justicia y de los derechos conculcados, no por mezquinas ambiciones personales. "Soldado del deber y de alma templada en el fuego sagrado del patriotismo, peleó las grandes batallas en que se decide la suerte de las sociedades; y Mérida en sus conflictos terribles, en sus horas solemnes, en esos momentos de arrebato en que

(*) Cecilio Acosta: *Obras;* t. V., pág. 807.

(**) Entre los pocos manuscritos que quedan del Dr. Paredes en el archivo de su familia, existe uno, de poca extensión, ya que fáltanle no pocas páginas, curioso por el importante asunto que trata, sobre la formación de las lenguas primitivas y otros puntos de mérito filológico. Consérvanse también algunas cartas de interés, del Arzobispo Fernández Peña, de Cecilio Acosta, de los Monagas y de muchas otras personas sobresalientes en la política, el foro y las letras patrias.

parece que todo peligra, le vio siempre como caudillo que le seguían llenos de fe y de entusiasmo", así se expresa de él el Dr. Gabriel Picón Febres, en párrafos dignos de su nombre.* Largos años de lucha recuerda la historia política de esta ciudad, en que el Dr. Paredes secundado por su numeroso partido, hizo frente a las mayores emergencias locales: opuso su palabra, como remedio ígneo, a los abusos de un gobierno; enseñó desde su tribuna en la plaza pública el derrotero que en un momento dado hubo de seguir la política local para contrarrestar oprobios del gobierno central, y después de sufrir la injusticia de una detención, después de pasar días desolados en el silencio de un calabozo, su presencia ante el pueblo era más enérgica, su amor a la Patria y a los principios republicanos más intenso. Y fue tal la fe que supo inspirar a sus conciudadanos, tal la seguridad que éstos tuvieron del carácter y el civismo de Paredes, que aún en Mérida se recuerda con el colorido y el entusiasmo que ello merece, la actitud altamente republicana, de altruismo y abnegación ejemplares, tomada por él cuando Petit, investido de autoridad militar, penetró sin ningún derecho en territorio de la Provincia y quiso después aumentar sus desatinos pretendiendo hacer suyos los dineros de la laguna de Urao, renta entonces del Estado. Paredes no era nada en el gobierno de Mérida, ejercía a la sazón –1855– la Gobernación Provincial el ciudadano Pablo M. Celis**. La necesidad conflictiva porque cruzaba la dignidad de la

(*) Artículos Necrológicos a la memoria del Dr. Eloy Paredes. Juan de Dios Picón Grillet, Editor.– Mérida, 1880.

(**) La Constitución de 1830 autoriza a los Gobernadores de Provincia para establecer el régimen de las fuerzas acantonadas en su jurisdicción y según leyes vigentes en esa época, ninguna fuerza armada podía entrar en territorio provincial sin la correspondiente autorización del Gobierno local. En 1855 el general Natividad Petit, con tropas nacionales, llego a San Cristóbal, sin que mediase cumplimiento de las formalidades legales. Súpolo el Gobierno de la Provincia y ordenóle la más rápida desocupación del territorio. Petit desobedeció estas órdenes y siguió marcha sobre esta ciudad de Mérida, realizando actos de vandalaje a su paso: saquearon y robaron las poblaciones y en Bailadores llegaron hasta libar en los vasos sagrados de su iglesia (datos de Don Tulio Febres Cordero). Ya en esta ciudad las fuerzas de Petit, el Gobierno siguió reiterándole la orden de desocupar la Provincia, entregando a la vez las armas que portaban, órdenes siempre desatendidas por Petit, quien, informado de existir en poder del Gobierno, veinte mil bolívares de la renta de la laguna de Urao, pidió su entrega de *mano militar.* En este angustioso estado de cosas fue llevado el Dr. Paredes al Gobierno de la

Provincia pedía el auxilio de una cabeza como la de Paredes y la energía de un brazo como el suyo. Se le llamó a la Jefatura de Cantón y de aquí, en breves horas pasó a ocupar la Gobernación Provincial. El momento era de vida o muerte para la existencia del honor constitucional de la Provincia y el pueblo supo interpretarlo así: siguiendo las órdenes del nuevo Gobernador, armados todos los ciudadanos con armas más bien de trabajo que de luchas, enfrentáronsele a la fuerza numerosa de Petit, hasta hacerlo prisionero en breves horas de combate. Fue el triunfo del patriotismo y del civismo de Paredes sobre el vandalaje de la fuerza militar. El expuso en su condición de simple ciudadano, sus intereses y su vida para hacerse cargo del gobierno y arrasar de ese modo con los que querían ultrajar la dignidad del territorio provincial. Es el sacrificio del repúblico, del patriota, en aras del bien común y de la salud ciudadana. Hombre de la talla enorme de don Cristóbal Hurtado de Mendoza, en la primera República, Paredes encarna las más altas aspiraciones sociales, los más puros sentimientos del pueblo que lo sigue "lleno de fe y de entusiasmo", conforme a las citadas palabras de Picón Febres. La Justicia y el Derecho, a cuyo estudio dedicó los mejores años de su vida, no fueron para él idealidades especulativas de filósofos y tratadistas. Entidades vivientes, ejes del mundo moral y sociológico, fueron para él sagradas normas de vida y de conducta, a las

---

Provincia y al frente del pueblo, armado como pudo, atacó la columna de Petit durante los días 10 y 11 de febrero, poniéndolos prisioneros. El eminente trujillano doctor Ricardo Labastida, en un folleto que no hemos tenido a la vista, historia estos angustiosos días y hace honor a la actitud del Dr. Paredes, al cual se refieren los siguientes versos de Labastida:

E dice el gallardo,
de algún su abolorio
membrando fazañas:
"Juro a vuesaredes
por este que empuño
(mostrando el bastón)
que honores e vida
e Constitución,
mañana Domingo
en cobro veredes,
no fuera mi alcurnia,
Fernández Paredes."

que hubo de ofrecer todas las energías de su espíritu. Profundo y erudito en Derecho de Gentes y en Teoría Constitucional, su política fue obra de engrandecimientos ciudadanos, de luchas en pos de la adquisición de los más sagrados fueros políticos, que él quiso siempre para la colectividad a que servía. Política personal fue la suya, mas no fue personalismo por meros intereses propios: sobre el triunfo de su persona, estaba el de su mente y el de sus pulquérrimos sentimientos de patriota. Y vedlo en esta acción a que acabo de referirme, ella sola basta para consagrar en la vida de la Historia el recuerdo de un hombre con delineamientos máximos. De la masa popular, acaso de las fajinas agrícolas a que dedicárase desde 1846, fue traído como Cincinato el romano a ocupar la primera magistratura provincial, porque había la fe de que él conjuraría el inmenso peligro que amenazaba el honor del pueblo. ¿Se niega? No; nunca sus energías y su carácter encontraban un momento más oportuno que este para servir con entusiasmo a la causa de los suyos. Lo hace con desinterés, con abnegación ejemplares, y alejada de la ciudad la nube fatídica de la tormenta, vuelto el claror de la paz y la tranquilidad a los ánimos populares, entrega el gobierno que se le confió y se retira a seguir laborando en cosas útiles, en el silencio venerable de su hogar y en el augusto recinto universitario donde aún ejercía el profesorado, pues jamás en sus aspiraciones políticas estuvo la del mando como una necesidad personal y los cargos públicos fuéronle únicamente ocasión de servir a sus conciudadanos. Ulteriormente, cuando ejerció la Presidencia de este Estado, de 1868 a 1870, ya federado*, o mejor dicho

(*) En el libro del centenario de Mérida, recopilación hecha de orden del Gobierno, por el señor D. Manuel Vicente Nucete, a la página 275, aparece la lista de los gobernantes de Mérida, y en ella figura el Dr. Paredes como Presidente del Estado de 1868 a 1870, como Gobernador en 1855, en 1858 (abril a junio) y en 1863 (febrero a agosto). Ejerciendo el Gobierno provisionalmente, durante este último período, fue reducido a prisión, junto con su secretario y otros ciudadanos notables, de orden del general José Ignacio Pulido, el 18 de agosto, imputándosele una revolución contra el general Falcón, revolución que nunca fue justificada. El Dr. Paredes fue conducido preso a Trujillo "con todo el aparato que se acostumbra para los más insignes criminales", dice una hoja de la época. El Jefe de Operaciones (Pulido), no pudo comprobar la calumnia con que se pretendió denigrar "su bien conocida reputación, su amor al orden y sus deseos de paz y bienandaza", reza la misma hoja, realizando en cambio otros actos de horror en esta ciudad, donde Julián Avelino Arroyo, hubo de hacer derramar más de una

descentralizado, pues el sentido recto del verbo castellano federarse no concuerda con el que hubo de tener en la revolución venezolana, entonces, digo, pudo probar Paredes que su presencia en el gobierno nunca obedeció a fines personales ni a sed de mando; descontentos, ya que en ninguna época los faltan, enemigos políticos del Dr. Paredes, diéronse a la labor de fraguar planes para derrocar su gobierno y al efecto reuníanse por las esquinas aquí llamadas de "Las Cuatro Tiendas", en sitio oculto al cual dieron el nombre de "Club Liberal", queriendo acaso imitar los de los revolucionarios franceses. Súpolo Paredes y una noche, sin más compañía que su bastón y su capa española, dirigióse al sitio donde estaban sus enemigos. Llama a la puerta y anunciado, mándanle pasar adelante. Con la serenidad propia de su carácter, se introduce hasta el medio de la sala donde minutos antes hablábase con calor de la manera de arrojarlo del poder y sin que mediase ningún saludo, los impreca: "Queréis quitarme el poder, yo lo sé, anheláis la Magistratura que sobre mí pesa; yo respeto vuestras ambiciones, mas decidme, ¿cuál de vosotros es el capaz de reemplazarme para entregarle el bastón de la Magistratura? Decidme, ¿cuál es?, pues yo no quiero que vuestras ambiciones vayan a hacer derramar una gota de sangre merideña". Sólo esas austeras palabras, propias en labios de un repúblico de la talla de Paredes, bastaron para abortar todo proyecto revolucionario, y sus enemigos, absortos ante la virtud ciudadana del Presidente que querían derrocar, acompañáronle en cuerpo hasta las puertas de su meritísimo hogar y fueron pacíficos amigos del gobierno que antes odiaran. Cualquiera en Mérida conoce esta historia, expresiva de suyo del carácter de este prócer del civismo. Ella de por sí es una alta lección de moral política y de austeridad republicana; no el "yo tampoco quiero mando", ridículo y cobarde de Emparan, el sincero desprendimiento de Paredes –hombre de valor y de carácter elevados– demuestra a cabalidad que en el sabio profesor de Derecho Político de esta Universidad, bullía un alma de grandes lineamientos cívicos. Sabio en Historia, hermanado con la lectura de los hechos de los grandes varones de otras edades, acaso aprendiera en Esparta y en Roma repúblicas, las

---

lágrima a sus víctimas. Explica estos sucesos la hoja a que hemos hecho referencia, intitulada "A la Nación", firmada por "Muchos merideños", a 11 de noviembre de 1863, y editada en la Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.

normas que deben guiar a los magistrados; en otros este aprendizaje fuera estéril, pero herencia de héroes y patriotas corría por sus venas, a la cual era lógico que sirviese de abono esa enseñanza grandiosa*.

Os diré también, señores, de otro rasgo del Dr. Paredes, que como los anteriores prueba a saciedad el alto concepto del derecho y del deber que animaba su espíritu. Consolidado el triunfo liberal y existente ya la autonomía de los Estados, regía los destinos de éste el general Domingo Trejo, el año de 1866. Llamó Trejo a la Secretaría de su Gobierno al doctor Paredes; este en cambio hubo de ofrecerle el alto valor de su tino político y el prestigio de su nombre. Temeroso el Presidente de algún movimiento contra su gobierno, solicitó la venida a este Estado de parque y de un cuerpo de ejército acantonado en Barquisimeto, lo cual hizo sin oír la opinión de su secretario el Dr. Paredes, y cosa que, dada la paz que disfrutaba el Estado, dañaba su autonomía y su vida constitucional. Conociendo Paredes la venida de las fuerzas, cuando estas estaban en Mucuchíes, dice a Trejo ordene su regreso, mas éste no lo acata. ¿Qué hizo Paredes? Renuncia la Secretaría de Estado y sublevándose contra el Gobierno que violaba la letra del Pacto Federal, tomo las riendas del Poder y ordena al ejército que se acercaba a Mucurubá la más rápida desocupación del territorio de Mérida. La lucha se emprende, Trejo se une a la tropa llamada de Barquisimeto y la presencia del Dr. Paredes en el Gobierno del Estado fue una simple ilusión del momento, pues la Presidencia la ocupó en seguida el vicepresidente general Avelino Briceño, pero queda en la historia del civismo regional como un símbolo de máximas virtudes patrióticas y republicanas, virtudes que rara vez se reúnen de un modo tan enérgico y fecundo como en el espíritu recto del Dr. Eloy Paredes.

(*) Comprobante de esta buena fe que siempre acompañó al doctor Paredes en el ejercicio de la Magistratura, es el siguiente párrafo de su proclama de 17 de noviembre de 1868, al hacerse cargo del Gobierno, durante el período a que hemos hecho referencia: "Pero las circunstancias son siempre difíciles y yo no he podido negar mi cooperación; porque mi alma se abre de nuevo a la esperanza; porque ese nombramiento no fue solicitado por mí; porque el pueblo quiere de veras se le muestre el camino del honor y de la libertad, ya olvidado; porque la revolución regeneradora y la Asamblea en su noble propósito, no deben encontrar estorbos ni ciudadanos que siempre me han dado pruebas de confianza; porque

Señores:

Os he hablado hasta ahora de cómo descolló Paredes en la esfera política de la Provincia y de sus sacrificios por el bienestar social de Mérida. Hay un radio donde su acción será más amplia, donde el político, el tribuno y el jurisconsulto sobresaldrán un tanto más: el Congreso Nacional. Al Congreso han ido siempre muchos hombres mediocres, muchos hombres ceros, pero estos pasan como toda caravana, sin hacer nada, sin dejar el más débil recuerdo de que hubiesen siquiera pasado. Pero cuantos hombres de valor han ido hasta él, han sabido dejar en cambio la huella de su talento y de su patriotismo. Varias veces fue al Congreso el Dr. Paredes, pero entre estas vale la pena recordar su presencia como Diputado por Mérida a la Gran Convención Nacional reunida en Valencia el 58, después de derrocado el régimen siniestro de Monagas. Como la de los primeros hombres de la República allí presentes, la actitud de Paredes, fue de las más decididas y enérgicas, y en medio al temor que a algunos infundiera la vecindad de la flota inglesa, venida en auxilio de Monagas, pretextando dar cumplimiento a un protocolo que ante los ojos del derecho ningún cumplimiento merecía de parte de Venezuela; en medio de ese temor, Paredes está con las barras que piden venganza contra el tirano derrocado, y cuando el Presidente de la Convención falta a sus sesiones temiendo sancionar el acuerdo que degradaba a Monagas, declarándolo a la vez reo de lesa patria, Paredes, como vicepresidente, no titubea en firmarlo, y esa firma honra su memoria de repúblico. En esos Congresos a que asistiera hubo de oír Cecilio Acosta el torrente tribunicio de su palabra, hubo de oírla para después decir: "La elocuencia del doctor Paredes era como la de Guizot: grave pero sin severidad; amena pero sin falsos adornos; y las flores que llevaban no eran nunca las de la oratoria, sino las que producía el pensamiento mismo. No tomaba las cuestiones por el lado de la lucha,

---

amo de todo corazón este suelo en que nací y en que mi espíritu se iluminó con las primeras nociones de la verdad y la justicia; y en fin; porque soy venezolano y quiero tomar parte en las glorias de Venezuela así como he llorado sus desgracias". –Mérida.Imp. de Juan de Dios Picón Grillet.– Calle de la Igualdad.– 1868.

sino por el lado de la patria... No buscaba agradar sino convencer, y creía haberlo hecho todo, cuando bajaba de la tribuna, después de haber dejado una convicción formada o un principio establecido"*. Esas sus grandes virtudes de hombre público lleváronle a que sus colegas de Convención, en el 58 a que me he referido, se fijaran en él para candidato a la Presidencia Provisional de la República. Callan esta candidatura Gil Fortoul y González Guinán, pero es lo cierto, y ello lo dice la tradición histórica, acaso más fiel que muchos de nuestros apasionados historiadores, que el 5 de enero del 59, fecha en que se efectuó la elección de Presidente, en sesión de las 12 de la noche, los enemigos de Paredes, partidarios de Julián Castro, valiéronse de sucio ardid de comadres para imposibilitar a sus contrarios. Paredes no fué electo, de haberlo sido sabe Dios qué suerte hubiese tenido la República, pero su prestigio no fue del momento, y dieciséis años más tarde, Margarita, tierra que nunca pisó Paredes, pero hasta donde llegó la fama de su nombre, lo presentó a la República como Candidato a la Primera Magistratura Nacional.

Un día cualquiera –el 8 de abril de 1880– cayó para siempre. Se alejó súbitamente de la vida, sin que la más leve hoja del camino hubiese manchado la albura apostólica de su túnica. Su cerebro se hundió en la nada irremediable, su labio tribunicio, de donde salió muchas veces el latigazo para el tirano, quedó cárdeno e inmóvil y si al bajarlo al corazón insaciable de la tierra, cualquiera –como lo hizo él años atrás con el cadáver del Dr. Agustín Chipía– lo hubiese gritado mil veces, mil veces el silencio habría respondido a su voz angustiada. Mas algo del individuo no muere con él. En el mundo no perecen sino los anónimos y cuando en el oleaje perpetuo del vivir el hombre consigue para sí un nombre, este nombre habrá de salvarlo del hambre insaciable de la tumba. A su muerte, don José Vicente Nucete escribió: "Cuando la posteridad abra los anales de Mérida, hallará páginas luminosas en que todo es gloria; y el foco, Paredes"**. No mentía Nucete, que algo como magnífico luminar ha sido el recuerdo del Dr. Paredes para esta su sociedad natal. Su nombre le ha sobrevivido y hoy está de nuevo entre

(*) Cecilio Acosta, Op. cit.
(**) Artículos Necrológicos ya citados.

nosotros, no en la humana carne, suerte imposible de Lázaros, sino en el mármol hecho alma, en el mármol que es para los grandes hombres el supremo consuelo de inmortalidad, ante la infinita amargura de la vida, estéril y ardua. En los claustros de esta ilustre y desgraciada Universidad andina regó la miel de su ciencia, su boca fue como oráculo de sabiduría para innúmeros alumnos y hoy vuelve a ella, activamente como antes, a enseñar a estas nuevas generaciones que se levantan. La taciturnidad del mármol no habrá de impedir que él ocupe de nuevo su sitio de enseñanza, desde la inmovilidad de piedra en que hoy sirve, sabrá decirle a las generaciones que se paseen por estos amplios corredores, muchas cosas útiles: de cómo es grande el hombre cuando dedica su existencia a la ciencia, al honor, a la Patria y a sus conciudadanos.

Mérida de los Caballeros, por mayo de 1920

LIMITES A LA LIBERTAD DE LA PRENSA*

(*) De un discurso pronunciado en un Centro Católico.

Las masas son abrumadas y despedazadas absolutamente por el poder irresistible de la prensa cuotidiana, y hasta los entendimientos más cultos no conocen bastante el modo de defenderse.

A. Gratry, *Los sofistas y la crítica*

Señores:

Un año cumple hoy este bien intencionado Centro y nada mejor para conmemorar su primer aniversario que esta bella idea que nos toca en suerte llevar a feliz término por vez primera en Venezuela: hacer la fiesta de la Buena Prensa, festival que es en sí una enseñanza y un estímulo, pues en la vida y en el desarrollo de las sociedades nada obra tan directamente como la palabra que se expone y es lanzada al público desde las columnas de un periódico.

Alguien hubo de calificar la Prensa como el cuarto poder de las democracias, tal es su trascendencia y su valor social. Yo creo mucho en esto del poder de la Prensa, yo creo que más que simple derecho político éste de exponer ideas y conceptos al público, el periódico representa una gran actividad mental que obra como fuerza sociológica en el desarrollo de los pueblos, porque es la hoja ágil de papel que va de mano en mano, quien lleva hasta el alma de las multitudes la idea directriz que habrá de transformarlas ventajosamente, porque factor interno de evolución en las sociedades, son las ideas quienes más obran, aunque lentamente, en la formación del alma colectiva. Terreno en preparación, las sociedades necesitan de riego y de cultivo, y estos le van con la obra del tiempo, entre otras formas, representados por ideas que, infiltrándose a través de

generaciones en la conciencia popular, llegan a convertirse en convicciones y en dogmas sociales que exponen toda una psiquis nacional o local. No corresponde al programa de nuestra exposición el estudio de las ideas como medios de renovación y de creación en el proceso histórico de las agrupaciones humanas, a pesar de que sobre ellas y sobre su entidad y trascendencia se base el valor de la prensa que las hace suyas. Dejando a un lado el valor específico de los principios que ésta propague –valor casi inseparable de ella misma– habremos de considerar la prensa bajo su aspecto político-social, bajo su radio moral-ideológico.

Señores:

Hablara algún tratadista de Derecho Constitucional como dijimos antes, de que la Prensa es el cuarto poder en las democracias y necesario es saber hasta dónde puede llegar esta potestad y bajo qué colorido pudiera representársele. Nuestro gran Padre y Legislador Simón Bolívar, cuando en Angostura echó las bases de la Gran Colombia, concibió el hermoso e irrealizable proyecto del Poder Moral, que él no materializó en la prensa, la cual hubo de someter en cambio a la censura de su areópago, estableciendo al efecto que esta censura fuese *posterior* a la publicación de la obra papel*. Aparece un poco extraña esta censura *posterior* que el Libertador quiso permitir al areópago, pues carece de eficacia para la consolidación de la moralidad y austeridad nacionales. Mas Bolívar, legislador de molde ático, soportaba a la vez sobre sí la enorme influencia de los Revolucionarios del 93 y el eclecticismo político del Héroe caraqueño hubo de llevarlo a querer fraternizar en un mismo artículo legislativo, acá en el seno de estas sociedades sin color, a no ser el rojo de la sangre, los más opuestos principios políticos; y así como quiso en Angostura crear para la prensa censura y restricción, evocando acaso el derecho francés prerrevolucionario, sin dañar los derechos individuales surgidos a vida política de la charca del 89, en la Constitución Boliviana hace convivir los más puros principios democráticos y la púrpura real. Yo creo que de no ser tan fuerte en el Libertador la

(*) Proyecto de Ley sobre Poder Moral.– Sección 2. Artículo 5.

influenia filosófica de los Enciclopedistas y de no haber creído tanto en la legitimidad de los derechos declarados por los representantes del pueblo francés en el 93, el artículo 5 de la sección 2 de su Proyecto de Ley sobre Poder Moral, hubiera, para robustecer a éste, permitido acaso la censura previa o establecido, como es lógico, el régimen de patentes periodísticas como en el Derecho Francés anterior a la Revolución, tal vez la forma más perfecta para conciliar el interés social con los derechos individuales al tratarse de cosa tan trascendente como la esfera de acción de la Prensa; porque no son los principios que nuestro tratadista Gil Fortoul expone en su Filosofía Constitucional los que pueden regir la libertad del pensamiento expresado de palabra o por la prensa, demarcando su campo de actividad social. Dice nuestro eminente compatricio: "Las críticas acerbas a las instituciones políticas y sociales; las protestas enérgicas contra el orden de cosas existentes y los juicios APASIONADOS (?) sobre los actos de los funcionarios públicos –todo lo cual da origen habitualmente a calificaciones de delitos– no son más que el ejercicio del derecho inviolable que todo individuo conserva para juzgar como le place la conducta de quienes son simples mandatarios suyos y para procurar corregir lo que considera como imperfecciones sociales y políticas"*. Conceptos estos que él singulariza a la palabra hablada y que deja en pie al referirse a la Prensa y que permiten ver que el sesudo político venezolano, con treinta años menos que ahora, sufriera una exaltación libertaria al escribir de ese modo tan absoluto, llegando hasta legitimar pasiones individuales; parece sí, porque tamaña libertad acordada a cualquier ciudadano llegaría a despojar consecuencialmente a la prensa de la serenidad de criterio, austeridad, sentido crítico, veracidad y respeto que le son necesarios para encarnar en sí un poder moral y dirigente, llevándola en consecuencia a los precipicios de la más lamentable licencia, que hace de ella instrumento de las más bajas y mezquinas pasiones.

Agrega el mismo constitucionalista en las páginas citadas que "la sociedad no tiene medios coercitivos (contra la prensa) porque ella no es más que el conjunto de los individuos y como tal su desarrollo es

(*) José Gil Fortoul.– Filosofía Constitucional.– París, 1890.

resultante de las energías, aspiraciones y pensamientos individuales". Aquí digregaremos un poco procurando aclarar un concepto que equivoca Gil Fortoul. Dice éste en las frases anteriores que la sociedad no es sino el conjunto de sus individuos y que su desarrollo es resultante de sus energías y aspiraciones de sus elementos primarios. Lamentablemente confunde en uno dos conceptos diferentes nuestro ilustre compatriota al expresarse de ese modo. Examinando Giddings los factores del proceso social físico, dice que "los fenómenos sociales dependen de la transformación y de la equivalencia de las energías físicas" y que "la cantidad y la intensidad de la actividad están proporcionadas a la energía prestada al medio por el cuerpo social"*, concepto materialista que nosotros en un trabajo reciente acogimos para decir que la fuerza físico-social depende en sí de la suma metódica de las fuerzas aisladas de sus elementos primarios; mas no es del examen de sus fuerzas físicas de donde deduce Gil Fortoul la aseveración de que la sociedad en su desarrollo no es más que el conjunto de sus elementos primarios. Tratándose de un concepto físico-social, repetimos, la aseveración es fiel, mas el autor no se refiere a ello, sino que dice que la sociedad carece de medios coercitivos para impedir la conducta licenciosa de la prensa, porque ella no es más que el conjunto de sus individuos. Esto no es exacto en el campo a que él se refiere, ya que viene tratando de conceptos y de ideas, porque como dice Rosi, "la psiquis colectiva no es una simple confusión de las individuales ni una suma; sino un producto nuevo, que en las formas más simples es una suma, y en las más complejas una multiplicación o una elisión una mixtión o una combinación"**. Bajo esta apreciación de psicología social no puede negarse a la sociedad un alma nueva, diferente de las particulares, como lo quiere nuestro constitucionalista, para negarle poder coercitivo en tales casos, dejando apenas al Magistrado agraviado el remedio de defenderse por la prensa, corregirse o renunciar el cargo; más lejos de esto nuestro Código Penal en sus artículos 146 y siguientes, establece medios coercitivos *posteriores,* contra quienes irrespeten a los Magistrados, único remedio este, con el derecho de enjuiciar a los que ofendieren o calumniaren, que da a los perjudicados la misma Constitución que garantiza la prensa libérrima.

(*) Franklin Giddings.– Elementos de Sociología.
(**) Pascual Rosi.– Sociología y Psicología Colectiva.

Mas la posterioridad de estas simplísimas vallas no es lo que pondrá freno a la licencia a que es fácil llegar bajo el régimen de la absoluta libertad de la prensa. Algo más perjudicial publican los periódicos que injurias e irrespetuosidades, algo que sin ser diatriba ni calumnia ofende más a la sociedad, haciéndole grandes males en el orden moral y en su formación mental, y que sólo puede remediarse creando trabas a esa misma libertad constitucional, estableciendo un régimen legal que no permita a todos las alturas del periódico, estatuyendo el periodismo profesional, de escuela, que aunado a selectas condiciones personales, garantice la honorabilidad apostólica de la prensa, para que esta funcione fecundamente en el seno del cuerpo social.

Señores:

Poder Moral, la Prensa sí lo encierra y representa. Ella es en las colectividades la palabra que guía y el índice que marca el grado de una evolución, pero de ese modo, cuando no está en manos de cualquiera que manche cuartillas y que quiera expresar lo que bien piense. Surge sí, el conflicto entre la libertad consagrada por todas las Constituciones democráticas y el interés social, que pide la selección de la prensa, que quiere una barrera contra el correr continuo de ideas odiosas y de pseudoideas inútiles. Felizmente carecemos nosotros de prensa tumultuosa y de litigio; como un recuerdo apenas vive la época tormentosa de "El Heraldo" de nuestro gigantesco Juan Vicente González, pero muy claro hemos tenido el ejemplo de la prensa destrozándose entre sí, y oído hemos la voz de periodistas licenciosos destruyendo a diario reputaciones sin cuento, y ello no es sino la expresión muy clara del famoso principio democrático de la libertad absoluta del pensamiento, principios que si en Filosofía abstracta es posible, porque en el terreno de las abstracciones no hay diferencia entre los hombres, llevado a una experiencia positiva, sobre todo en estas nuestras democracias tumultuosas y sin preparación, aparece revestido de una eficacia contraria.

La libertad del pensamiento, en su forma política como todas las demás libertades individuales, es hija de la Filosofía del siglo XVIII, que tanto ataca Gustavo Le Bon*, y ellas han sido la base para la constitución de

(*) Gustavo Le Bon.– Lois Psicologiques de Evolution de Peuples.

todas las grandes democracias modernas, que las garantizan de una manera absoluta, hasta querer sacrificar el interés social en aras de ellas, llegándose hasta desconocer principios de la misma Constitución, para garantir derechos individuales en contra del interés colectivo. Pero sobre todo lo que digan los más exaltados defensores de los absolutos derechos del hombre y del ciudadano –derechos que nosotros no queremos desconocer– existe el principio político, descolorido por lo usado, que nos dice: *salus populi suprema lex esto,* el cual han aplicado singularizándolo, en defensa del individuo contra el Estado, pero que nosotros invocamos contra aquél, en pro de los derechos colectivos, ya que la colectividad, como lo vimos, tiene alma propia e intereses propios, que no son el resumen de los individuales sino distintos a ellos y que le dan voz para invocar derechos, a veces en contraposición con los de sus elementos primarios, los cuales al revés del decir de Gil Fortoul, pueden ser coartados en obsequio de la "salus populi", como en este asunto tan delicado de que venimos tratando.

Dos puntos vulnerables tiene además la libertad absoluta de la prensa: primero: que todas las cosas no deben decirse, y segundo: que todos los ciudadanos no son aptos para decir cosas al público. El primer punto, que no es posible examinar en concepto particular, por la imposibilidad de enumerar las cosas que requieren silencio, aun pudiéramos llevarlo más lejos: es humano, noble, cristiano, que se echen en olvido y se silencien hechos reprochables de otro, mientras es detestable y odioso arrojar en el calor de una discusión o en el desahogo de una pasión, lodo e ignominia sobre inocencias de oro, a pesar del descabello con que en el 47 hablara en Caracas el director del periódico liberal "El Republicano", diciendo que "aunque los insultos y calumnias irriten, no extravían la opinión, sino que le iluminan el camino". Bajo el segundo punto de apreciación la materia nos resulta más diáfana y más fácil de conceptuarse. Poder moral y dirigente, la prensa necesita estar en manos selectas, manos escogidas por algún medio, que a su frente haya personas aptas para llevar hasta la conciencia colectiva semilla de ideas que al fructificar encaucen la muchedumbre por vías de perfeccionamiento y de grandeza, personas como las soñadas por Bolívar para el areópago de su concepción del Orinoco y como los censores de la Constitución de Bolivia, capaces de representar la justicia y la moral de

la colectividad en que actúen. ¿En nuestra democracia es esto general? Desgraciadamente no. Nuestro estado de formación social, la violencia de nuestro carácter nacional, nuestro espíritu de tumulto, despoja a una enorme mayoría de la conciencia de sus propios derechos y reduce la clase que pudiera ser la dirigente a un número escaso, asaz escaso, y es ésta la que en todo caso debe ejercer lo que llamaremos, imitando al eminente sociólogo Vallenilla Lanz, "Cesarismo periodístico". La tribuna de la prensa debe estar vedada a muchos. Con ello no queremos nosotros renegar en absoluto de convicciones democráticas que encarnan nuestra alma colectiva, nosotros queremos que exista libertad para la prensa y el pensamiento, pero en cambio el ejercicio de esta libertad debe tener su economía, economía que no sea una censura ni una intromisión oficial, como en el régimen inaugurado en Francia en 1881, sino una barrera previa, la creación de patentes periodísticas, que vengan a impedir la circulación de prensa perjudicial por lo inútil y malsana.

Señores:

Hemos visto que la Prensa está llamada a ejercer una triple misión en la sociedad: culturar, vindicar y señalar el coeficiente del valor social. Casi con las mismas palabras de Víctor Hugo al definir la Historia, podemos decir de ella que es espejo donde el pueblo ve lo que es y lo que debe ser. Es la escuela de la colectividad y el Tribunal de su justicia inflexible. Como escuela, como cátedra perenne de enseñanzas nuevas, su misión es poderosa en el orden de los factores sociológicos y aquí la importancia de su constitución propia, de su estructura específica de ideas, juega el papel más trascendente: que ella sea capaz a todo trance de cumplir a cabalidad su cometido, que instruya al pueblo en la exposición de ideas y de conceptos edificantes, que sea motivo de regeneración y de creación tanto en el orden intelectual como en el moral, que sea ideológica y doctrinaria, no bufa e inútil, que no sea la prensa frívola de crónicas y chascarrillos que tanto abunda en Venezuela, prensa que no es prensa ni un remedo suyo, papeles inútiles que llenan nuestras calles y que sólo dejan al leerse la más profunda tristeza, porque nada dicen ni nada enseñan. Trabajemos por ella y así haremos el bien del pueblo y de la Patria, que tanto necesita del abnegado esfuerzo de sus hombres, y mientras exista esa amplia libertad

de publicar que garantiza nuestra Constitución, que esta libertad no vaya jamás en nuestro perjuicio abusando de ella, y contra sus abusos formemos la Buena Prensa que, sana y conceptuosa, salve las licencias a que puede llevar a otros la democracia de nuestro régimen periodístico. Que sea ella fuerte y capaz de dirigir e instruir la masa popular. Esa prensa así, atalaya de la ciencia, la verdad y la justicia, que sea nuestra norma de labor en pro de la comunidad, que nada gana con tanto periódico que nada enseña. Y es esa prensa, noble y altruista, ayuna de pasiones y mentiras, la que hemos venido a festejar hoy en este místico recinto donde viven la piedad y el amor y la ciencia, y quiera la suerte que esta idea, que ha recibido calor acá en el rincón de la montaña, bajo la suave sugestión de nuestros perpetuos hielos, cunda en otras ciudades venezolanas, para que así el triunfo de la Buena Prensa sea presto y efectivo.

Mérida de los Caballeros, por noviembre de 1920

DISCURSO DE MANTENEDOR*

(*) En los Segundos Juegos Florales de Valera, febrero de 1921.

Señora:

Señores:

Quiero que sobre la obscuridad de mi palabra se derrame la luminosa suavidad de una historia fantástica que vengo a evocar ante vosotros, para que sea ella en esta dilecta ocasión, suerte de estrella milagrera que guíe mi pensamiento en medio de los amplios senderos por donde habrá de peregrinar en la búsqueda de ideas propicias que paguen acaso el regalo que se me hiciera amablemente, trayéndome a este sitio, cumbre muy elevada para la pobreza de mi esfuerzo.

Trátase de un pobre loco ideado por la fantasía del novelador americano Elías Lieberman, de un mozo loco de locura divina, hija legítima de la de Nuestro Señor Don Quijote. Era un mal suave, inofensivo, artístico el que minara al joven historiado; decíase la encarnación del gran poeta inglés John Keats, y repitiendo sus versos adorables, iba por las populosas calles newyorkinas regalando rosas a las personas que encontraba a su paso y que él creía desgraciadas.

Locura acaso simple y sin color que hiciérale decir a cualquier anónima obrerilla: "A pesar de la sonrisa que brilla en su rostro, es usted infeliz. Está usted consumida por el ansia de algo, lo mismo que me pasa a mí. Sírvase aceptar esta rosa", pues era en su concepto la rosa la medicina ideal que curaría aquella alma triste del ansia profunda que él creía la enfermaba, y cuando la obrerilla había recibido en sus manos cansadas

el amable regalo, el más amable que hallarse puede, según la expresión del persa Abon Ihsak, el pobre loco exclamaba creyéndose John Keats:

¡Belleza, fuente perenne de alegría!

Quizá desde su obscura torre interior de enajenado él vio en un breve minuto de claridad, que esa gran pesadumbre que a veces agobia a hombres y pueblos pudiéramos curar con un poco de belleza y su artística locura convirtiéndole en galeno del espíritu, díjole ser las rosas, frágil carne de ángeles, la droga misteriosa propia para realizar el mágico conjuro renovador en el fondo preñado de penumbra de los espíritus tediosos.

Y era una gran verdad, señores, la que evangelizaba el loco de Lieberman. En hombres y en pueblos ha sido siempre el culto a la Belleza fresco manantial de alegría, odre primorosa capaz de saciar la sed de los espíritus más áridos y más ensombrecidos, luz de milagro vencedora de las noches más trágicas, cruz de redención donde las almas más necesitadas pueden purificarse y surgir a merced suya, claras, diáfanas, resplandecientes... Fue por virtud de aquella su sonora alegría, sucedánea del culto religioso que ofreció a la Belleza Inmaculada, como se destacó Grecia con perfiles propios, de brillo inimitable, en la Historia de la antigüedad. Fue su alegría quien la llevó a crear en el mármol y en el verso obras magnas que aún deslumbran las más atrevidas fantasías, porque Grecia ha sido en esto el pueblo que mejor hubo de comprender la poderosa virtud que en el espíritu se desarrolla cuando es esclavo de la Belleza Omnipotente, lo cual Dumas supo expresar a maravilla en breves palabras, al decir que entre los griegos el hombre se hacía divino cuando era bello. Y esa su alianza con la divinidad fue motivo para que aquel pueblo heroico y victorioso, crease a la vez para sí la belleza pagana, la cual, conforme a los principios de su Filosofía, que no vio la perfección en la amplitud y el movimiento, sino en la estrecha inercia de las líneas, hubo de encerrar en moldes de inmutable formalismo que la hicieron más pura y más sencilla, llegando a ser tal belleza bajo la limpidez de su cielo ensoñador, símbolo religioso que al consustanciarse con el alma griega se hiciera nacional, hasta poder servir de empresa de su escudo si acaso tuviese una forma única y sintética.

Cuando se quiere definir el carácter de los hombres y el carácter de los pueblos, basta en veces un solo detalle tal vez muy simple para poderse sobre él fijar irrevocablemente y de una manera precisa sus líneas integrales. Así señores, la fisonomía general del pueblo heleno pudiéramos conocerla, caso de ignorar su historia, por un hecho aislado, solitario, que expresa con sobra de elocuencia cómo la Belleza constituyó para él una devoción y un culto colocados por sobre todas las leyes humanas, culto obligatorio sin sanción legal cuyo cumplimiento pedíalo el alma griega, esclava impenitente de lo Bello... Friné de Thespies, la bella cortesana poseedora de rentas capaces para reconstruir las murallas de Tebas, la que más tarde servirá de modelo al divino Apeles para que éste dibuje sobre el lienzo el milagro subyugante de la *Venus Anadiámene* y al mago Praxiteles, que llegó a eternizar para el templo délfico la maravilla de sus líneas en gloriosa labor orificia, Friné de Thespies está ante los jueces de la ciudad acusada de horrible crimen de impiedad. Nada en la causa está a favor suyo y hasta la oración de su abogado, el célebre Hipérides, flaquea ante el tamaño del delito realizado por la bella cortesana; todo está perdido y la justicia inflexible de los dioses al expresarse por boca de los magistrados populares caerá pesadamente sobre la sin par cabeza que eternizarán después el oro y el color. Mas un rayo de luz alumbra el ágil pensamiento del célebre orador de la defensa; algo supremo, algo que es sagrado aun para el corazón acerado de los jueces, salvará la mujer criminal: rásgale su clámide de seda y pedrería y ante los ojos espantados aparece la bella desnudez de la indiciada. (Apeles la verá tiempo más tarde surgir de igual manera de entre las rizadas ondas marinas en Eulesis y creará su lienzo inmortal). ¿Qué hacen los jueces?... Absolverla, porque en Grecia la justicia poco vale si está en pugna con lo bello, porque en aquel pueblo de martelados la belleza tiene leyes propias que se hacen respetar por obra y gracia del imperio soberano de que goza sobre el corazón y sobre el alma de los hombres.

Fiesta hubo entonces en Helenia: su alegría debió escucharse como el loco repicar de mil campanas de oro y el gárrulo bullicio de su risa acaso sonara bajo la euritmia de su cielo como música impautable de ríos y de cascadas, pues tal día el pueblo vio salvarse del filo inexorable de la espada de Themis, al sortilegio todopoderoso de Nuestra Señora la

Belleza, una de sus más claras "fuentes de alegría", fiesta, sí, ya que aquellos eternos enamorados del Ideal en la plástica forma de la línea, también exclamaron en presencia de sus ídolos –estatuas y mujeres y versos y siringas, donde saciaban su sed como en cántaros venustos de leticia– la verdad que en el alado ritmo de un verso supo encerrar John Keats:

¡Belleza, fuente perenne de alegría!

Y fue, señores, que el heleno lejos de hundirse en silenciosos éxtasis como su hermano el ario de la India misteriosa, cantó embrujado por la sonora alegría que la Belleza trajera a su espíritu, porque sonora fue la alegría que animó a toda Grecia: sonora como el reír de una enamorada quinceañera fue la voz jubilosa que anunció en el concierto de los pueblos la existencia de aquella tierra divina donde parecía reunirse toda la sal del mundo y cuya vida semejaba la continuidad de una fiesta coral; sonora su voz como los áureos gorgoriteos del ruiseñor que en la enramada alaba a Dios cantando las glorias del sol y cuando la conquista sacrílega posó sobre aquella tierra sagrada de semidioses la planta que anunciaba la hora de la servidumbre y del tributo, cuando sobre la clareza de su ánima fecunda perfiló su trágica sombra de dolor el ala de Anankée, sonoro fue su canto, sonoro y lúgubre, como la arcana voz del cisne que siente cerca la negrura irremediable de la muerte.

Señores:

Ahora el escenario está lleno de sombras. Quince siglos hace que la libertad griega pasó a ser rehén del conquistador romano; decayeron sus artes y aun su espíritu; los dioses paganos protectores de aquel supremo ideal de Belleza, huyeron después espantados ante el milagro de la Cruz, y a la hora fatal de su caída, Grecia en agonía aun pudo contemplar cómo los soldados de la victoria hacían suyos sus tesoros inmortales para regarlos como puñado fecundo de semillas a todos los vientos del orbe. Hoy estamos en plena Edad Media y es el siglo XIII. En esta época confusa, llena de misterio, el pensamiento y la espada y el espíritu trabajan como nunca envueltos en espesas tinieblas y en conventual silencio; vientre del mundo político y mental, en esta época parece que

se chocan todas las pretéritas conquistas de los hombres, para de ella surgir la obra grandiosa de la edad moderna, *l'angelica farfalla che vola a la justizia,* como dijera el Dante. Pero rompamos, señores "la puerta de bronce que de este período nos aísla y a la luz de una lámpara mortecina ya por el transcurso de los siglos" penetremos en él con firme paso. Esta época amó también la Belleza, no en su forma pagana, que ya en derrota huyeron los dioses helenos y la Cruz de amores sentó inmenso poderío en el mundo, siendo bajo la misericordia de sus brazos donde habremos de buscar hoy la cisterna de las grandes alegrías humanas. En Grecia fue el triunfo de la forma, la perfección externa de los cuerpos, el nido donde durmiera la Belleza, en esta época nueva, enorme y complicada, aparece un elemento superior que desconocieron los helenos, aparece el alma casi visible a los mortales ojos y es en ella donde sienta sus reales la belleza poderosa. Y ya no es negra la Edad Media, mentimos antes al decirlo así, llénanla de claridad divina millares de almas bellas que buscan el cielo por escaleras de cruces, ellas hacen blanco el camino por donde van peregrinando y en medio de la sombra general son como mariposas de luz, como brillantes margaritas de amor que claridecen la negra noche que lo envuelve todo. Otro es hoy también el Ideal. Alas tiene el alma y quiere prepararse para la última jornada que va hasta el foco de la Suma Belleza y la alegría no está ahora en el placer voluptuoso sino en el castigo de la carne; que la sangre llueva sobre la Cruz para que de ella surjan a su riego los lirios del premio, esto quiere el nuevo Ideal y en ello hay también perfecta alegría.

En un hombre, señores, en un hombre pequeño y flaco, demacrado y consumido por torturantes penitencias, parece resumirse por completo la esencia de este siglo: toda la belleza y toda la alegría y toda la dulzura de su época están como contenidas en el corazón y en el espíritu de Francisco de Asís. Grande por el amor y grande por el dolor, este pobre fraile que celebró con goce divino desposorios con la pálida Pobreza sobre misérrimo tálamo de tierra, tiene el alma más pura y más clara que soñarse puede en un discípulo del Cristo. Va él cantando amores por doquiera, duerme en un zarzal y éste ya no lazra con sus uñas de crueldad, sino que en cambio florece con rosas celestes; habla al río, y al viento, y al lobo y la enramada y es el hermano fiel de los que sufren; su licor son las lágrimas que saben embriagar su alma adormecida; el más

gustoso manjar las sobras de los ricos y la almohada de descanso la fría piedra del penitente. Llora, gusta amargosas lacerias, ambula por vías llenas de fraguras que hacen derramar claveles de sangre a sus finos pies desnudos y maguer todo esto suceda cuotidianamente, llena está su alma de la más dulce alegría, con la cual canta, suerte de alondra celeste, las glorias del Supremo Artífice manifestadas aun en las cosas más pequeñas y humildes y dolorosas: en el agua, en el fuego, en la tierra y en la muerte, a quienes llama con humílimo amor de visionario, la hermana agua, el hermano fuego, la hermana tierra y nuestra hermana la muerte corporal. ¿Poeta? Su *Canto al Sol, Amor de Caridad* y las *Florecillas,* son como rosarios de devoción fabricados con gotas de miel por manos de ángeles; en ellos su corazón derretido de amor deja que se deslice la fuente de alegría que su penitencia ha hecho nacer en las rútilas profundidades de su espíritu, cuando en ellas, transmigrando a seráficas regiones, su alma contemplara la Suma Belleza, vedada a pupilas mortales. Y si sonora fue la alegría de griegos al bañarse en las plasticidades de su pagana Belleza, silenciosa fue la alegría de los místicos medievales al ver con los ojos del ánima las celestes verdades y el brillo deslumbrante de su Belleza Suprema, silenciosa como esta risa infantil que embruja el alma del Serafín de Asís, silenciosa como los éxtasis que aturden la mente poderosa de Teresa de Jesús y que ponen chorro de preciosa joyería en la pluma impecable de los Luises y los Juanes.

Sonora una y silenciosa otra ¿quítale esto la unidad a la Belleza que es motivo de ambas? No, que no cambian de espíritu los vinos por beberse en copas desiguales. Quiso el griego conformar su concepto de lo bello a la inercia de la forma y al placer de los sentidos, y buscó ánforas extrañas cinceladas con mano de lujuria para escanciarla en ellas; los místicos edadmedianos hallaron la Belleza en sí misma y la sorbieron en el hueco de manos querubinas y vasos lujuriosos y manos de Querub, persiguieron a una, como lo quiere el loco de Lieberman, la Belleza como *¡fuente perenne de alegría!*

Escala de luz, señores, ha sido lo Bello en estas épocas opuestas de la Historia. Durante ellas a su conjuro omnipotente, los hombres se han alzado llenos de júbilo infinito, hasta la misma Divinidad: son como

cumbres cristalinas destacadas en la prominencia de la vida del mundo, en las cuales colúmbranse como míticas soflamas de victoria y símbolos de la grande alegría que entonces animara a los hombres, el éxtasis musical y jubiloso del heleno ante la Venus Urania y la sonrisa inefable del penitente mediévico abrazado a la Cruz del Dulce Pastor de Nazaret; ellas representan de ese modo los ideales contradictorios que han inspirado la vida del Arte Universal: el ideal pagano y el ideal cristiano, el idealismo y el realismo, que aun luchan en obras y en doctrina.

Señores:

Esta fiesta de hoy es fiesta de Belleza y de Alegría; belleza en la Mujer que viene a premiar, más que con flores simbólicas con fina sonrisa de sus labios, la obra del agraciado justador, y alegría en los devotos de la Belleza y del Ideal que celebran como en épocas mejores el advenimiento de estos olvidados torneos caballerescos, donde se pone de relieve el triunfo del arte y del talento. Ecléctico es el motivo de estas justas: en ellas la *Floralia* latina, en homenaje a la diosa de los jardines y los campos, unida a la devoción medieval de los torneos; el juglar aventurero, inquieto como los bárbaros primitivos que reconstruyeron a Europa y la mujer, pozo de belleza y de alegría, que recuerda las edades helenas; pero ya, señores, esta mujer que vemos en Provenza y en Sicilia y Cataluña adonando la obra de los troveros que, como parvada de inquietas golondrinas, viven de pueblo en pueblo y de corte en corte, no es la mujer griega que vió el desmayo de centenares de crepúsculos reclinada en las murallas del Cerámico, sino la mujer nueva, poseedora de derechos, elevada a alturas que desconocieron la paganía helena y la moral de Roma; ya sus formas en la antigüedad alcándoras de sierpes solamente, se han envuelto en el manto purificador que para ella tejieron las manos caritativas de Roberto de Arbrissel y es esta mujer nueva, que ha sufrido el fuego en el crisol de las nuevas costumbres, quien premia el canto a las glorias de María Inmaculada de Armando de Vidal en las primeras justas provenzales y las poesías de Francisco de Asís y de Raimundo Lulio, cuando estos grandes místicos tuvieron debilidades de troveros y manía de centones.

Nada puro es sin embargo el calificativo que la señora Pardo Bazán da a las *cortes de amor* que junto al *Consistorio del Gay Saber* sirvieron de

estímulo a la poesía juglaresca de los siglos medios, pero esas cortes robustecieron las letras de su época y quedan como recuerdo de la galantería y del amor que espiritualizaron tan lejanos tiempos. Lunares, las caras más bellas los poseen y puede que la sabia escritora española encontrase algunos en las *cortes* antiguas, mas poco valen ellos para que esta institución, restaurada en su agonía por la piedad amorosa de Clemencia Isaura, para que esta institución que dio firmeza al lemosín y al catalán, galardonando a sus poetas, espíritus amantes del progreso de las letras y devotos de la Belleza, la exhumen cuidadosos de la cripta de los siglos y nos ofrezcan hoy el bello espectáculo que por mayo, hace seiscientos años, sucediérase bajo el cielo encantador de la Provenza; porque estas fiestas galantes, como diría Verlaine, tienen el prestigio de la poesía, amparada por la Mujer que lo hace todo suave y brujo y dulce. Fuente de alegría, ella riega el esfuerzo apolonida que justa en las arenas del ritmo y la armonía, haciendo más amable la labor profunda de pensadores y poetas, y son éstos, pensadores y poetas, quienes dan verdadera fisonomía a los pueblos, que sin ellos son como pobres mudos solitarios. "E aún deben (los Reyes) honrar e amar a los maestros de los grandes saberes, dice el Rey Sabio, por cuyo consejo se mantienen e se enderezan muchas vegadas los reynos" y alegran su vida, agregaríamos nosotros, porque torres ebúrneas en el desierto de la muchedumbre, los pensadores y los poetas echan a volar las campanas de oro de su espíritu, y su alegre algarabía suena en el silencio de la selva anónima como aleluyas que entonasen míticas voces de apoteosis.

Utiles, estas fiestas llaman al trabajo de la palabra que en veces "embriaga tanto como el falerno", sirven de acicate a espíritus tediosos que pueden dar mucho de sus riquezas interiores pero que duermen por falta de alegría y enseñan a la masa que en las grandes festividades de los pueblos las letras deben tener su homenaje, porque ellas expresan su cultura y su progreso, Trujillo las necesita más que cualquier otro pueblo en Venezuela, porque en nuestra geografía nacional ninguna región más indiferente al cultivo de las letras que esta de nosotros. Duélanos el decirlo, pero de tantas mentalidades superiores que hanse dado en nuestro Estado a labores literarias, poco queda por falta de entusiasmo, a no ser la mucha nostalgia que al espíritu trae la evocación de su recuerdo. Hagamos estas fiestas, que ellas pueden traer alegría a los

indiferentes para que así trabajen, ya que tienen a su favor el imperio de la belleza cristalizada en alma y líneas de Mujer, y vimos con Keats que Belleza es *fuente perenne de alegría!* Nada más natural que Valera la lleve a feliz término, por segunda vez, en estas sus festividades centenarias: en el concierto de ciudades del Estado ella canta con voz nueva y prendada del Caballero Progreso, que ve idealmente surcar las ondas cristalinas del músico Motatán, como Lohengrin leyendario que anduviese sobre cisne de espumas o de plata, en pos de mujeres prisioneras y aflictas, ella quiera ataviarse como la novia más cumplida. Y es que este cielo valerano evoca la cigarra provenzal y estas sus mujeres fragantes y dulces hacen pensar en Clemencias y en Mireyas: ningunas como ellas dignas de formar cortes donde triunfe la gracia de los ojos más lindos y de las más claras sonrisas que vengan a premiar la obra de fortunosos justadores. Vosotras. ¡oh, Damas! pedís lenguas de lira para que se os cante y guzla de trovadores que diga furtivas cosas de ensueño en vuestras rejas floridas, donde vuestros ojos son como lámparas de devoción y de indulgencia. Y vos, ¡Señora y Reina de este Reino Ideal de Belleza y de Arte! merecéis la eternidad de cetro y de corona: nunca mejor hablara la justicia por boca de poeta, que al designaros Soberana de este efímero Imperio de galantería y de versos: vuestros ojos son ojos de premio, el premio embrujador que dar la vida puede a quienes hayan sufrido y batallado mucho; vuestras manos son seda traída de remotas regiones de Hadas, son seda pura como para cubrir un corazón aterido y solitario, y vuestros labios no sé deciros si son nido de sonrisas o gruta de músicas perladas, ¡pues si habláis, subyugan, y si en silencio sonreís dan muerte!

La Paz de Truxillo, por enero de 1921.

LA EMBOSCADA

LA EMBOSCADA

ACTO UNICO

(Salón espacioso. Al fondo cuatro puertas pequeñas, a la izquierda, otras igual; todas cerradas. A la derecha puerta grande y abierta, llena de las sombras más espesas. Gran iluminación. En medio del salón, mesa servida con olorosas viandas y riquísimas frutas y licores. Muchas sillas de sedas finísimas en los rincones. Al fondo entre las puertas, varios espejos).

ESCENA UNICA

(Aparece la vida en el fondo del salón ricamente vestida y llena de joyas y oropeles. Lejos se oye una musicación lenta, pausada, de notas sutilísimas).

La Vida.–Se empieza a oír la música divina de los astros, la harmonía es cada vez más pura y delicada y subyugante. Ya comenzará la fiesta, pronto han de venir los invitados, hay sitio para seis. (*Se oye un toque en una de las puertas pequeñas*). ¡El primero! (Va y abre). ¡Adelante! (*Aparece una rubia muchacha que frisa en los quince, muy risueña y salada*).

1ª. Invitada.– Aquí a vuestras órdenes.

La Vida.– Bienvenida. Habréis de pasar en casa ricas horas. Pronto vendrán otros y habrá fiesta como nunca fue semejante *(Se oyen toques en las otras puertas pequeñas).* ¡Llegan los demás! *(Les abre y aparecen tres mancebos y una gentilísima morena).*

1er. Mancebo.– Es bello este salón y qué ricas parecen estas viandas. Habremos de divertirnos aquí. *(Todas las puertas han vuelto a cerrarse solas).*

2º. Mancebo.– *(Mira a la Vida y a las otras dos mujeres).* ¡A vuestros piés, señoras mías! *(A los otros dos caballeros).* ¡Salud, compañeros míos!

Los Invitados.– *(En coro).* ¡Salud, compañeros! *(Se sientan).*

(La música se va haciendo cada vez más dulce y harmoniosa. Parece más próxima y más lejana a un tiempo. Hay murmurios de fuente y suavidad de alas en sus notas sutiles. Los presentes la oyen como en éxtasis, en el más religioso silencio. Se dirían estatuas vivas, según es la estabilidad en que se encuentran. En la sala no hay el más leve ruido).

1er. Invitado.– ¿De dónde viene esa música?

La Vida.– De todas partes.

1er. Invitado.– ¿Quién la produce?

La Vida.– Ella vive por sí.

1ª. Invitada.– ¡Qué bella, qué dulce, qué harmoniosa es! *(Dirige la visita a la izquierda y se encuentra con los ojos de uno de los jóvenes que la mira devotamente).*

1er. Mancebo.– *(A la 1ª. Invitada).* Vuestra palabra es música.

1ª. Invitada.– La vuestra también.

1er. Mancebo.– Vuestros ojos tienen luz y música.

1ª. Invitada.– Los vuestros también.

1er. Mancebo.– ¿De dónde venís?

1ª. Invitada.– No sé. ¿Y vos?

1er. Mancebo.– Tampoco sé.

La Vida.– *(Con voz que ahoga las demás).* Empecemos el festín, señores. Comamos y bebamos que son ricas estas viandas que os ofrezco. Bebed ese vino, diríase el néctar de los dioses. *(Se sirven de él los invitados).*

Todos.– *(A una voz).* ¡Salud! *(Beben).*

Mancebo. 2º– Es dulce, infinitamente dulce.

Invitada 2ª.– *(Mirándole).* Creo que es más dulce en mi copa. ¡Probad! *(Le da el resto que reposa en la suya).*

Mancebo 2º– *(Bebiendo).* Oh, sí es más dulce, pero fue que lo pusísteis más por vuestros labios.

(Todos comen y beben con entusiasmo y alegría divina. Repasan las viandas y apuran el vino de las copas. El Mancebo 3º está menos alegre que todos).

La Vida.– ¿Qué os parece mi fiesta?

Todos.– Digna de vos. Nunca habrá nada mejor que estos manjares y licores.

Mancebo 1º– *(A la 1ª. Invitada)* Me parecéis más bella.

1ª. Invitada.– También vos.

Mancebo 1º– Es la alegría que nos posee quien nos hace más bellos.

Mancebo 2º– *(A todos).* Esa música quiere que bailemos.

La Vida.– Habremos de hacerlo, mas es preciso terminar con este plato.

Mancebo 2º– Terminar con éste, sí, pues nos faltan muchos aún.

Mancebo 1º– Decís bien.

(Hay risas que suenan como cascabeles, ruidos de copas y de platos. Al fondo de estos ruidos la música se percibe claramente).

La Vida.– A bailar.

(Todos se paran tambaleándose de la ebriedad. Cada mancebo toma una pareja y empieza la danza, con lentitud harmónica en un principio. Pero a poco los giros se hacen más veloces, las parejas chocan unas con otras.

La fiebre del baile los une: se abrazan y besan locamente y cambian de parejas unos con otros. La sala se ha convertido en la más roja bacanal. Descansan para beber, se sientan unos, mientras otros giran. Los rostros los tienen descompuestos, las mujeres han perdido sus tocados y aun sus trajes. La Vida ríe, pero su risa tiene algo de simbólico y de siniestro. La fiesta llega al exceso de la locura. Las parejas vencidas, menos la Vida y el 3er. Mancebo, caen al suelo).

3er. Mancebo.– ¡Todos se rinden!

La Vida.– *(Con risa irónica).* ¡También lo haréis vos!

3er. Mancebo.– Veremos. *(Siguen bailando).*

(La música sigue lo mismo: harmónica, dulce, lejana. La Vida y el 3er. Mancebo continúan sin desfallecer).

1er. Mancebo.– *(Desde el suelo).* ¡Ayudadme a levantar!

3er. Mancebo.– *(Dejando la pareja, va y le levanta).* ¡Estáis mal?

1er. Mancebo.– ¡No!

3er. Mancebo.– Bebísteis demasiado.

1er. Mancebo.– Todos bebimos.

(Las demás parejas se van parando del suelo. Las mujeres se quieren componer sus trajes rotos, pero les es imposible y siguen mostrando sus ajadas desnudeces. Sus rostros han cambiado mucho).

1ª Invitada.– *(A la Vida).* Dadme otro traje.

La Vida.– Me es imposible y no lo necesitáis tampoco.

2º Invitada.– Estoy casi desnuda.

2º Mancebo.– Poco importa.

2ª Invitada.– *(Mirándose en uno de los espejos).* Estoy muy distinta. He encanecido. *(Todos la miran y se observan unos a otros).*

1er. Mancebo.– Oh, sí tenéis canas y todos tenemos también.

(Los invitados se miran con horror en los espejos. Han cambiado grandemente. La lozanía y gentileza que lucieran cuando llegaron, se les ha convertido en vejez. La Vida los ve y ríe).

1er. Mancebo.– Parece mentira este cambio.

Mancebo 2º– Sí, parece imposible.

1ª Invitada.– Y es hora de partir.

La Vida.– Aún no; quedan muchos manjares riquísimos, licores finísimos por apurar.

2ª Invitada.– Me fastidia pensar en más manjares.

1ª Invitada.– Igual a mí.

1er. Mancebo.– Yo sí parto, señora. *(A la Vida).*

La Vida.– Bien, partid.

1er. Mancebo.– *(Se dirige a la puerta por donde entró y la empuja sin que abra). (A la Vida).* Sed amable y dadme la puerta franca. ¿La llave?

La Vida.– Carece de llave esa puerta.

1er. mancebo.– ¿Y entonces para abrirla?

La Vida.– No se abre nunca más.

1er. Mancebo.– ¡Imposible!

La Vida.– Como lo oís.

1er. Mancebo.– ¿Y cómo hacen para regresar los que aquí vienen?

La Vida.– No regresan nunca.

Todos.– *(A una voz).* Mentís.

La Vida.– Podéis comprobarlo.

(Los cinco invitados buscan las respectivas puertas por donde entraron y forcejean por abrirlas. Todo es en balde, porque éstas permanecen como si no existiesen).

Una voz.– Esta es un emboscada.

Todos.– Sí, una emboscada.

La Vida.– Mía no es la culpa. Os ofrezco aquí música, manjares, licores, frutas y danzas...

Una voz.– *(Interrumpiéndola).* Eso cansa y a nada conduce.

Una Invitada.– Yo estoy casi desnuda.

La otra invitada.– Yo también.

(Todos se sientan en silencio. El cuadro ahora es completamente nuevo. Las mujeres están viejas y feas, también los hombres. Hay un desencanto en el rostro de todos y en el salón pesa la más profunda desolación. Sobre la miseria de esas almas abatidas, flotan las notas de la lejana música, igual, meliflua y melodiosa, como un contraste. Ellos la oyen como un *De Profundis).*

1er. Mancebo.– ¡Hasta cuándo estaremos presos aquí?

La Vida.– No estáis presos.

Mancebo 2º– ¿Cómo no lo estamos?

La Vida.– Otros se han ido antes.

Invitada 1ª– ¿Por dónde? ¿Les abristeis a ellos las puertas?

La Vida.– *(Señalando la puerta llena de sombras del lado izquierdo).* Por esa puerta.

(Una señal de satisfacción e incertidumbre se retrata en el rostro de todos).

1ª Invitada.– ¿Hacia dónde va?

La Vida.– No sé.

2ª Invitada.– ¿Cómo no lo sabéis?

La Vida.– Jamás me he aventurado por ella.

1er. Mancebo.– Y los que por ella vienen, ¿qué dicen que hay por esos parajes?

La Vida.– Nadie ha venido por ella y los que por ella han ido...

Mancebo 2º– *(Dirígese a la puerta obscura y otea en la sombra).* No se ve nada.

Invitada 1ª– Estamos perdidos.

Todos.– *(Con voz desfallecida).* Sí, estamos perdidos.

(Lloran en silencio, menos el Mancebo 3º. En el salón en calma flota algo como un misterio trágico).

Invitada 2ª– *(Rompiendo el largo silencio).* ¿Qué hacemos?

1ª Invitada.– Esperemos.

1er. Mancebo.– Aquí no hay nada que esperar. ¿Nos vamos?

Mancebo 2º– ¿Hacia dónde?

1er. Mancebo.– Hacia la sombra.

Mancebo 2º– Nos perderemos.

1er. Mancebo.– Vale más que seguir aquí esperando nada.

1ª Invitada.– Acompaño al primero que juegue la aventura.

1er. Mancebo.– Seré yo.

Invitada 2ª– *(Al Mancebo 2º)* ¿Vos me acompañaréis a mí?

Mancebo 2º– Os acompaño.

(Los cuatro dispónense a salir).

1ª Invitada.– *(Al 3er. Mancebo).* ¿Nos seguís?

Mancebo 3º– ¡Yo no!

1ª Invitada.– ¿Vais a esperar algo?

Mancebo 3º– Sí. Esperaré aquí pacientemente el final de la fiesta. Ya que vosotros no tenéis valor y temiendo aburriros os aventuráis por caminos inciertos sin la más leve esperanza, yo soportaré hasta lo último y me beberé la última copa.

Todos.– ¡Adiós! *(Se alejan por la puerta llena de sombras).*

La Vida.– ¿Tenéis valor?

El Mancebo.– Sí.

La Vida.– Continuemos, pues, la fiesta.

(Se sientan de nuevo a manteles. Comen y beben y se embriagan hasta apurarlo todo).

El Mancebo.– ¿Y qué más?

La Vida.– Más nada.

El Mancebo.– ¿Queda algo en las copas?

La Vida.– Ni una gota.

El Mancebo.– ¿Hay más viandas?

La Vida.– Ninguna.

El Mancebo.– ¿Qué hacemos ahora?

La Vida.– Nada.

El Mancebo.– Nada ¿y te llamas Vida?

La Vida.– Es lo mismo.

El Mancebo.– ¿Y tu secreto?

La Vida.– Lo ignoro.

El Mancebo.– ¡Dílo! ¡Dílo barragana!

(El Mancebo salta sobre la mujer que ríe engañosamente. Esta evita el ataque y corre. El Mancebo la persigue. La Vida llega a la puerta llena de sombra. El Mancebo la ataca y aquella se hunde en la obscuridad. Las sombras invaden el amplio salón, hasta poseerlo todo. No se ve nada. Sobre la soledad inmisericorde, flota la música cósmica: rítmica, dulzaína y alada, como siempre. Una voz exclama: "Maldición" en el silencio y éste de nuevo se hace intenso, profundo y harmonioso como la misma música. Después, lentamente empiezan a nacer los astros, brillantes y llenos de paz, del fondo de las sombras).

TELON LENTO

LA CIEGA

ACTO I

Jardín lleno de flores... En un ángulo una fuente que corre lenta; bancos, y en uno de ellos dos mujeres sentadas que hablan.

ESCENA I

Gertrudis y Eglantina (ciega)

Egl.– Mamá, díme, ¿es verdad que arriba de nosotros viven unas mariposas que se llaman estrellas?

Ger.– Sí, hija.

Egl.– ¿Y nadie ha podido bajar ninguna de esas mariposas?

Ger.– No, nadie.

Egl.– Y ¿por qué, mamá?

Ger.– Porque esas mariposas dicen que son las almas de los que mueren en paz.

Egl.– ¿Cómo son?

Ger.– Blancas, y brillan de noche con un temblor milagroso de oro.

Egl.– Pero yo no sé qué es blanco ni qué es oro, mamá. ¡Qué triste es no ver como ustedes!

Ger.– *(Con los ojos nublados por las lágrimas).* No, hija, aquí hay cosas que no se deben ver y vale más ser ciego para evitar muchos dolores.

(Largo silencio de ambas).

Egl.– ¿Desde cuándo no escribe la abuelita, mamá?

Ger.– Hoy escribió y dice que mañana vendrá a vernos. Está ya muy enferma la abuela y no puede venir siempre.

Egl.– ¡Qué fresco hace! Esta hora siempre es bella y por eso yo quiero vivirla en el jardín. Aquí experimento sensaciones dulces que me hacen olvidar lo negro de mi noche eterna. El aire que pasa paréceme que deja un beso en mis mejillas, la fuente que canta creo que entona una plegaria de dicha y los pájaros que gorjean, mienten una sinfonía prodigiosa.

Ger.– *(Triste aún).* Inclínate *(la atrae hacia su pecho)* y no sufras tanto.

Egl.– ¡Ay! mamá, tú dices que hay un Dios que nos quiere y que gobierna el mundo, y si es bueno como tú dices ¿por qué no me dio la vista?

Ger.– No te la dio ahora, pero después verás más que nosotros, porque allá, en el reino celeste donde viviremos después, tú llevarás el alma limpia y podrá apreciar más ese mundo de sombras y visiones.

Egl.– Es que yo quisiera ver ahora y conocerte a ti ¡qué triste es no saber cómo es la madre de una! *(Se le enreda la voz en la triste emoción que la invade. Después, como recordando).* Yo recuerdo una vez que dormía, hace ya mucho, y soñaba que estuve no sé dónde; me había enredado en un zarzal y vino una persona muy bella entre una nube y con sus manos cálidas y suaves me ayudó a salir de donde estaba, le besé la mano

después, y mis labios la sintieron igual a la tuya. Desde entonces he creído siempre que tú debes ser como esa persona vaporosa y buena que en sueños me quitó la amargura de tantas espinas.

Ger.– No me hagas sufrir, Eglantina. *(Mirando hacia uno de los extremos del parque).* Allá viene tu papá.

ESCENA II

Los mismos, y Antonio que llega después

Antonio.– ¿Qué os pasa?

Ger. y Egl.– *(A una misma voz)* ¡Nada!

EGL.– ¿Trabajaste mucho, papá?

Ant.– Como siempre. *(Se sienta a un lado de su hija y la besa en la frente).* Estás fría ¿qué te sucede?

Egl.– Es el aire que cuando pasa me va besando con sus besos fríos de frescor.

(Se va haciendo de noche, el aire deja de cantar entre las hojas, los pájaros gorjeantes hanse quedado dormidos en sus nidos, la pobre cieguita inclinada en el hombro de su madre parece una flor enferma de estío. Sólo la fuente continúa lo mismo, cantando su plegaria de dicha).

Ger.– Vayámosnos. Debe estar servida la mesa. *(Los tres se paran, la cieguita del brazo de sus padres, camina lentamente).*

ESCENA III

Manuel entra corriendo al jardín, detrás vienen dos niños más.

Manuel.– Aquí va *(detrás de un cocuyo que brilla en su carrera).*

Un niño.– Allá está, míralo Manuel, se posó en aquella rosa. *(Los niños corren por todos lados en busca del animalito).*

Otro niño.– Dejémosle quieto, Manuel, ¡pobrecito! El infeliz está con la flor a quien quiere tanto; dejémosle que se duerma un rato antes que sea nuestro; los cocuyos quieren a las rosas como tú quieres a Luisa y yo a Julia; cuando yo estoy con Julia y viene mamá a pegarme por algo que le haya hecho sufro más por separarme de ella que por lo que me pegaren.

El otro niño.– Sí, es verdad. Juan tiene razón, Manuel. Sentémosnos aquí mientras se va de la rosa.

Man.– Convenido, pero no lo dejemos ir. *(Los tres se sientan en un banco y vigilan atentos la flor donde el animalito parece dormir. Manuel y Juan empiezan a hablar, mientras el otro niño hace guardia al pobre cocuyo, preso entre pétalos de rosa).*

Man.– Hace frío.

Juan.– Sí, la noche que llega.

Man.– *(Asustado).* ¿Dónde está la noche?

Juan.– ¡No ves la oscuridad que empieza a rodearnos?

Man.– ¡Sí! Pero la tía Eufrasia, aquella viejita que vive en casa y que dicen que es bruja, me dijo que la noche era una mujer vestida de negro a quien el sol había condenado a andar a obscuras porque no le quiso dar agua una vez, y que no puede ver a los niños como nosotros; también me dijo que a la orilla del mar y de las fuentes canta unas plegarias muy tristes que dan miedo ¿tú la has oído cantar?

Juan.– Yo sí que oigo cantar, pero no a ninguna mujer. Eso es mentira, Manuel, ¿sabes lo que pasa?

Man.– No, no sé nada.

Juan.– Es que en la obscuridad de la noche las almas de los que ya no existen salen a pasear, y entre los jardines, junto a las fuentes mudas, se dicen palabras dolorosas por lo que ya no es y entonan plegarias que por ser cantadas por ellos dan miedo a quienes las oyen.

Man.– Y entonces, ¿la noche no existe?

Juan.– Sí, existe, pero hecha de obscuridad.

Man.– ¿Y las sombras?

Juan.– Son blancas como una niebla cuando son de almas buenas, pero cuando han sido malas en vida son tan negras que se confunden con la noche.

Man.– Sabes que me da miedo lo que me dices. *(Impresionado).* Mira, allá viene una sombra blanca.

Juan.– No, esa es Eglantina la ciega.

ESCENA IV

Los mismos y Eglantina que viene sola, con paso incierto y las manos extendidas. Al pasar junto al rosal donde está el cocuyo, tiembla el árbol y sale volando el animal.

Egl.– *(Entre dientes).* Siento ruidos, ¿quién estará por aquí?

Juan.– *(A Antonio).* Pobrecita Eglantina.

El otro niño.– Miren, se fue el cocuyo.

Egl.– ¿Qué fué? ¿Quiénes están aquí?

Man.– Somos nosotros, Juan, Manuel y Alejandro. *(A Juan).* Se fue para arriba, mira, cómo vuela semejando una estrella.

Juan.– Eglantina tiene la culpa porque meneó el rosal.

Egl.– ¿Culpa de qué?

Juan.– De que se nos fuera el cocuyo que perseguíamos.

Egl.– Pero es que yo no sé qué es eso.

Juan.– Sí, tú no sabes, pobre Eglantina, pero nosotros buscamos un cocuyo y lo habíamos dejado dormido entre una rosa; cuando tú pasaste, se despertó y echó a volar. ¿Entiendes?

Egl.– Sí, pero yo no sé qué es cocuyo.

Man,– Es un animalito que brilla con una luz preciosa, muy bonito, parece una estrellita.

Egl.– ¡Cómo una estrella! Entonces debe ser muy bello, pues me decía mamá que las estrellas son unas mariposas que brillaban como el oro.

El otro niño.– No, Eglantina: las estrellas son unos huecos que hacen en el cielo las almas que pasan hacia el infinito y por ellos se ve la luz de arriba: de ahí que no se puedan contar.

Man.– No, si las almas se quedan acá, dice Juan.

Egl.– Ustedes no saben más que mamá, y ella me dijo que eran las almas de los que se morían en paz, y de ahí que brillen como el oro.

Juan.– *(Mirando hacia la fuente).* Allá está, miren el cocuyo. *(Los niños empiezan a correr detrás del animalito, y se van).*

Egl.– Tráiganlo acá para tentarlo yo.

ESCENA V

Eglantina, sola.

Egl.– Estos felices muchachos pueden hacer lo que les place. Ellos discuten, corren, hablan de todo y ven lo que no puedo ver yo. Pero... ¡ay

de mí! dolor me da el pensar en este amargo sufrimiento de sentirme sola en la noche de mi ceguez. *(Piensa un rato, y sentándose inclina sobre la mano la cabeza. Se oye un graznido de búho, el parque está envuelto en un sonoro silencio que interrumpe la voz de la fuente que continúa cantando, la noche ha entrado por completo en las cosas y no brilla ni un polvo de luz sobre las hojas de los árboles. La respiración de Eglantina se va haciendo lenta, una sonrisa se perfila en sus labios, duerme tranquila, tranquila como una mariposa).*

ACTO II

El mismo parque de la otra vez. Eglantina tiene ya tres años más, ha enflaquecido mucho, su belleza se ha aumentado un tanto con la palidez nostálgica de su rostro enfermizo. Ella ignora aún la tragedia ocurrida en su hogar, cuando su padre mató a Gertrudis por hallarla en brazos de un amante; la abuelita le ha dicho que ambos viajen a causa de la enfermedad de su madre y que escriben con frecuencia preguntando por ella... Eglantina hacía mucho tiempo que no venía a su casa, y a duras exigencias a la abuela, ésta consintió en traerla.

ESCENA UNICA

Eglantina y Doña Josefa, sentadas en uno de los bancos del parque solitario.

D. Jos.– Ya estás satisfecha, ya sentiste las dulzuras de tu parque y nos podemos ir ¿verdad?

Egl.– No, abuelita, no te vayas aún, acompáñame un rato más.

D. Jos.– ¿Y qué quieres que haga hija?

Egl.– Dime, ¿qué has sabido de mamá?

D. Jos.– *(Con horror).* Está buena.

Egl.– No, abuelita, mamá no está buena, tú mientes, dime la verdad: ¿mamá está muerta?

D. Jos.– No, hija *(llorando en silencio).*

Egl.– Mira, abuelita: una vez, ya hace mucho tiempo, me dijo mamá que las estrellas eran las almas de los que morían en paz, y yo soñaba anoche que estando aquí sentada había bajado una de esas mariposas que llaman estrellas y me había besado mucho y ¿qué estrella me podría besar sino mamá?

D. Jos.– No, hija, cállate, Gertrudis está buena, vive ahora en París y pronto regresará ya sana.

Egl.– *(Pensando).* Tú, abuelita, me engañas y haces mal.

D. Jos.– No te engaño, y si sigues dudando de mi palabra, me voy.

Egl.– No, no te vayas para que me cuentes una de aquellas historias que me relatabas en mi infancia. ¿Te acuerdas?

D. Jos.– Sí, ¿cuál quieres?

Egl.– La de aquella Hada que convertía en diamantes todo lo que tocaba.

D. Jos.– Pero esa la sabes tú y yo no la recuerdo.

Egl.– Entonces me contarás la historia del Rey y las manzanas.

D. Jos.– Empezaré. *(Pensando)* Pero no recuerdo el nombre del Rey... ¿como se llamaba?

Egl.– El Rey se llamaba... cómo?... se llamaba... Ar... no, no sé, abuelita. Pero dime: ¿ese Rey no fué el que mató a su esposa porque le dio las manzanas a un Príncipe a quien ella quería?

D. Jos.– *(Temblando).* Sí...hi...ja!

Egl.– ¿Qué te pasa abuelita?

(Silencio).

Egl.– *(Fuera de sí, y señalando a la puerta lejana).* Mira abuelita, por ahí pasa mamá. mira... mira abuelita...!

D. Jos.– *(Horrorizada se para).* ¿Qué, qué dices hija?... Estás soñando?... *(Eglantina está como aletargada y ha inclinado su cabeza sobre el respaldo del banco).* ¿Qué te ha pasado? *(La mueve).* Eglantina... ¡despierta!

Egl.– *(Después del letargo empieza a respirar tranquila; su abuela horrorizada está a su lado dándole a oler el contenido de un frasco minúsculo).* Abuelita, mira allá... allá lejos va mamá ensangrentada *(señalando hacia una rosaleda)* allá... mira cómo se confunde con las rosas... *(Vuelve a quedar en la misma actitud anterior).*

D. Jos.– *(Cada vez más admirada de lo sucedido y arreglándole los cabellos descompuestos).* La ha matado el ver; la pobrecita ha visto desde adentro la sombra de su madre. Con razón me decían que aquí salían espectros, ¡sí, el espectro de mi pobre hija!... ¡Eglantina!... ¡Eglantina!... *(La llama en balde).* ¡Ah, ya no podrá seguir viviendo, pobrecita! *(Empieza a llorar).*

TELON

EL VIAJE DE AQUERONTE

Lo que hay después de la muerte, vida es.

Séneca, *El Libro de Oro.– Af. 694.*

Empezaba a morir el sol cuando Mercurio, con sorpresa grande vio venir hacia él al viejo Aqueronte, con fatiga tal que parecía haber estado corriendo mucho tiempo.

–Amigo mío ¿qué os pasa? –interrogó el olímpico.

–Pese a Júpiter, caro Sileno, pero jamás pensé verme en trance como el presente. De no haberos entretenido tanto en estos asuntos de la tierra, vuestra ayuda me hubiera librado del trabajo que hoy me imponen los muertos, los desgraciados muertos que descansando debían estar en los Infiernos.

–Pero, ¿qué os ha sucedido? ¡Dílo, ya que ignoro vuestros negocios!

–¿Qué? Pues ignoráis que cuatro de los más astutos lograron hacerse a una barca semejante a la mía y han huido sin saberlo el mismo Cancerbero, y lo más gracioso, lo que más exalta mi ira, es que animados por los desertores, cayeron sobre mí centenares de almas y me han obligado a pasarlas a la tierra. Indignado el padre Júpiter me obliga a hallarlas en un breve lapso de tiempo y tornar luego con ellas a las estigias regiones. Es infame lo que han hecho los muertos.

Mercurio, olvidado ya de su vieja camaradería con el trágico barquero, lanza sobre él su burlona carcajada y se mofa de su gran preocupación.

–¿Así correspondéis al mensaje que os comunico? –interroga el afligido Aqueronte.

–Vos mismo me mandáis a ello. ¿Recordáis que en cierta ocasión en que os enseñaba yo la tierra y os explicaba la vida de los mortales, me dijistes ser vos digno de la risa de los niños si llegarais a dedicaros a traer de nuevo a la vida las almas de los muertos?* Las habéis traído y me río hoy de vos, triste y viejo amigo.

Y el pobre barquero, después de maldecir a su antiguo camarada, sigue su viaje por la Vida en busca de sus muertos...

(*) Luciano de Samosata.– *El Aqueronte,* traducción de Maldonado.

PAGINAS BREVES

EN ELOGIO DE TU SERENIDAD

¿Me conoces? Lo ignoro. Junto a mí has pasado serenamente, indiferentemente, acaso con un dulce ensueño de ángeles en lo más remoto de tu débil pensamiento juvenil; has pasado y mis ojos han seguido tus huellas con devoción ritual; has pasado y mis ojos como en éxtasis supremo han sabido de altas perfecciones lineales y de bellezas imposibles materializadas en la menuda arquitectura de tu cuerpo de ánfora. Y mientras mis ojos pecadores que han llorado angustias y son sabios en hondas miserias de vida, han bañado su dolor de visionarios en el agua de milagro de tu perfección y tu belleza, mis labios inexhaustos presa han sido de silencio mortal.

Serenamente, indiferentemente, has pasado junto a mí, y nunca tu mirada, acaso de una suavidad de redención, ha llegado hasta la aridez de mi existencia impenitente; tu voz, tal vez bruja como la de una sirena, jamás ha derramado el oro de su melodía en el silencio conventual de mi alma. No sé si hablas, no sé si oyes, no sé si miras... Diríase que eres estatua viva, tal pasas con tu indiferencia soberana, negando amables caridades a quienes tienen para ti pleito-homenaje. Mil veces he esperado con fiel sumisión de servidor la luz de tus ojos, cuyo color ignoro, mil veces he solicitado el momento de conocer la música suprema de tu voz y permanecido has mil veces muda y sin mirada, acaso con un dulce ensueño de ángeles en lo más remoto de tu débil pensamiento juvenil.

No hablas, no miras, no oyes...

¿Acaso Venus de Milo más bella que tú?... Mármol muerto es la carne de la bella ática y el silencio de piedra que la envuelve y la penetra nada le quita de su imperio soberano. Muerta está hace siglos, y la palabra más dulce y regalada habrá de romperse irremediablemente en la ruda muralla de su oído, entre la concha de su oreja primorosa; y le hablan y suplican locos de belleza, una sola frase de consuelo y la perpetuidad de un vasto silencio secular sella sus labios por siempre jamás; y no ve, ¡ah, sus ojos fríos y blancos!; diríase que desde el vacío de sus pupilas talladas a cincel, contemplan una lejana apoteosis en su honor; mas sobre esa suprema indiferencia que le sirve de alma, la de Milo reina por los siglos de los siglos en el corazón de los devotos de la Belleza y del Ideal.

¿Me conoces? Lo ignoro. La trunca hija de Fidias no conoce sus devotos y la admiran. Sobre la plenitud dc la menuda arquitectura de tu cuerpo de ánfora tu indiferencia y tu silencio son como el refugio del Ideal vejado mil veces; nuevo manto de Isis, tu serenidad es como la ofrenda propiciatoria que tu carne y tus ojos y tu boca y tu belleza toda, ofrece en holocausto al Ensueño, que mañana para ti, como para todos nosotros los mortales, habrá de confundirse con la más dolorosa miseria del vivir.

No mires... No oigas... no hables!

CIENTO UNA

Cien veces teniendo las blancas cuartillas sobre la mesa, he tomado la pluma para escribir algo que bulle en mi imaginación, para publicar pensamientos que cruzan mi mente, para traducir al papel sentimientos que viven en lo profundo de mi ser interior, allá dentro, junto a la clepsidra misteriosa y sangrienta que llaman corazón. He empezado a escribir: "Como una sombra que se desliza humildemente contra la derruida pared de un palacio en ruinas, así mi vida se arrastra por el mundo sin...", y no podré terminar nunca la frase, nunca: algo extraño me impide seguir escribiendo: ¿será que faltan energías a mi diestra? Rompo el papel y empiezo con otra idea: "Si como anhelaba Darío me fuese dado ser dueño del mundo, no tendría como él la crueldad de hacerlo de un golpe mil pedazos, no, sino con mano sabia distribuiría las riquezas entre todos, apartaría la discordia de los hombres, y...", tampoco puedo terminar esta idea. Algunas veces, creyendo oír el cascabeleo de la vieja Locura, escribo: "Ah, ¿y no es más feliz el pobre loco en su triste inconsciencia que los que vamos cargando por calles y caminos con este pedazo de vida tan apegado a nuestra miserable carne, siendo preferible..." ¡Por Dios! la frase tampoco pude terminar esta vez, y nunca sé la razón de esta indocilidad de mi pluma que no quiere escribir de esos sentimientos mudos que roen ferozmente mi ser interior, de esas amarguras que llenan la copa de mi vida, de esos suspiros que mueren en el fondo de mi alma nostálgica, y hoy se agrega una vez más a las cien que he intentado hacerlo. Corazón, llevemos la cuenta: ¡ciento una!

PANTEISMO MISTICO

(Ante el Crucifijo de la celda la virgen ora con beatidad angélica. Su carne blanca, casi transparente por la anemia del ayuno, parece dilatarse en un limbo celeste que la circunda de luz, mientras la lámpara se va extinguiendo lenta, muy lentamente, al igual de su vida marchita entre las penumbras del claustro silencioso).

¿Qué analogía recóndita existe entre esta vida beatífica y la de las imágenes inmóviles de los grandes templos católicos? ¿Acaso no parece existir una corriente panteísta que las hace fundirse, que hace transfundir su esencia íntima de la carne a la piedra y de la piedra a la carne? ¿Acaso esas imágenes ante las cuales la devoción y la fe se postran humildemente, no aparecen a los ojos del artista como vivificadas por el fuego vital de esos seres en oración perenne? ¿No sucedería quizá que sin el calor mágico que esas vírgenes prudentes les trasmiten en medio del ritmo de sus plegarias, careciesen las imágenes de esa sublime expresión que las hace aparecer como símbolos de supremas beatitudes? ¿Acaso esas vírgenes ignoran que al ofrecer su vida en aras del altar, hacen la misma ofrenda de las vestales romanas al dedicar su virginidad a la Gran Diosa para custodiar el fuego perenne, con la diferencia de que las imágenes católicas se alimentan con el fuego de la naturaleza sacrificada de sus vírgenes? ¿Acaso al pasar junto a los altares perfumados de los grandes templos no sentimos la vibración vital de tanta virtud creadora que se ha fundido y continúa latente en las imágenes de arcilla? ¿Y tú, Dominador, creador de imágenes y de actos, no has sentido esa gran voluptuosidad

que duerme en las esculturas sagradas, no has sentido palpitar, como la vibración de una gran arteria ciclópea, el alma de la naturaleza encerradas en esas capillas ojivales adonde la fe lleva, en pura oración de inocencia, a vírgenes plenas de fuego creador y del impulso esencial de la especie?...

LA VOZ DE LAS SOMBRAS

Los tres más grandes majaderos del mundo hemos sido Jesucristo, Don Quijote y yo.

Bolívar.

Junto al mar desolado hablaban dos sombras. Todo era quietud en la ribera; ni el viento ni las olas ponían un ruido extraño en aquel mudo dialogar heroico. Una era alta y lánguida, la otra pequeña y ágil; sombras de almas, espíritus vivientes, memoraban acciones pasadas.

–¡Aramos en el mar!, –parecía decir la más pequeña–. Luchamos en balde como luchó Jesús, sin que se nos comprendiera, dándosenos como único premio la injusticia y la traición de aquellos a quienes ofrendamos nuestras ideas y nuestra vida. Fuimos tres majaderos...

Un silencio de dolor cubrió la dureza de aquellas frases amargas, mientras de las aguas dormidas surgía una sombra nueva. Inefable, serena, blanca como una bruma láctea, fue acercándose con paso rítmico, con suave movimiento de ala, hasta los dos dialogantes. Era bella y tenía los brazos en cruz como derramando paz y su presencia evocaba la parabólica dulzura del Jordán y Galilea.

–No trabajasteis en balde, pobres hombres –habló la recién llegada sombra y su voz era dulce como un poema de amor–. Fuisteis héroes de ideas, de altos principios Apóstoles de justicia, ¿queréis pago por vuestra obra de liberación? ¿Quién podría pagárosla? Mas si hicisteis el

bien por la gratitud, si luchasteis para después solazaros con el reconocimiento de los hombres, majaderos fuisteis: pero bien se ve que vuestra labor no fue obra material de encadenar voluntades, tal cosa era indigna de vosotros. El Ideal quiere algo más grande, el Ideal no se conforma con la opinión de los hombres. ¡No matéis el Ideal con vuestro Dolor! ¡Sois más que hombres!...

Y como una bendición vino la paz sobre los espíritus dialogantes. Y la blanca sombra de quien así hablara cruzó en silencio la ribera y en la ribera hubo entonces murmurio de alas, y azucenas y lirios florecieron sobre la arena estéril...

PODRE

La virgen pordiosera evoca con su rostro muerto un símbolo de dolor y de miseria; la pústula del cáncer ha hecho de su cara, antaño plena de belleza, una trágica máscara de asco: una llaga llorosa y viva, con las tonalidades azulosas y glaucas de la carne putrefacta de los cadáveres, en la cual tiemblan como una amenaza y como un dicterio, un par de ojos vítreos y sin mirada, con pupilas descoloridas por el dolor y por la muerte; y una lengua torpe, roja como un ascua infernal, balbuceando entre la boca y las fauces nasales, unidas por la dolorosa destrucción de la bóveda palatina. Un paño blanco cubre la desnudez inmisericorde de aquel rostro descompuesto, evitando así el dolor de contemplar la faz de la virgen, donde la muerte con artificio diabólico paralizó su obra de destrucción, que acaso fuera labor de clemencia para aquella vida mutilada. El pueblo la ve pasar como una sombra, toda vestida de blanco, tal novia que fuese hacia el altar, dijérase al verla que pasa una gran mentira. Fue bella y coqueta, dice la lengua de las gentes, tuvo admiradores de quienes ella rió, pero como es vana la vida, esta huyó de su rostro para escarmiento de mujeres casquivanas.

Esta tarde la he visto. Junto al ventanal de una pálida grisetilla trasnochada, la virgen sin rostro mostraba su calavera aún viva a la frívola cortesana de cabellos postizos, y los ojos viciosos de la impúdica encontráronse frente a frente con los de la cara muerta de la sombra humana.– No das miedo que se diga –exclamó la ex–virgen con fingido donaire e hizo sonar su carcajada indiferente sobre el rostro cadavérico de la harapienta pordiosera. Y la lengua torpe de la virgen semipútrida dijo a la pálida grisetilla trasnochada:

–¡Sólo a usted no he dado asco! ¿Conoce acaso llagas más lastimosas?

Y envuelta en el oro de la tarde, la trágica mendigante sigue en silencio hacia la miseria de su barrio, donde nadie la espera...

LA HORA SOLEMNE

"Nuestra hora más silenciosa", nuestra hora solemne ¿llegará acaso?... ¿Llegará el momento en que nos sintamos como transportados en alas del silencio a las regiones del vacío, más allá de las estrellas solitarias, más allá de toda impresión de los sentidos?...

¡Quién sabe!...

–Tú, ¿no sientes ese "anhelo del infinito" de que nos habla Bjorson?, ¿no sientes como un ímpetu de ir hasta más allá, de sentir una embriaguez de nada?

–¡No!

–Procura entonces tu "hora más silenciosa". Reconcéntrate en ti, olvida la vida, elévate hasta la altura de un silencio imposible, sueña un poco, habla un rato con el pájaro azul de la leyenda, arranca una estrella al árbol milagroso, báñate en el canto de la fuente encantada, y sigue –sin pensar– en tu ensueño perenne, y allá arriba, en la región de la muerte momentánea, hallarás tu "hora más silenciosa", tu hora grave; sabrás tu ley eterna y habrás de llenarte de la humedad del silencio, propicia a todas las germinaciones espirituales. ¿Despertarás de tu ensueño? ¡Quién sabe! ¡Son tan pocos los que no han despertado!

SIMIL

La serpiente vuelta sobre sí misma fue símbolo de eternidad para los antiguos. El "eterno retorno" de la obscura fórmula heracliana, el ir y venir de los ríos a la mar, lo mismo en el pasado que en el presente y en el futuro, de la filosofía salomónica, están como cristalizados en el deseo torturante de la bestezuela venenosa que muerde con dolor –quizá el único suyo– su propio cuerpo. ¿Acaso en ese símbolo no está también encarnado el vano anhelo de razonamiento de los hombres?... ¿Adónde vamos? ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Qué fuimos? ¿Qué seremos?... Cuarenta siglos de girar sobre sí mismo, como la sierpe ponzoñosa, lleva el pensamiento humano: sube, profundiza, elévase a soluciones superiores, pero asido a su yo, a la razón, torna sobre sí, sin hallar la respuesta final a tales preguntas. Y es que la triste vanidad humana no concibe como real sino aquello que le enseña su propio razonamiento. ¡Triste filosofía de ciegos, petulancia de niños engreídos! ¡Como si la piedra arrojada pudiese conocer la intención de aquel que la puso en movimiento y saber el sitio adonde debe llegar!

Vamos por la vida tan aferrados a nuestra débil condición de humanidad, como el espíritu enamorado de Duchmanta, el rey indo del drama de Kalidasa, lo estaba del recuerdo de Sakuntala: "volviendo hacia atrás como la tela de seda de una bandera llevada contra el viento". Hasta atrás vamos por la vida, hacia nosotros mismos, no en busca de la verdad sino de nuestra razón, conceptuada como lo único capaz de explicarlo todo. ¿Y quién la explica a ella?... Acaso la serpiente vuelta sobre sí misma.

COLOFON

Estas páginas corresponden a distintos momentos de mi vida. Escritas unas bajo la gris caricia del cielo reducido de Nuestra Señora de la Paz de Truxillo, las más en la fría quietud de la Ciudad de los Caballeros, recibiendo la perpetua lección de serenidad que dan los hielos inmóviles de las altas cumbres, otras contemplando la voluble coloración del Avila en esta urbe de Santiago de León. Nacieron para matar la soledad de una hora cualquiera y por eso carecen de plan, de uniformidad, de método. Como los niños suelen amasar barro y arena y elevar construcciones que luego destruyen para de nuevo empezarlas, así quiere Epicteto que los hombres, poseedores dondequiera de barro y de arena ideal, construyamos siempre, aunque sea para destruir después. En nosotros, dice el filósofo, hay mucho que destruir y reedificar y en esta labor, espejo de entretenimientos infantiles, hallamos compañía para nuestra soledad. Así en horas solitarias nacieron estas páginas, destinadas a morir en la hoja ligera de un periódico, y que adquieren una vida que acaso no les corresponde y la cual deben, más que al autor, a la paciencia del linotipista, que por áridos días de agosto las compuso de nuevo en forma de libro, en los talleres de la "Tipografía Mercantil", de los señores Márquez & Ca., en esta ciudad Mariana de Caracas, año de gracia de mil y novecientos y veinte y uno.– LAUS DEO.

MOTIVOS
(1922)*

(*) Tomado de la 1ª edición. Caracas: Tip. Mercantil, 1922, 77 p.

A JULIO SARDI

HACIA BABEL

En la larga peregrinación del adamita sobre la faz terrestre, Babel se alza como un símbolo. El fracaso de los hombres post–diluvianos al pretender hacer algo tan alto que venciese el poder de los mares, representa la hora de la ruptura de Uno, de la homogeneidad racial, de la Justicia, de la Lengua, del Derecho y del Ideal. Y cuando la larga experiencia de los siglos ha demostrado la relatividad de casi todas las conquistas humanas, cuando la humanidad llora sobre los basamentos de su civilización decadente la pérdida de lo que creyó adquirido para siempre, como los judíos la ruina de su templo a la hora crepuscular del sexto día, los hombres miran hacia el camino que traficaron hace mucho y que los llevará acaso al sitio de la dispersión: como los conservadores de la ley mosaica, lloran angustiados en el preciso momento en que se anuncia el crepúsculo de toda una civilización, y bajo la luz cárdena de la hora reemprenden el viaje hacia Babel, lleno el espíritu de un hambre de silencio, en medio de la paz que baja de las primeras estrellas centelleantes, en la noche acercándose.

EL DERECHO

La necesidad de tal viaje la marca la evolución del pensamiento contemporáneo, encaminado hacia la unidad, hacia el acercamiento de lo que viejos prejuicios rompieron para dolor humano. Individual y colectivamente es esta una necesidad que toma fuerza en el sentimiento de humanización que cruza el orbe. Caminar hacia la victoria del Derecho sobre la Fuerza, del Pensamiento sobre la Masa, del Ideal y la Justicia sobre las mezquinas aspiraciones de colectividades pedantes, es la idea victoriosa que incuba en los espíritus del nuevo siglo, llamado a levantar la bandera blanca del Ensueño por encima de todos los sangrantes estandartes guerreros que han paseado su fama en busca de dominio, sobre la cara angustiada del mundo. Necesario es trocar los valores de la civilización caída, y cuando alguien aun diga con Ihering que "el fin del derecho es la paz y que la guerra consolida aquél", digamos que la guerra sólo crea destrucción y derechos negativos, derechos del fuerte y de la masa, desequilibrios profundos en la vida humana, y que el derecho alcanzado por la fuerza para ofrecernos paz, sólo vendría a ser la cristalización del peligroso postulado nietzscheano de "que la injusticia repartida constituye semiderecho", derechos medios, que darían una paz de un solo pie.

LA GUERRA

La ruta de la guerra para el Derecho ha demostrado sobre el amplio campo de experiencia que fue la Europa trágica de 1914, la obscuridad de su egoísta concepción. Madre y no hija, sólo la paz garantiza la eficacia de la Justicia, y hacia ella anhela caminar libremente el hombre actual, sacrificado inútilmente sobre el ara de imperialismos absurdos e hipócritas, que hicieron prostituta la Justicia, colocándola en el gonfalón que portaran sus tropas conquistadoras y victimarias. La guerra pasada, emboscada inútil preparada mutuamente por los pueblos que heredaron toda la savia de los siglos, pudo verificar con claridad de metrallas, la fuga del Derecho hacia sabe quién qué remotos lugares del globo, hacia las ruinas babélicas acaso. La guerra careció de Justicia y de Derecho; si acaso tuviéranlos quienes repelieron ataques e invasiones, alegarlos podrían tal vez los que temieron ser sorprendidos: si la gran injusticia iba a tener comienzo, poco valía empezarla claramente sin justicia, ya que vencer era el único fin de la contienda.

WILSON

La larga lucha se anunció desprovista de todo Ideal; si lo hubo como finalidad, fue el ideal de la garra y de la zarpa, y sólo las estrellas del Norte en el ocaso de la jornada cruenta, clarecieron un poco la negra preñez de sombras de la Europa: el credo wilsoniano fue credo de Paz, aunque pretexto fuera para anunciarlo e imponerlo, responder un ataque germánico, y así la luz de América fue la única nota de idealidad que se dejó oír en la horrenda lucha de imperialismo, que formó de toda Europa un campo de venganzas e injusticias, que alarmaron los más duros corazones humanos y que hizo que las piedras y las selvas milenarias, donde antes florecieron el milagro y la leyenda, sintieran caer sobre su muda impasibilidad el lloro de sangre que lanzaron las heridas de los hombres, sacrificados sin clemencia, en rito de barbarie, sobre los negros altares de las divinidades subterráneas.

ROLLAND

Todos los anteriores esfuerzos pacifistas quedaron más o menos nulos, y hasta las mismas voces que clamaron por el Ideal en épocas tranquilas, fueron eco entonces de la pasión irrefrenable. Las naciones mismas castigaron con pena capital a quienes osaron arrojar cenizas de clemencia sobre la zarza ardiente, conceptuándose delito de lesa patria todo deseo que no hubiese recibido el calor del foco pasional.

De callarse hubieron las voces de la justicia, que pasó a ser un deseo solitario y silencioso en escasos espíritus, suerte de lámparas diminutas y vacilantes en el corazón de la negra noche bélica. Y así vemos a Romain Rolland, después del esfuerzo supremo de *Juan Cristóbal,* refugiado en las cumbres serenas de Suiza, contemplando en lontananza los mágicos "edelweiss" de la leyenda nerviana. Entonces habló no sólo de la paz, sino de la alianza comprensiva de aquellos pueblos que por las viejas vías de los homicidios colectivos, ponían rojos puntos finales a las páginas de sus profundos odios históricos. Y cuando Mauricio Maeterlinck bajó de su alta cumbre mística para romper a una los tres silencios del quietismo que parecía adornaban su espíritu, el poeta de *Antonieta* para ganar en cambio cimas en su sed de justicia, se alzó como un profeta antiguo, evocando acaso a las márgenes de las quietas aguas helvéticas, las aguas lustrales que los blancos esenios de Judea derramaban en sus liturgias simbólicas. En el fondo de la escena trágica, él –calumniado por su patria– se levanta como un símbolo de justicia universal, y su voz, llenando por un momento el tremendo campo apocalíptico, fue como el oráculo que anunciara el advenimiento de la unión, acaso irrealizable, proclamada por el de América y que por una grata coincidencia, ha

empezado a hacerse práctica en anuales sesiones de Delegados en la misma tierra suiza. Con Wilson, ninguno como Rolland habló más alto en el momento sangrante de la tragedia, del valor profundo de la paz, como base única y granítica para el futuro templo de la justicia, eterna e inmutable.

CAUSAS Y EFECTOS

Porque la guerra no fue resultante de necesidades nacionales ni mucho menos vindicación de viejos derechos, obscurecidos para la razón en la sombra del medievo; ella fue la explosión necesaria, el choque previsto de todos esos supremos elementos que crearon los XIX y XX siglos y que vivían en el fondo del espíritu europeo como un ensueño martirizante, pronto a dar el golpe fatal sobre su misma vida. Expresión de soberbia humana, la guerra larga enseñó de una manera positiva cómo el Derecho es flor pálida destinada, mientras no se realice un trueque en los valores sociales, a marchitarse entre las penumbras de las universidades; y después de consumada la obra de destrucción y de venganzas nacionales, cuando no se vio al soldado que triunfa, sino a la madre dolorosa bañando en llanto amargo la tierra que se tragó los despojos de sus hijos, sacrificados en inútiles ofrendas a la Patria –que más que cadáveres de héroes necesita fuerzas vivas que la impulsen– y cuando el hambre y la miseria y el terror realizaban el negro milagro de la muerte en inocentes víctimas, en el espíritu de los hombres hubo como un retorno, como un regreso a los sentimientos olvidados en el trajín de su grandeza. Y en el momento en que aparece ese surgimiento nuevo, cuando la conciencia universal vive las palabras de Rod: "no soñéis con la Justicia, no soñéis con la Igualdad, no escuchéis a quienes de ellas os hablan!... son esas palabras peligrosas que no tendrán sentido hasta tanto que el egoísmo y el odio hayan dejado de andar entre los hombres", la humanidad fijó la mirada en el único Apóstol que actuó en las duras tareas bélicas, el Apóstol del Siglo, más grande que los genios militares que dirigían los espantosos homicidios, y que en medio del desorden y de la destrucción causados por la hecatombe, habló al mundo, desde la

curul gubernaticia del pueblo más joven entre los de la guerra, de la unidad de los pueblos, realizable en una sociedad nueva que hiciera práctico el triunfo de la Paz y del Derecho. Era el Ideal de la humanidad, expresado por labios de un hijo del Nuevo Mundo: un soplo de fe en los destinos de la raza y un propósito de renovación en las corrientes espirituales del orbe, el deseo de advenir a una época más pura y más justa, anidado en todos los corazones, en los indiferentes y en los sufridos, ante el dolor de las vidas truncas sobre las áridas arenas de un estéril sacrificio.

LA UNION

Distanciados los hombres por la larga germinación de ideas contrarias, encauzadas todas hacia el triunfo de su egoísmo, sintieron cercanos sus corazones en la hora triste del análisis, cuando del campo de matanza sólo vieron volar los negros cuervos mortíferos y la seda de sus banderas –donde fingía existir un Ideal– quemada por la pólvora homicida, fugarse en negra ceniza al soplo del viento indiferente. Entonces comprendieron que si divergentes fueron sus viejos ideales egoístas, era un mismo sentimiento de dolor y de piedad lo que vivía en sus espíritus al contemplar en la hora presente su miserable destrucción, y sus brazos distanciados por las fronteras políticas, acaso sintieran como un deseo de enlazarse perdonándose.

El ideal wilsoniano de la "gran ciudad" crece así en el espíritu de la nueva civilización del siglo XX. Los hombres engañados por la policromía de viejos mirajes y por el canto de las sirenas de la pasada época, han procurado realizar la valorización de sus sentimientos, animados en su tarea por un amplio espíritu de confraternidad. El pensamiento camina hacia la unidad, hacia la justicia universal, hacia las normas supremas del derecho, cuyo culto ampara la cristalización de los más altos ideales de humanidad que han de presidir la marcha del mundo nuevo.

Humanización, aquí la obra que empieza sobre la sociedad, lenta en un principio, dolorosa, acaso con apariencias irreales como todo lo que se anuncia apenas, pero ella empieza a anunciarse. ¿Progreso? No. Marchamos hacia atrás, hacia lo primitivo, hacia un momento pretérito

de la vida universal. Vamos hacia Babel, hacia la hora en que se rompió la unidad humana y surgieron todos los conceptos relativos. La labor paciente de los estudiosos no ha podido encontrar el sitio de la soberbia torre bíblica, pero en el espíritu humano vive siempre la conciencia de la remota edad primigenia, y a pesar de las incontables vicisitudes que han puesto horas de desesperación y dado caminos tortuosos a la vida humana, en el fondo de la naturaleza de las razas hay un contenido idéntico que queda ignorante de lo que en un momento cualquiera pasó sobre su faz, como las profundas cavernas marítimas desconocen las tragedias realizadas sobre el cristal de sus ondas superiores.

LA JUSTICIA

Se anuncia la hora de la universalidad de la justicia, y de corazón a corazón va como un aviso de la nueva que se acerca. Acaso el tráfago humano haga imposible la pronta cristalización de este deseo, pero ya lo hubo de una manera general; la campanada sonó sobre el gran campo terrestre y si acaso falte diligencia para ir hacia la fiesta de la nueva primavera, el eco suyo vivirá en el espíritu con fuerza de salvación y los ojos de los nuevos hombres ven cómo caen para siempre "las viejas virtudes que no pueden sostener la mirada clara y fija de ella". Nuevo peregrino, el espíritu endilga sus pasos hacia la hora de la unidad, hacia el momento muerto del símbolo bíblico. Babel vive como un objetivo en la conciencia de la nueva época y bajo la luz mortecina del crepúsculo de la civilización europea, camina hacia la mañana del nuevo día, cercano o distante, en que sus ojos verán la llanura verdecida por sus frescas esperanzas. Su alto deseo de Paz y de Justicia será como blanco guía bajo la noche estrellada.

LA CRITICA

El anuncio del nuevo período que se inicia para el mundo, aparece hoy como un deseo general y como el resultado de la crítica histórica. El gran ciclo creador que fue el pasado, enorme en avances científicos, debía concluir así: en un decaimiento para la lucha en el terreno de las conquistas positivistas y en un cambio de rumbo en los presupuestos sociales y espirituales. Sin menguar el valor del análisis positivista como principio de crítica, tenemos que decir que el período pasado elevó su importancia hasta dejar deshecho en el instrumento inquisidor, bajo la lente microscópica, en el cristal de las reacciones químicas, el último vestigio de ideal que radicara en el espíritu humano, y tornó la finalidad que debe servir de rumbo y que siempre ha animado el espíritu de las civilizaciones en anhelo de destrucción y de nihilismo. Toda la lucha del pensamiento pasado estuvo enrumbada hacia la abolición de los valores especulativos, hacia la derrota de toda norma colocada fuera de la órbita del experimentalismo científico. El intelectualismo filosófico tendió hacia este fin y la lucha reaccionaria iniciada por el pragmatismo de James no fue sino un débil esfuerzo hacia la reconquista de lo absoluto. La finalidad general de la civilización caída fue la reducción de todos los valores a la experiencia y la destrucción de aquello que no resistiese su esfuerzo demoledor. La conclusión a que fatalmente hubo de llegar la ciencia del XX siglo, posesa de la más grande soberbia que nunca hubo en períodos anteriores de esplendor del pensamiento, fue la del mayor vacío para todo lo que significase un valor sólo realizable en el campo apriorístico, para aquello que encerrase un rumbo alejado de la moral y del derecho prácticos. La finalidad vital quedó de esa manera reducida a una fórmula cuyo desarrollo estuvo limitado por el interés actual, por un

egoísmo presente: se apartó de tal manera de los conceptos finalistas del mundo la idea de lo absoluto y superior, que aquel vióse impulsado hacia una valorización alejada de toda parte ideal.

LAS CIVILIZACIONES CAIDAS

En las civilizaciones caídas y muertas, que han dejado un surco profundo en la Historia y en la vida de la ideología humana, aparece siempre como eje de acción o como rumbo de movimiento, un principio abstracto, superior, intangible y a veces colocado en terreno inactual. La contemplación de algo no poseído y la persecución de una idea o de una norma elevada sobre el horizonte de los intereses prácticos, fue presupuesto de las épocas mentales de mayor auge que ha vivido el hombre. La civilización semítica estuvo animada por la búsqueda de la perfección ascética; la cultura ática es hija, no del valor y la fiereza de sus hombres sino del culto supremo que rindieron a la belleza y a las perfecciones inmutables; la civilización alejandrina no la caracteriza la conquista del macedonio expresada por sí misma, sino el consorcio de ideas asiáticas y griegas, que en el recinto de Alejandría elevaron el espíritu hasta la perfección que extasió a los filósofos precristianos; la cultura romana está representada por su concepto del Derecho y éste vino a adquirir una vitalidad superior cuando el esfuerzo estoico dejó a un lado el *jus civites,* egoísta y personal, y el Pretor elevó hasta la fórmula el concepto del derecho humano; la civilización cristiana que llenó la Edad Media caminó hacia una idea absoluta; el Siglo de Oro español lo representó una idea mística; el Renacimiento es la resurrección de Helenia con su religión de la Belleza. Son siglos y civilizaciones que crean, que elevan, que caminan hacia un punto colocado fuera del examen visual y sensitivo.

EL SIGLO XX

¿Y cómo fuera lo contrario? El Derecho y la Moral prácticos, cuya evaluación depende de una mira próxima, de un fin visible, llamados están a carecer de unidad y de vida; y asimismo el Arte y la Filosofía, condenados quedan a una multiplicidad que los destruye. Nuestra civilización en decadencia careció por completo de una orientación que la definiese y le diera la armonía que le era menester para crear y elevar. Ella fue el triunfo de la multiplicidad y de lo relativo, que a fuerza de chocar mutuamente, concluyó por dar origen al nihilismo espiritual que le fue sucedáneo y que a la hora de la revisión sólo enseña el gran vacío en que el hombre ha visto náufragas sus adulaciones más caras. El pensamiento del siglo XX ha sido acaso el más inquieto y torturado de todos los siglos. El ha dado el toque a casi todas las puertas del Misterio para dejar en ellas –imposible de abrirse– el velo de la nada: donde el Ensueño se alzó enantes como una banderola de promesas, él colocó una palabra fatal: *Nihil.* Negó lo que no pudo experimentar, arrojó del radio de los conocimientos lo que pareció contrario a una observación positiva, y cuando alguno, comprendiendo el divergente estado en que viejas ideas especulativas, que moraban como fermentos en la conciencia general, se hallaban con la organización de las sociedades actuales –viejas en mantillas– lejos de indicar o de buscar la fórmula que acaso trajese el equilibrio y que condujera a dar un paso hacia la perfección, creyó mejor ***bajar*** las ideas hasta conformarlas al ***modus*** social; y entonces no fue el Derecho quien triunfó sino que en cambio hubo de inclinarse ante la fuerza y el utilitarismo quien ganó largos pasos a la equidad y la justicia.

Careciéndose de una orientación definida hacia donde convergiese el impulso total del pensamiento, este tomó por única norma su propio interés, plegadizo a los caprichos y necesidades momentáneos, y el mismo postulado de libertad que en campos de Arte hizo de éste fiesta desbordada de *cubistas y futuristas,* llevó a las esferas del pensamiento la anarquía suprema, que desvirtuó todo su esfuerzo, convirtiendo la civilización pasada en feria de ideas donde la democracia triunfante fue libremente a traficar como bien pudo.

NUEVOS RUMBOS

Y ahora, cuando esa civilización cimentada en ideas ayunas de unidad, amontonadas con el desorden que hubo de imprimir en ellas el aire de libertad que las hizo germinar, sienten un golpe decisivo en su estructura, llegada es la hora en que frescos esfuerzos deban tender al levantamiento del nuevo edificio mental. De todas las partes del orbe viene la justificaión de esta ley de renovación cultural, pues son la crítica histórica y un deseo colectivo quienes anuncian la necesidad de ideas nuevas que sirvan de basamento a la próxima civilización.

"La humanidad se da cuenta de que es preciso descubrir algunas normas en que creer y a las cuàles ajustar las acciones", dice el americano George N. Shuster, y ha sabido definir de una manera rotunda el propósito de los nuevos hombres, hechos a golpe de dolor en el crisol guerrero de la Europa trágica. "Es preciso una norma en que creer" grita la humanidad cuando ve la derrota de lo que antes creyera perdurable, después que circunstancias excepcionales la obligaron a forjar, como el artífice de Wilde, del metal estatuario del PLACER QUE SOLO DURA UN INSTANTE la efigie del DOLOR QUE DURA ETERNAMENTE; porque todo lo que antes le sirvió de pan candeal para su hambre de descubrir y de saber, descansó sobre principios por ella consagrados y llamados a sufrir la ley del cambio vital; hoy en cambio quiere un concepto firme e inmutable, algo superior que, más allá de la crítica experimental, viva por siempre alejado de las diarias mutaciones humanas y de la relatividad de sus conquistas, para que formalice así el avance del espíritu y dé unidad general al pensamiento. Se mira hacia lo absoluto, hacia la resurrección de viejos ideales que en horas muertas

dieron fisonomía a la labor mental de los hombres. Camino contrario al emprendido por los hombres pasados es el que emprenden los nuevos ciudadanos del universo; viaje sin rumbo fue el de la civilización decadente; ésta que empieza quiere fijar previamente una orientación a la cual referir toda su labor futura. Este oriente que habrá de dirigirle nace en el espíritu, en su exaltación, en su verdadero valor que el materialismo pasado quiso destruir para siempre: que se alce el espíritu de los hombres y que como lámpara propiciatoria señale con su existencia individual, el sitio que le corresponde en la gran escena humana. El siglo caído fue el del triunfo de todo lo que encerrase un valor práctico realizable en la hora actual: el hombre destruyó para ello todos sus propios valores que fuéranle inútiles en estas conquistas. Hoy el trueque empieza a realizarse en la conciencia universal de una manera visible aunque lenta, acaso contra el querer de los mismos hombres del siglo. Ese cambio se palpa a maravilla en la labor intelectual de la época, en la nueva literatura, impregnada de un misticismo sereno y reflexivo, de amplias vías iniciales.

"EL SENTIDO DE LA MUERTE"

Y así quienes desde ayer lamentan y critican el misticismo cristiano de Ricardo León, el misticismo teosófico de Amado Nervo, el de Rod, Rolland y Maeterlinck, habrán de sufrir hoy el camino místico emprendido por el autor de "El Discípulo" y "El Fantasma".

Cuando el alto novelista francés hubo de convencerse de la inutilidad de los sacrificios consumados en nombre de la Justicia y del Derecho; cuando meditó sobre la esterilidad de tantas vidas truncas sobre los campos de batalla, esterilidad que en un concepto materialista tendría como único resultado "el ingreso prematuro de innumerables organismos humanos en el ciclo de descomposiciones y reconstituciones físico-químicas", miró con ojos inquisitivos hacia lugares superiores y comprendió que sobre la vida animal del hombre flota la vida alta del espíritu y terminó su libro "El Sentido de la Muerte" parafraseando a Pascal en esta forma: "Cuando creemos que Dios nos falta es que le tenemos cerca". "Tú que me buscas, me has hallado ya", dice el padre con palabras del hijo de Etienne Pascal.

Parezca paradojal, pero la vida sólo se afirma con el sentimiento de la muerte. No es un concepto materialista el de Vacherot cuando dice que el ideal de la vida humana no es sino la exaltación de nuestra naturaleza. Lamentablemente muchos han visto en esta exaltación de la naturaleza humana un postulado de fe materialista, creyendo que sólo con obras tales y propósitos semejantes se puede afirmar la vida. La continuidad del esfuerzo, la grandeza del acto consumado, el tamaño de la obra

practicada, se ha considerado como lo único que afirma la existencia: sea el hombre activo y enérgico, conquiste pueblos, civilice colectividades, cree doctrinas que intensifiquen la vida, hase dicho en nombre de tal postulado, y toda tendencia, no a crear, sino a mirar hacia los campos de la destrucción, no a cantar la vida, sino a inquirir el misterio de la muerte, la vida espiritual, la presencia del dolor, el escalamiento de alturas psíquicas, ha sido tildada de enferma y contraria a los principios de exaltación de la naturaleza. Por esa vía van los místicos: dejan la vida visible y barruntan extraños senderos del espíritu. Significación contraria tiene en un concepto materialista ésta que ellos dan a la existencia, mas si se la ve con un amplio criterio, son ellos quienes mejor y más intensamente afirman la naturaleza humana; son sus puntos de mira los que señalan un verdadero objetivo al peregrinaje de los hombres sobre la corteza terrestre y no es nada enferma la tendencia que ellos atalayan en su práctica.

La serenidad mística corresponde al vértice de la peregrinación del pensamiento en el inconmensurable campo de libertades de que pueda hacer uso. El *por qué* y el *cómo* sólo hallan en la recóndita vitalidad de la substancia organizada una respuesta fatal: el vacío, la ley del infinito y ante el horror de la nada, el alma, reconcentrándose en sí misma, busca en el castillo interior la paz inefable de la serenidad; no la inquietud dolorosa y estéril del análisis, sino la ascensión de Nervo en la escala luminosa del pensamiento alado. En ese campo superior, donde todos los valores se trasmutan, está la verdadera y única exaltación de la naturaleza. ¿Acaso valiera algo crear pueblos, valores nuevos, programas, doctrinas, llegar al éxito de la ciencia, si quienes tales conquistas alcanzan llegasen mañana a perecer? ¡Perecer! Hacia este verbo van todos los que niegan valor invisible a la vida, quienes para exaltarla huyen de la ruta llamada malsana, de los que, sin negar las excelencias del momento actual, inquieren el otro camino, que ora subiendo, mientras existe la armazón de la carne, ora después de la muerte, se abre a los ojos del espíritu, camino que hace objeto a la vida y que la salva de caer en la parodójica definición de Nietzsche: *finalidad sin fin.*

La vida no se explica sino llevándola a la muerte. ¿Se cae, o se sube cuando nuestros pasos llegan a la tumba? No digamos nuestros pasos,

sino nuestro esfuerzo, nuestros empeños de vida, nuestra fuerza, nuestro anhelo, nuestro deseo. Preguntamos al hombre que aun en el último estado de salud tiene anhelos ¿queréis morir? y respóndenos que no, y la muerte llega y se cierran sus ojos y su mano queda inactiva y algo en él continúa gritando: ¡No! y este "No" es la voz de la vida, es la exaltación de la naturaleza que no se agota, que considera imposible el llegar a perecer. Hablar de la muerte no es matar la vida: es alargarla, darle un campo de acción donde alcanzará lo que antes no.

¿PERECER?

Reconstruyamos los hombres culminantes, los representativos de la raza, dándoles sólo su vida limitada de mortales. ¿Acaso fue misión de César conquistar terrenos para ampliar el imperio de una ciudad y caer después, cuando aún tenía vida y anhelos, al golpe del arma traidora y dejar entonces de ser para siempre él, el conquistador, quedando su misión reducida a aumentar el dominio de una colectividad integrada por hombres que como él no existirían tampoco? Galileo Galilei no existe hoy. Galileo sólo fue una sombra que pasó y que hoy no es nada absolutamente. Un día exclamó: *E pur si muove,* castigado por haber dicho una gran verdad, pero él no existe y tampoco existe quienes le oyeron, ni mañana existiremos nosotros que repetimos sus frases. Pero si César nada vale a pesar de sus conquistas, si él no es ni siquiera una célula pensante ni Galileo Galilei puede darse cuenta de haber descubierto el movimiento de esta pequeña esfera cósmica en que vivimos ¿para qué sirven las conquistas y los descubrimientos? ¿Para exaltar la naturaleza? ¿Exaltarse para perecer?

Tal cosa no quieren los místicos, llamados en cambio enfermos y decadentes. Mas no hay decadencia en querer subir, en desear perpetuarse. Por el sexo se perpetúa, no el hombre, sino la raza; el hijo es el exponente de la continuidad racial, mas no en un sentido estricto la continuidad del hombre que le diera vida. Sería esta razón acaso la única defensa de quienes queriendo exaltar y perpetuar la naturaleza, niegan absolutamente todo valor al espíritu como lo único eficaz que habrá de salvar el principio de vida de los mortales. La raza vive pero el hombre

muere: paradoja es esta que no soluciona la tesis materialista, pues aquélla integrada de hombres, caerá a la postre para siempre en el vacío irremediable, en ese vacío donde se quiere arrojar la vida.

"Los que siembran árboles que sólo en otro siglo deben florecer –dice Stacio citado por Cicerón– ¿cómo habrían de hacerlo si no creyeran que los siglos futuros les pertenecen?" ¡Nos pertenecen los siglos!, esto dicen los místicos. Más hambrientos de vida que quienes luchan incansablemente sobre el campo de las especulaciones prácticas y los llaman enfermos y decadentes, ellos intensifican la fuerza que habrá de salvar la especie prolongándola más allá del sepulcro.

"EL LIMITE"

Ahí está una novela dolorosa: "El Límite", de Michel Artzybachev. Todo el fermento del alma esclavizada del pueblo ruso anterior a la barahúnda del gobierno rojo, late en sus páginas. En ellas el sacrificio y la vida y el amor se estrellan irremediablemente contra "el límite". "El Límite" es la Muerte armada de espada de dos filos guardando el secreto de la tumba. Pero cuando los personajes de la novela han muerto, el viejo médico que los consoló en sus últimos días, va hacia la desolación de los sepulcros que guardan sus despojos. Todo allí es destrucción: la nada trágica que se tragó tantas existencias amadas; mas él percibe algo que parece venir del fondo de la tierra: es un ruido, el ruido confuso de los que se fueron, de los muertos cuyos cuerpos están cerca de nosotros sin vivir ya. Y ese ruido indefinido es como una lámpara de salvación en la negra noche de la novela; aquel ruido que el autor apenas nombra, salva la vida de aquellas almas dolorosas y sufridas y viles y bajas que forman la atmósfera toda del libro ruso; aquel ruido sepulcral representa, después de haberse asistido a la destrucción de vidas y valores morales, la fuerza de perpetuación del destino humano, inconforme ante la idea angustiosa del ***no ser.***

Y si vamos camino de la muerte ¿por qué llegar al "límite" y no procurar inquirir cómo es aquél? Si la luz que ha de guiarnos en tal ruta es el espírtu ¿por qué apagarla? En su primera Cuestión Tusculana, el mismo Cicerón anota este dicho de Catón: "Toda la vida de los filósofos es una preparación para la muerte". Aquí la labor de los místicos. Baquianos del Más Allá, preparan el espíritu que habrá de alumbrar la desconocida

vía donde la conciencia humana tendrá nueva aventura y tienden el puente ideal que une la vida con el misterio, donde la perpetuación del esfuerzo de los hombres será más intensa.

EL MISTICISMO

Epocas de misticismo ha tenido el universo como las tiene la vida de los hombres. En la actualidad atravesamos un período de crisis mística. Este período es consecuencia lógica de la pasada Guerra. Ya en el fragor de la lucha los soldados vieron al Nazareno curando heridos en los campos de batalla. Es el anhelo de tornar a una época de infantilismo primitivo que bulle en el alma cansada de razonamiento y de esfuerzos fracasados. Destruido el viejo concepto de la justicia humana, el alma ábrese a la contemplación de una justicia superior, justicia sin manos como la Venus de Milo: más que ciega, ella debe ser trunca para no caer en el pecado de quitar para sí.

El siglo XX preparó, además de la guerra, este resurgimiento místico. Aniquiladas aparentemente las verdades que absorbieron el espíritu de los siglos y de las razas, nuevas ideas acosaron la mente humana, que terminó por ver en ellas sólo simulacros de razones. Entonces un nuevo sentimiento embriagó la conciencia del hombre: quiso creer, anheló salvarse, perpetuarse y perpetuar consigo, no un imperialismo económico, sino uno más alto, el imperio ideal de aquellas verdades que le sirvieron de alimento para la lámpara mortecina de su ensueño de paz, el imperio intangible de las altas normas de libertad y de justicia que siempre han inquietado el alma universal. La justicia, venida de los hombres, viciada y prostituida, quiere trocarla por el *fas* de las épocas primitivas, que mejor que en el sagrado templo de los pontífices romanos se halla en la *ciudad ideal*, donde no va el hombre sino por el espíritu.

LA LITERATURA MISTICA

La literatura tiene que hacer suya esta corriente nueva. Ella tipifica el alma de su siglo y encierra la emoción del momento. José Enrique Rodó hubo de anotar al principio de la hecatombre mundial: "La guerra traerá la renovación del ideal literario, pero no para expresarse a sí misma, por lo menos en son de gloria y de soberbia. La traerá porque la profunda conmoción con que tenderá a modificar las formas sociales, las instituciones políticas, las leyes de la sociedad internacional, es forzoso que repercuta en la vida del espíritu, provocando, con nuevos estados de conciencia, nuevos caracteres de expresión. La traerá porque nada de tal manera extraordinario, gigantesco y terrible, puede pasar en vano por la imaginación y la sensibilidad de los hombres; pero lo verdaderamente fecundo en la sugestión de tanta grandeza, lo capaz de morder en el centro de los corazones, donde espera el genio dormido, no estará en el resplandor de las victorias ni en el ondear de las banderas, ni en la aureola de los héroes, sino más bien en la pavorosa herencia de culpa, de devastación y de miseria: en la austera majestad del dolor humano, levantándose por encima de las ficciones de la gloria y proponiendo con doble imperio al pensamiento angustiado los enigmas de nuestro destino, en los que toda poesía tiene su raíz". Fue profeta el de Ariel. Sobre la faz literaria del mundo civilizado para un hálito de bonanza, un deseo de inquirir la última verdad, un anhelo de subir, un propósito de renovación. La experiencia dolorosa de la larga lucha, en la cual el hombre ha adquirido largo aprendizaje, le dice con claridad dónde está su destino, le enseña a mirar más diáfanamente su futuro y su pasado, cambiándole hasta el valor de los hechos remotos. La guerra le ha

revelado lo que antes le señalara Antonio Zozaya, de que Troya no fue Aquiles, ni siquiera Helena, sino el vientre de Menelao; Farsalia el apetito de César y Austerlitz la sed de Napoleón.

LA EDAD DE ORO

¿Y llegará la edad de oro anunciada por Saint-Simon, esa época que según el decir del filósofo, no se halla en el pasado sino delante de nosotros? Acaso sea esta la pregunta que se hagan muchos espíritus hambrientos de perfeccionamiento y que ven levantarse de una manera poderosa y resplandeciente el viejo Ideal, vejado y calumniado. Ese ideal ha renacido interiormente en el espíritu de los hombres después de la guerra. Cuando los tratados y las leyes del Derecho fueron violados, cuando se luchó por un credo económico y el ideal caía agónico en los campos de batalla, el soldado moribundo vio el lábaro de Constantino sobre el corazón de la enfermera de la Cruz de Ginebra y aquella Cruz fue lo único ideal que brilló entre el humo de la pólvora homicida. Era la fe y la esperanza en la ciudad de Dios que nacía de nuevo en el espíritu agonizante de los hombres de la vieja civilización, de esa misma civilización angustiada, cuyo presupuesto de vida estuvo basado en la aniquilación de los valores que hoy ve surgir de nuevo con más fuerza. Sin embargo, caminos de Fenicia ambulan unos en pos de ese siglo de oro. Ellos han idealizado los instintos de la especie y ven como nada el sacrificio de los más, pero aquellos que preguntaron: "Tanta sangre, tantas lágrimas vertidas ¿tienen un significado más allá de nuestro mundo?", ellos hallaron la respuesta con Bourget y han endilgado sus pasos por las arenas áridas que antaño cruzaron los abanderados del Ideal y del espíritu. Y tras ellos va toda una literatura de piedad y de amor que atalaya altas miras de renovación, la literatura de quienes buscan el fondo de la vida y la exaltación de la naturaleza más allá de la muerte y de la nada como en la antigua teología oriental, pero dándole a la nada y a la muerte lo que ésta no le dio: Vida; afirmándola en el

espíritu como lo anunció el Nazareno (Lucas, 9, 23); subiendo por la escala del misterio en pos de alas que dejen al ánima en capacidad de volar a la justicia y de oír "la música callada y la soledad sonora", que cantara el de Lepes. Es el surgimiento de un deseo de subir que no es la primera vez que cruza por el orbe y el cual es consecuente de los grandes períodos de síntesis.

AYER Y HOY

Ya la ciencia de los Brahmanes durmió larga amnesia de paz bajo la soberbia de las grandes pagodas orientales; la alegría griega, después de un esfuerzo de quietud realizado con Pitágoras, se tornó en sonrisa de contemplación con Proclo, Plotino y Porfirio en la casa alejandrina y la potencia creadora y demoledora de los bárbaros oró largamente bajo la piedra de las catedrales y los monasterios del medievo. El "Je sais tout" de una revista francesa, esa bandera que encarna todo el deseo de un ciclo de conquistas, acaso más audaces que las romanas y las bárbaras, ¿no es razonable que sienta un deseo de elevarse y de ignorar, un anhelo de subir a planos de quietud y de paz? La lógica lo afirma, mucho más cuando concluidas las conquistas que emprendiera el pensamiento humano, sólo hase hallado a la hora de examinarlas, un profundo aniquilamiento de sus fuerzas y vagos sus propósitos de exaltar la naturaleza. Caminos de la mística busca el pensamiento actual, y son estos los senderos donde mejor que en largas prácticas de análisis y de inquisiciones positivas sobre la hermosa arquitectura de los cuerpos, verá florecer las rosas perpetuas de su ensueño de ser siempre...

LOS RUSOS

El aire de misticismo que se agita en torno del pensamiento general es, como decimos, el resultado de la crisis total de los conceptos ideológicos de la civilización caída. El neomisticismo sectario de la Rusia que se empezó a anunciar desde el siglo pasado, hubo de quedarse entre sus fronteras nacionales por corresponder él a un rechazo por parte del pueblo de las duras disciplinas del zarismo; fenómeno local, él corresponde a una ley de repudio, a la necesidad en que se encuentran los pueblos en cualquier momento histórico de reconcentrarse en sí mismos, de vivir en el secreto de las sectas mientras las capas superiores que sobre él pesan lapidan sus aspiraciones naturales. La intención rusa, hecha lengua para el universo en los libros de sus escritores más representativos, no ha pasado de ocasionar un leve contagio intelectual, impotente para trocar la orientación del pensamiento europeo, y en cambio la idea mística que durmió tanto tiempo en el silencio sectario, al obtener la libertad que hubo de medrar en días de pésima opresión, tocó su extremo opuesto hasta cambiar en rojo sudario mortal la blancura inmaculada de la estepa.

LA ASCENSION

El fermento místico actual no es sino la resurrección en el alma de occidente de viejas tendencias de la raza, dormidas hacía mucho, pero que en el momento de la caída de la civilización materialista del siglo XX surge como la iniciación del nuevo siglo cultural. Y aunque el misticismo haya sido considerado como la dulce visión de descanso ante el dolor humano, como un fenómeno de decadencia que prospera en la tarde de todas las civilizaciones, hemos visto que como coronamiento de un período cualquiera lejos está de ser índice de relajaciones; después de la larga fatiga de la ascensión, en viaje hacia las altas cumbres los blancos hielos serranos son como serena lección de bondad para el esfuerzo que se eleva; la inclinación mística del pensamiento actual indica en sí una mutación para la directriz del espíritu y con el cambio manifiesta ganancia energética. La conciencia de la raza, torturada ante la angustia de los problemas económicos y de los postulados políticos, quiere elevarse hacia puntos de vista que hagan más liviana la carga que sobre sí pesa.

EL GRAN INQUISIDOR

Otro ruso angustiado, de esos que con Artzibachev cristalizan a maravilla el alma atormentada de aquel pueblo informe, Fédor Dostoievski, pinta en una de sus amargas novelas el dolor de los hombres ante el problema de sus necesidades económicas. Aquel cuadro representa dos momentos sobresalientes de la vida humana: la reacción materialista contra el Ideal y la luz de éste amparando la negra tortura vital.

Es el siglo XV. La acción pasa en una ciudad española donde el día anterior se había consumado un auto de fe *espléndido.* La muchedumbre agitada va al altosano del templo principal donde Jesús se halla predicando y haciendo milagros. El gran Inquisidor ordena sea hecho preso y conducido a un obscuro calabozo. Ya en éste el Maestro de Nazaret, es interpelado por el representante de la nueva fe, que le hace la crítica de su sistema religioso. Le habla de las "Tentaciones" y de la respuesta que dio el Diablo, que en su primera condición pedía trocase en pan las piedras. Y el gran Inquisidor dice al galileo: "Contestaste que el hombre vive de algo más que de pan, pero sabe que en nombre de ese pan terrestre el espíritu de la tierra se volverá contra ti y te vencerá. Sabe que la humanidad proclamará que no hay crimen y por consiguiente castigo, que no hay más que hambrientos". Por el Inquisidor español habla el alma de toda una civilización que elevó el materialismo hasta querer destruir las cumbres del ideal y que sobre el monte de Apolo quiso consagrar altares a dioses infernales. Sobre el concepto "no hay más que hambrientos" se ha querido hacer descansar toda una moral sin responsabilidades y un orden político en pugna con las normas

inmutables de la justicia eterna. Mas el insulto que los hombres profirieron al Rabí de Galilea por labios del gran Inquisidor, lo correspondió aquél en silencio, en un dulce silencio sellado con un beso de sus labios impecables sobre los labios blasfemos del carcelero. Aquí la parte ideal de la construcción del ruso: mientras los hombres desorientados claman contra el ideal, éste inmutable ríe para ellos y su sonrisa perpetua es aliento para el espíritu humano.

EL CAMINO

La civilización que empieza toma camino contrario al indicado por los gritos del Inquisidor excelente. La angustia sucedánea del desequilibrio económico y del orden ideológico que elevó el materialismo caído, invoca para sí el reino de una justicia menos adulterada por los hombres, justicia sin manos como la Venus de Milo, que acaso encuentre en la nueva vía que emprende.

Caracas, por noviembre de 1921 y agosto de 1922

VENTANAS EN LA NOCHE
(1925)*

(*) Tomado de la 1ª. edición. Caracas: Edit. Sur-América, 1925. 189 p.

MOTIVO INICIAL[1]

VENTANAS EN LA NOCHE

En el camino desierto, rodeado el viajero de la espesa sombra nocturna, sin avizores que le anuncien las quiebras de la vía, doloridos los pies por la jornada larga que no concluye aún, surgen inesperados los marcos luminosos de claros ventanales. Todo es negro en la noche desolada. De lejos viene el viajero, alumbrado en su éxodo por la esperanza de hallar sus hermanos lejanos, repartidos a los cuatro vientos y a quienes él mismo no conoce. En la vía ha encontrado los hombres de la historia; a través de los continentes, cruzando ríos y mares, después de dominar riscos empinados, ha conocido el alma de las ciudades y de los pueblos nuevos; ha dormido en cien encrucijadas, se ha asomado a las puertas de mil palacios, ha oído la voz de los nuevos predicadores, y aún permanece fiel a su fe de caminante perpetuo.

En la noche, cansado, lleno de angustia y de fatiga, pero aún más firme en su anhelo de estrechar los hermanos no vistos, que acaso a esta misma hora, por caminos distintos o quizá por estas mismas vías, vengan en su busca con los brazos en cruz, pedidores de una intensa conjunción fraterna, el viajero saluda aquella claridad imprevista como el anuncio de una paz consoladora en medio de la negra lontananza.

Son las ventanas de una casa donde a lo menos hay abundancia de aceite. Una casa abierta a la noche con ventanas esplendentes no es nunca albergue de gente contumaz. Habrá alegría o habrá dolor en aquel hogar claro en medio de la campaña umbrosa, mas en el motivo de la fiesta o en la causa de la angustia, existirá acaso una ración de piedad para el desorientado. Y sus hermanos ¿no habrán llegado con empuje más

ligero al umbral piadoso?, y de no ser así ¿le negarán un haz de luz para que alumbre sus pasos a través del camino doloroso? Aquella casa puede ser también un sitio de descanso para quienes fatigados sean sorprendidos por las tinieblas de la noche o allí podrán decir a quienes caminan el oriente de las rutas y la longura de las jornadas próximas.

¡La claridad de las ventanas nocturnas sobre el camino desierto! Todos hemos caminado en la noche y podemos medir la intensa emoción de hallarlas después de haber perdido la ruta que emprendimos con pujanza a la hora mañanera. Ventanas en la mañana nada nos dijeron, aunque mil razones hubiésemos hallado solícitas al aldabear la puerta. Ventanas en la noche, sobre el camino aspérrimo, son como la nueva de una promesa que se alza clarísima en el itinerario que seguimos.

Ventanas del espíritu que se abren para enseñarnos el secreto de los andurriales por donde nos guió la confianza en la total luminosidad del día. Piadosas ventanas abiertas en la noche, alumbrados por el óleo humilde de una lámpara muriente, hecha en tiesto burdo, sostenida sobre mesa pobre, en casa humilde cuyas bardas cubre la noche. Y si el de la Mancha confundía ventas con castillos ¿por qué el viajero extraviado no habrá de suponeros iluminadas por rayos encantados?...

Ventanas piadosas, ventanas que sois un símbolo de nuestros destinos ¡cómo fuisteis amables para el viandante que os sorprendió en la noche desolada!...

MOTIVOS DE LA POST-GUERRA[2]

(2) El texto que debía acompañar a "Motivos de la post-guerra", subtitulado "Examen de algunos problemas de renovación social" fue eliminado, por haber sido publicado como parte del libro Motivos (1912) incluido en este volumen de las Obras Completas (véanse pp. 143-190).
Es de hacer notar que en Ventanas en la noche, MBI suprimió, además del subtitulado de los materiales, dos de los ensayos: "El inquisidor" y "El camino" (Véanse pp. 191-193 de este volumen 14 de Obras Completas) (Nota del Comité Editor).

MOTIVOS DE EDUCACION

A Don Felipe Derteano

ENSAYO DE PSICOLOGIA EDUCATIVA

El subconsciente como una entidad interior hizo su aparición en psicoanálisis a mediados del siglo pasado. Pero el vocablo se ha hallado después de mejores críticas con demasiada amplitud. Dedicara el filósofo francés Bergson importantes capítulos a su definición y en líneas generales diríase que según la apreciación bergsoniana existe una estrecha unidad entre funciones de conciencia y memoria: las actividades espirituales que se mueven en un plano alejado de una actualidad mnemónica, semeja que se hunden en los dominios del subconsciente. Según tales leyes psicológicas, la personalidad espiritual está dividida entre actividades conscientes e inconscientes, actividades que pueden controlarse por leyes precisas de lógica experimental y actividades imprevistas que tienen su propia razón en los obscuros parajes del subconsciente.

¿Qué es luego el subconsciente? Según el concepto moderno de psicología representaría nuestra más activa personalidad, nuestras fuerzas desconocidas, lo que diríamos *el demonio* socrático. Un conjunto de fuerzas interiores que luchan por hacerse sensibles y las cuales definirían nuestra naturaleza espiritual. Como la naturaleza, nosotros todos vendríamos a representar un mundo ignorado que se hunde en los límites del subconsciente, moviéndose la ciencia del espíritu alrededor de problemas netamente ignorados. Como conclusión tendríamos que las resultantes educacionales estarían sometidas a las contingencias de leyes no formuladas y sobre éstas habría lugar para el levantamiento de las más curiosas teorías de responsabilidad moral.

El último cuarto del siglo XIX y este que está finalizando del presente, han presenciado el surgimiento de toda una literatura de tendencias espiritualistas que han tocado con más o menos brillo la teoría del subconsciente como centro de fuerzas directrices.

Nuestro ser espiritual, nuestra alma, según las conclusiones tales estaría integrada por una parte consciente y otra inconsciente, o más claramente hablando por un plano del cual nosotros nos damos perfectamente cuenta exterior y otro, el más amplio, sobre el cual descansa nuestra conciencia actual. El subconsciente representaría así todo el conjunto de fuerzas superiores e inferiores, que actúan sobre nuestra personalidad consciente.

Sin embargo, de lo novedoso de este sistema, él se hace a un lado y ofrece la primacía a una nueva teoría psíquica que expone de una manera más precisa y más lógica el desarrollo de todas nuestras actividades anímicas. Es la teoría del superconsciente. En *The Catholic World* de New York exponía Jules Bois en su número de agosto pasado cómo funciona el superconsciente en psicoanálisis y en la misma revista de enero del corriente año, en un hermoso ensayo titulado "The Superconscious and the Drama of the Soul", describe todo el proceso cumplido en nuestro ser interior.

Dicho psicólogo divide nuestro ser espiritual, o mejor dicho, agrupa nuestras distintas modalidades interiores en tres categorías. La primera categoría es la personalidad consciente y volitiva, el "Yo", el agente psíquico, el arquitecto de nuestro destino, "la primera personalidad si nosotros empezamos desde fuera, a lo menos la más en evidencia y de camino más claro, *manibus pedibusque* a través de la selva que llamamos vida civilizada". La segunda personalidad es la parte subconsciente, pasiva y emocional, que llamaremos "Mi" por su posición de obediencia al "Yo" consciente. Esta segunda persona en los casos normales figura como fiel servidor del "Yo"; sin embargo, llega a hacerse nociva cuando cualquier circunstancia le permite el gobierno de la conciencia plena. Sobre estas dos personalidades interiores se mueve una tercera modalidad apenas entrevista hasta ahora en psicología estricta, aunque es la más elevada y vivificante. Tal es el superconsciente.

Diríase que nuestras modalidades interiores están agrupadas en tres planos ascendentes: Subconsciente, Consciente y Superconsciente. El consciente o sea, nuestro "Yo", el "Ego" clásico, representa el plano de las actividades que se hacen sensibles al mundo exterior, es el terreno de la elección y también, como si dijéramos, la puerta que da salida y permite las manifestaciones de dominio que sobre ella misma ejercen ora el subconsciente, ora la superconsciencia. El subconsciente limita con las fuerzas instintivas, con el mundo sensorial, con la bestia que duerme en nosotros: es el canal que nos une a la ley de la tierra, mientras la superconsciencia define nuestra personalidad alta y superior y es al contrario la vía que lleva nuestro espíritu a regiones ultraterrenas.

El valor moral del hombre viene a calificarse conforme al subconsciente y al superconsciente obren sobre el terreno de la conciencia propiamente dicha. Ambos procuran como fuerzas de un intenso dinamismo el pleno goce del campo espiritual. Cuando se ha logrado el triunfo de nuestra personalidad superior adviene el período del hombre armonioso, poseedor de plenitud espirtual, ya que dicha personalidad está representada por una tendencia imperiosa hacia las eternas normas de la equidad, la justicia, la belleza y el amor. El subconsciente representa el hombre pasional, el hombre rebelde, la parte inferior de nosotros que lucha, a nuestro pesar, por obtener el imperio de nuestro campo interno de una manera definitiva en oposición al superconsciente. Hay, como lo describe maravillosamente Bois, un perfecto drama del alma, una lucha pareja entre el anhelo que quiere elevarnos, subir, llevarnos al plano de una divinidad aprisionable en pensamientos supremos, y los bajos instintos dominadores con el encanto de la pasión embriagante, que procura a su vez bajar el nivel espiritual de la criatura a regiones desoladas.

La Historia nos ofrece un campo de observación admirable para constatar cómo funciona de una manera definitiva el superconsciente en medio de las actividades sociales. Los desarrollos anormales que la psicopatología ha querido aprisionar bajo el calificativo de estados morbosos, caben con una precisión acaso no sospechada en el cuadro general de nuestra triple entidad interior. El genio, considerado como una expresión de anormalidad por la psicopatología clásica, según la

explicación que ofrece este nuevo método no es sino la demostración exterior, con tintes grandiosos, de una lucha en la que el superconsciente ha logrado una victoria, general o parcial, sobre la personalidad que integra el subconsciente.

El ritmo interior no se realiza sino después de una gran lucha, de una batalla suprema en la cual la superconsciencia se declara dueño absoluto del campo espiritual. Cuando esto ha sucedido, cuando el contingente que pudiera aportar el hombre pasional ha quedado destruido, puede decirse que llega al espíritu la hora armoniosa, la hora de perfección definitiva.

Más que problema psicológico en sí, la trascendencia de este análisis espiritual toma una claridad y una importancia indecibles cuando visto a la luz de la teología mística se aplica a la vida de los genios que han descollado en los parajes de la religión. El problema de la conversión y de la gracia está íntimamente unido a esta manera triple de obrar nuestro ente espiritual y el mismo San Pablo, como lo anota Bois, pudo observar y detallar con la precisión de un gran maestro de psicoanálisis los detalles de esta lucha sorda que sirve de debate a nuestros derechos espirituales. (Romanos. VII: 14–24). El proceso de toda alma, el camino que marca con sus pasos la existencia de todos los hombres, no es sino la verdad de esta lucha imperturbable, de este angustiarse nuestra conciencia en la elección de los dos dueños: el superconsciente o el subconsciente, entre el gobierno de lo alto, de la parte mejor que en nosotros vive, y el vil dominio de nuestros instintos inferiores, de la bestia que debiera dormir para siempre*.

(*) La teoría psicoanalítica de que venimos ocupándonos puede decirse que ha estado viva en los planes expositivos de los grandes místicos cristianos. Bois ha hecho apenas un trueque de palabras, ha colocado vocablos de color científico en vez de los usados en el mismo sentido, pero con distinta apariencia, desde la edad apostólica, cuando ya floreciera la mentalidad grandiosa del iluminado de Damasco.

Todas las enseñanzas de la mística cristiana están basadas en el concepto de la muerte "del hombre viejo" para que de sus cenizas surja el hombre de la gracia, el hombre nuevo. "En el bautismo sois sepultados y muertos juntamente con El". (S. Pablo. Rom. VI.–4.) enseña a los cristianos el Apóstol de las gentes. En el

La calificación de Bois aunque no define nada nuevo en la ciencia del espíritu tiene en cambio el mérito de la precisión y de reducir a un simple y clarísimo problema de psicoanálisis todo el drama de nuestra vida interior. La psicología como una ciencia aliada de la educación en la obra de elevar a los hombres a cimas de progreso, debe luchar por simplificar las fórmulas de nuestro mejoramiento espiritual. La elevación de nuestra parte superconsciente, el intenso crecer de nosotros mismos merced al dominio de aquello que representa la flor del espíritu, es punto capital para un verdadero programa educativo. Se necesita que

---

bautismo, en el baño de gracia, deja de existir el hombre animal, el hombre subconsciente, afirmado sobre los preceptos de la carne. La pureza espiritual, la plenitud de la existencia del espíritu, sólo se logra merced a la muerte continua de la vieja animalidad, merced al dominio perpetuo de nuestra parte superconsciente.

La dualidad de estas fuerzas anímicas aparece clarísima en la doctrina pauliana. "El primer hombre *es el* terreno, *formado* de la tierra; y el segundo hombre *es el* celestial, que *viene* del cielo... Según esto así como hemos llevado *grabada* la imagen del *hombre* terreno, llevamos también la imagen del *hombre* celestial (S. Pablo, I, Epis. a los Corintios. XV–47 y 49). "Porque si vivieres según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las obras o *pasiones* de la carne, viveréis" (S. Pablo. Rom. VIII–13). En dichos textos aparece con una sencillez indiscutible la noción de la doble influencia ejercida sobre nuestra personalidad consciente por las tendencias opuestas de la carne y del espíritu. Mas no es la carne doliente, la carne pesada, polvo mañana en el hueco de la tumba, quien lucha frente a los intereses del ente espritual; ya a este respecto nos dice San Agustín: "No fue la carne corruptible quien hizo pecadora al alma, sino al contrario, el alma pecadora hizo a la carne que fuese corruptible" (Ciudad de Dios, Lib. XIV-cap. 3). Es en cambio en los dominios de este mismo ente integrado por corrientes contradictorias, donde se realiza la continua oposición: son el subconsciente, la parte de nuestra alma que mira hacia los deleites inferiores, y el superconsciente, la ley de lo divino, quienes procuran el gobierno de nuestra conciencia plena, determinando así el futuro de nuestras almas. Es la obra del segundo nacimiento, de la victoria del hombre nuevo, lograda por la lucha trabada entre nuestras dos naturalezas. "Y porque este nacimiento y origen nuestro no era primer origen, sino nacimiento después de otro nacimiento y de nacimiento perdido y dañado; fue necesario hacer, no sólo lo que convenía para darnos buen espíritu y buena vida, sino padecer también lo que era menester para quitarnos el mal espíritu con que habíamos venido a la primera vida" (Luis de León. Nombres de Cristo. Lib. I.–Cap. 8). En tales frases el padre León sintetiza toda la exposición de las Epístolas de San Pablo. "Fue necesario padecer" dice el insigne agustino, comprendiendo así todo el dolor de la larga ascensión espiritual, toda la amargura de la lucha interior, fuerte batalla librada en el silencio de vidas innúmeras, de donde se alza con la blancura de las

la pedagogía advertida de la trascendencia de los problemas del espíritu les dé preferente acogida. Más que a la propia instrucción debiérase atender a esta obra interior, callada, sutilísima de elevar nuestro ser superior hasta hacerle lograr el gobierno de la conciencia plena.

En un artículo del Prof. David F. Houston, cuya traducción española publicó "Inter-América" de setiembre de 1924, asiéntase: "He conocido muchos que han recibido una mala educación, pero nunca personas que hayan recibido excesiva educación". A nuestro entender urge una

---

nieves más puras el alma fuertemente cristiana de los santos y los mártires. Acaso con detalles más precisos nos deja ver San Juan de la Cruz cómo entendió con claridad suma ¡vivió siempre él en arrobo espiritual! la dualidad de esta materia. Cuando declara los motivos de ambas canciones, XX y XXI de su Cántico inimitable, dícenos: "En estas dos canciones pone el Esposo, Hijo de Dios, al alma esposa en posesión de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones, poniendo en razón las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos".

De estos textos traemos la certeza del concepto de dualidad en que los maestros de la mística han tenido nuestra naturaleza interior: la inferioridad inconsciente llamada a padecer para que triunfe sobre ella la conciencia superior, y la altura albísima de esta misma. "Mi espíritu en su parte superior se halla en una simplísima unidad" escribía la Madre de Chantal a San Francisco de Sales (*En su vida. fol 92*), expresando de un modo admirable la naturaleza de esta existencia nueva.

Diríase que el programa de nuestra vida espiritual está inducido a lograr un estado de paz y de equilibrio por el triunfo del hombre nuevo sobre aquello que aún reste del ente primitivo. Comentando la XVI Anotación de los Ejercicios ignacianos, el padre Buccaroni escribe: "San Ignacio quiere que el alma llegue a constituirse en un perfecto equilibrio" (Ejer. Esp. Día I.) ¿Y todo el plan general de la meditación no se observa acaso obediente a la división de nuestra naturaleza espiritual conforme a la teoría psicoanalítica de Bois? Podría decirse que la vía purgativa fuese guerra contra nuestra naturaleza inferior, la iluminativa señal de que la conciencia está bajo el gobierno de nuestras fuerzas superiores, mientras la vía unitiva demuestra la plenitud del ente superconsciente, bañado de destellos divinos.

Hay algo en nosotros que es necesario matar si aspiramos a ofrecer nuestra existencia un fin que la eleve sobre la economía biológica. Necesitamos hacer la negación de nosotros mismos como seres terrestres, para afirmar en cambio la conciencia perdurable de lo divino, lo único que nos sobrevivirá cuando las leyes de la vida animal reduzcan a la nada nuestros cuerpos endebles. Alongaremos nuestros derechos a la vida, gracias a la semilla de inmortalidad que traigamos por esta negación a nuestro espíritu.

aclaración en las palabras. Educar por instruir y no está en razón el articulista, educar por edificar y está en sus cabales. Cuando en el proceso evolutivo de un espíritu aparece abundante la buena dirección, precisa la enseñanza, rico el método, útil la idea, todo lo cual brillará después de una manera plausible, no puede decirse que hay exceso de educación, pues si bien ésta tiene límites inferiores no los tiene hacia arriba, como no los tienen la elocuencia, la virtud y el valor hasta decirse que un orador sea demasiado elocuente, un santo demasiado virtuoso o un general demasiado valiente. Ahora, educar por instruir, y está en un lamentable error el distinguido profesor de North Carolina: existe sobra de instrucción cuando ésta carece de base, cuando se ha echado sobre una mentalidad como se tira tierra en un abismo; sobra de instrucción hay casi siempre cuando a ella no precede o acompaña un proceso de educación interior, de entrenamiento espiritual, de toque de aquellas facultades intelectuales y morales que van a ser como el basamento para la ciencia que se adquiere.

Por esto hemos asentado la necesidad de que las conclusiones del análisis psicológico se lleven virtualmente a los terrenos educativos y de que la obra de los maestros más que a hacer hombres instruidos y eruditos, esté concretada conscientemente a elevar y dignificar la personalidad humana, ya que la psiquis social que integrarán por cualquier fórmula sociológica estos nuevos espíritus, no es nunca el producto de duros estudios sobre libros áridos. El alma colectiva más que idea es un sentimiento amplificado y hecho común; y ella, más que urgida de enseñanzas frágiles e inciertas, lo está de impulsos educadores. Se educa a las muchedumbres y se educa a los hombres haciendo que en ellos se eleve su parte mejor y purificando lo burdo que en ellos pudiera existir. Y se educa con el ejemplo, se educa con la obra, se educa con las acciones heroicas, se educa principalmente con la Escuela y con la Universidad cuando éstas no envenenan la fuente donde el espíritu sacia su sed de ideal. La educación tiene como blanco el corazón del hombre y su parte superior, el superconsciente que hemos definido, y lleva por fin directo su elevación, su cultura, su engrandecimiento. Pero si a este corazón se le quita su parte más bella, su parte más fresca, el ideal que en él florece, si se borra de sus profundos pliegues la huella de los caminos que conducen a la Divinidad, sólo queda una víscera vacía y venenosa.

Y se necesita ese sentido de lo divino para la educación de nuestra conciencia superior, urgen las vías que conducen a su altura para que el desarrollo de nuestra personalidad sea efectivo. Por ello para que el maestro pueda elevar la conciencia común hasta los límites de una superconsciencia luminosa, necesita que su obra educadora esté endilgada a través de una fuerte doctrina religiosa. La instrucción neutra defendida por la presente ciencia atea niega en cambio esta oportunidad educadora al maestro y apenas lleva hasta la conciencia del hombre la noción de una moralidad sin responsabilidades interiores, que no ha servido nunca de base para el levantamiento de un carácter ni para el brillo de un espíritu. La religión como fuerza moral es lo único que resiste todas las críticas y sin ella preciso es confesar que el edificio de la ética no perdura. Pero si el ateísmo y el laicismo como sistemas filosóficos y científicos son algo que debería tener sin cuidados a la sociedad, en cambio cuando la negación de la divinidad pasa los límites de simple teoría científica y toma asiento en los planos de la moralidad y de la cultura colectivas, puede decirse que se espera un trastorno social, ya que el equilibrio de las instituciones sólo es sostenible sobre la más ajustada conciencia moral.

La intensidad de la vida espiritual y consiguientemente de todas sus virtudes anexas es el resultado preciso del crecimiento de la superconsciencia, que pudiéramos llamar también *conciencia divina.* El hombre armónico, el hombre que realiza en su psiquis el equilibrio de sí mismo, la propiedad de su querer interior, el ser plenamente consciente de su facultad moral y de su potencia maravillosa como criatura espiritual, ese puede decirse que venciéndose a sí propio ha sido héroe de fuerte batalla y que posee por lo tanto un sentido que no conoce el hombre aún observante del subconsciente.

Los rumbos que marcan las necesidades espirituales de la época indican la urgencia de formar estos seres que con un cabal concepto del deber y una noción más amplia del carácter que les corresponde en la actuación social, lleguen fácilmente a la certeza de lo que son en sí como entidades aisladas y como miembros de una gran familia. Trátase de hacer converger en un solo concepto amplio y simple a la vez el ideal pan–humano y el ideal de un ser capaz de bastarse a sí mismo por su

plenitud espiritual. Para llegar a los límites que marcan estos rumbos frescos se necesita intensificar el desenvolvimiento armonioso de nuestro ser interior, endilgando nuestras aspiraciones a un modelo superior, ajustando nuestras tendencias progresivas a las eternas normas de amor y de piedad que persigue el adanita. Por ello la educación de esta entidad definida con el nombre de superconsciencia por la psicología moderna puede decirse que es objetivo esencial de toda obra pedagógica y debe ser consiguientemente el punto central de la escuela moderna, hecha árida, solitaria, aspérrima desde que falta en ella la verdadera cultura religiosa.

La escuela laica, defendida como una de las mejores conquistas de la época moderna, carece de los medios más sencillos y simples para levantar la virtud ciudadana y para educar el interior de los hombres. Debemos recordar siempre que el valor de los individuos no se aprecia por aquello que va a ellos, sino que reside en lo que producen, en lo que emana y vive de su mundo personal, único, desemejante al de los otros, y que la educación de este mundo interior no puede cumplirse sino en virtud de hondos principios de cultura religiosa, ya que la religión es la única que conoce los secretos de espíritu. Se necesita consagrar el edificio que no se ve sobre la piedra fuerte de una idea hecha común, perdurable en la Historia y patrimonio de la humanidad entera. Unidos los pensamientos sobre este ideal único, fuerte, poderoso que nos ofrecen los credos religiosos, hay como un dinamismo nuevo y como un delineamiento definitivo para la personalidad. Tal es la sola vía para que exista la idea moral, la conciencia de un deber superior sobre el cual reafirmar nuestra obra total, y sin esta idea de una moralidad que nos sea imperativa, hablar de moral cívica es algo acaso ridículo e infantil. La moral ciudadana tiene como garantía única la moral personal y ésta no es posible fuera de una creencia religiosa que la haga obligatoria en conciencia.

La moral sin Dios es reflejo del triunfo del egoísmo y de los distintos subconscientes sobre la conciencia plena. Es la moral de los hombres mismos, la ley plegadiza, que carece de una finalidad superior. En cambio cuando en el hombre se advierte el gobierno de su parte superconsciente puede decirse que él camina a su fin divino, que él

adquiere fuerza sobre la tierra para dominar la bestia durmiente y cumplir en la sociedad la obra de verdadera cooperación y de paz efectiva que le incumbe como a criatura racional.

Nueva Orleans, enero de 1925.–Caracas, mayo de 1925

MOTIVOS BIOGRAFICOS

ALABANZA DE UNA VIDA BEATIFICADA

Está al pie de las cumbres el pueblo silencioso. En él damos la despedida a la tierra llana, cálida y fecunda en su perpetuo mediodía. Aguas cristalinas de Momboy lavan sus contornos, aguas que son como delicioso riego para las vegas verdecidas que dejamos a nuestro paso. Bajo sus aleros se siente ya el aletear del aire de la montaña, precursos de las cumbres heladas y dándole la espalda, la tupida selva abre su fronda umbrosa, el camino se quiebra en suspirante cuesta y vías ganamos que habrán de llevar nuestra pequeñez hasta ser señores solitarios de altas cimas, dueños de inabarcables panoramas, donde las montañas empequeñecidas por la altura semejan olas en un mar inmenso de granito.

Tiene el pueblo obscura historia colonial: algunos señores de tierra y de blasones fundaron solar bajo su fresca paz; a la Patria naciente dio héroes de la postura de Antonio Nicolás Briceño, discutido a través de un siglo, y como para hacer contraste con el rojo prestigio de este similar, convertido en símbolo de la justicia sanguinaria después de abogar por su triunfo en los estrados serenos, evangélico renombre alcanza Mendoza* al presenciar el crepúsculo penitente del padre Rosario, santo sacerdote a quien sus habitantes rinden culto en sus altares humildes**.

(*) Mendoza, Municipio de Valera en el Estado Trujillo.

(**) Francisco Antonio era el nombre del padre Rosario. El doctor Vicente Dávila, en "Próceres Trujillanos", donde consagra un recuerdo a la labor del levita por su celo patriótico y sus servicios a la causa de la República, pone su nacimiento en Mendoza en 1761.

Frescuras de silencio, olor de celda halló bajo su cielo límpido el clérigo inquieto y caído. Para las úlceras de sus pasados vicios fue milagroso el polvo de los caminos, traficados por él en vías de penitencia y de dolor: mañaneras sus aguas para el ardor de su sed, no colmada en cántaros de pretéritos pecados y para sus manos laceradas por espinas de mundanales pestilencias, fueron alivio y curación las llagas de los enfermos curados por su piedad y su martirio. Vida compleja la de este sacerdote, mitad vicio y mitad beatíficas virtudes. Tras sus caídas múltiples, después de una larga existencia pecaminosa, de años estériles para la gracia en los cuales hubo de mezclarse con aquellos de quienes dijera el Salmista *in quorum manibus iniquitates sunt: dextera eorum repleta est muneribus,* se alza purificado por el dolor de las más duras penitencias y de los más lacerantes cilicios. Vida cuaresmal como la de San Francisco de Paula, blanco de burlas como el Seráfico de Asis, soledad de anacoreta, riego de sangre como en los mártires del Circo, silencio de éxtasis como en San Juan de la Cruz, tales los días de penitencia y oración del vicioso sacerdote, que como el beato Lulio amó la carne mercenaria y andareguió por obscuras callejuelas en pos de besos prostituidos, siendo larga su vida libertina en mengua de la dignidad del ministerio. Blanca de Castelo fue lámpara en la noche del galante caballero mallorquí, el cadáver de un amigo alumbró la existencia de San Vicente de Paúl, peligro de muerte abrió la fecundidad de Iñigo de Loyola: también la gracia hizo fortuna al sacerdote trujillano, quien en hora de agonía viera su pasado miserable arder en llamas sempiternas. Milagro de Dios hizo que su carne venciese los estertores de la muerte y aún no repuesto de sus dolores corporales, ricos abonos buscó para la arcilla aridecida de sus años idos.

Fue en Mendoza su vida nueva, vida de segundo nacimiento como lo enseñara Jesús a los oídos tardos de Nicodemus: el pecador ha dejado de serlo e inicia la era de su rehabilitación por Cristo y su Evangelio. Sangre de penitencia regó entonces el huerto estéril donde azucenas y lirios perfumaron después con aromas seráficas y tierra que fue rica en mala simiente fecunda es ahora en primorosos frutos evangélicos. Por allí pasó la voz del que clama en el desierto, potencia oral que desde dos mil años ha predice la cercanía del hacha a los árboles enfermos, y el antiguo sacerdote vicioso, árbol lleno de podre, se aprestó a recibir la cura del hacha y la purificación del fuego santo.

Pesado fardo de arrepentimiento fue entonces toda su riqueza. Oro acumulado por su esfuerzo y por la herencia que hizo de él hombre de tierras y de haberes, oro conquistado en el tráfago humano, venido acaso de hogares misérrimos, de manos endurecidas por la penuria, de viudas angustiadas, de huérfanos hambrientos, oro que era ya para él *manantial de iniquidad* según las palabras del Salvador, debía tornar a manos pobres y urgidas. El arrepentido empezó así a despojarse de las huellas materiales de su pasada vida, y dineros que quemarían sus manos han sido distribuidos por esta su sed nueva de caridad, y aun para hacerlos dignos de Dios construye con ellos una celda que verá el crecimiento de su espíritu en su deseo perenne y vivo de perfección. Numerosos siervos de su opulencia calzaron entonces el gorro frigio como en los funerales de los patricios romanos, ya que muerto estaba para ellos el señor a quien servían, mas un esclavo dejó para sí el arrepentido, esclavo que es como su dueño, símbolo de la justicia divina, a quien ruega disciplinar su carne pecaminosa durante las largas vigilias celulares.

Cerca del templo, en su propio interior, está la celda vacía que es hoy su único refugio terrenal. La adornan un Cristo agonizante, pendiente del madero como racimo de propiciación; bajo los pies del Crucificado, blanca calavera como en las obscuras cuevas de los eremitas; en el suelo, áspero madero para reclinar su cabeza abatida; aquí y allá cilicios y disciplinas, y otra cruz enorme y desnuda, de iguales dimensiones a la que puso sobre los hombros sacrosantos del Nazareno la canalla farisea, cruz donde se victima el espíritu del sacerdote converso, arrastrándola de noche por los largos caminos pedregosos. ¡Cómo deseara su alma que la chusma que a diario pone en él sus burlas, lo clavase sobre el madero bendecido por sus lágrimas!

Tiene ahora una rica pobreza el penitente, almas a quienes transmitir su blancura evangélica, pobres entre quienes distribuir el fruto de los diezmos y feligreses que le regalan el duro pan de su sustento diario. El viejo pecador, el hombre obscuro y estéril para la gracia, se ha tornado en niño luminoso. Fue realidad en él el mandato evangélico y niño se ha hecho para gozar la comunión con Dios. Veinte y más años duró esta su nueva vida terrestre, años de dolor para su cuerpo, días de ascensión para

su alma purificada. Murió cuando absolvía una devota confesante, entre el incienso del templo cuidado por sus manos, cerca de la celda vacía que testifica el largo dolor de su penitencia.

Modelo de alta virtud, símbolo de penitente dolor, la segunda existencia de Rosario. El levita sacrificó su carne, menospreció adulaciones terrenas, quiso ser ínfimo, cuando la gracia, abierta para sus ojos, le señaló el muladar de su vivir. Fuerte ejemplo de virtudes heroicas, de las que han menester los caídos para alzarse, de la que necesitan los arbustos rastreros para que sus flores se abran al sol y los pecadores para que no rece con ellos el salmo del Profeta: *Pecatur videbit, et irascetur, dentibus sui fremet, et tabescet, desiderium peccatorum peribet.* Símbolo de dolor, de expiaciones necesarias, de gloriosa penitencia para aquellos que trafican por caminos obscuros, y aún más para otros que han caído de blancos sitiales, ciegos de doble responsabilidad por la altura lograda y despreciada en un grito de lo bajo, suerte de Moisés a quienes interrumpiera su coloquio con Dios el asqueroso bullicio de los idólatras, segun el bello simbolismo del Beato de Avila, bullicio asqueroso que fue como sirena en los oídos del sacerdote caído, adorador momentáneo de los ídolos de barro. Mas un día vendrá la gracia y abrirá los ojos y no mostrará la gloria de los ángeles, sino las pústulas viciosas, y no estará acompañada de fragancias de mirra sino de fétidos olores como en la hora agónica del levita restaurado, y ¡ay! de ti alma envilecida si ya no es tiempo para las largas penitencias y los sangrantes cilicios, ¡ay! de ti hermano caído si horas no tienes para alcanzar la luz perdida como Rosario, y restaurarte como él, que sintió el aletear de los ángeles cuando hubo apurado el cáliz de su angustia y supo ganar entonces para su vida la aureola de los justos.

Más obscura ha sido la gloria del trujillano, como fuera obscura su primera vida: bajo las lozas de su Iglesia duerme sueño de paz el arrepentido, olvidado de muchos, implorado por algunos devotos que creen en el poder de su indulgencia.

Más que una función de culto, elemento de alta trascendencia social está llamada a representar la figura de los Santos, héroes también en el concepto de Carlyle, héroes como el guerrero que conquista pueblos,

como el *meneur* que dirige muchedumbres. Luchan ellos en el terreno de una conquista superior, por la adquisición de botines que una vez alcanzados corresponden a la humanidad entera, por el triunfo, no de principios enunciados por la necesidad momentánea de las masas, sino de altas verdades normales. Lucha invisible, silenciosa, callada, reacción del espíritu contra los mil obstáculos que le opone la materia para su perfección, batalla de un soldado contra todo un ejército aguerrido, labor de arquitecto que levanta a solas la gran torre que habrá de sostener fina campana que guíe los espíritus en su marcha hacia la ciudad ideal. Dijérase que el santo de por sí está llamado a morir anónimo; su obra es trabajo invalorable, labor oculta, esfuerzo mudo, y su mundana gloria es obra posterior a ellos, fruto de su perpetua labor ejemplar. No ha sido dirigido su esfuerzo hacia el triunfo de sucesos materiales, sino para alcanzar con él una opima vendimia de virtudes, y sólo cuando éstas regalan con sus jugos se anuncia la apoteosis del sacrificado. Al emprender camino de perfección no han sido movidos por una necesidad externa, sino en obediencia a un voto de pureza interior: esfuerzos dirigidos a reconstruir su propia vida y a vestir de blanco las moradas espirituales, es la historia de su penitencia. Bien que esta búsqueda sea capital para la iniciación de toda vida ascética, los unos realizan labor exterior y viven en lucha con las necesidades materiales del mundo, mientras otros, acaso los más, pasan sus horas en interno silencio, llenos de seráficos coloquios. Son éstos los unilaterales, los que de una santidad inactiva en obras visibles, tienen sobre el cuidado de las cosas, el celo de su propia existencia interior. Más que la obra penitente, sobresale el mérito creador de Francisco de Asís, más que las torturas de Lulio es conocida su obra intelectual, la santidad de Ignacio de Loyola la ensombrece el mérito de su fundación, la piedad de Tomás de Aquino es pálida ante el perpetuo alumbrar de la *Summa Theologica.* Estos, junto con la perfección propia realizaron obra que los destaca activamente, en un plano positivo, sobre los horizontes de la Historia. Son como el reverso de los otros, más pobres acaso, y que consagraron a sí mismos todo su esfuerzo purificador. Mientras los activos realizan obra que sobrevive en el decurso de los siglos, los solitarios, los unilaterales, no tienen otro fin sino la construcción de su propia vivienda, humilde y pequeña, y la elevación de su anhelo divino.

* * *

Unilateral fue la santidad del sacerdote trujillano. Pueblo pequeño, de escasas familias, Mendoza cuando lo rigiera Rosario. Sencillos sus moradores, frescas sus costumbres, sin problemas religiosos, sin azotes sociales, su actuación hubo de reducirse en lo material a servir un templo de Dios y a ser fidelísimo pastor de su rebaño. En época de lepra, en los estertores del siglo XIII italiano hubiera levantado con San Francisco casas de reclusión y caridad; con Pedro el Ermitaño quizá hubiera compartido la gloria de una Cruzada; bajo los Césares tal vez su sangre proclamase el triunfo del cristianismo; en el corazón de la España mística del medievo su nombre habría alcanzado gloria mundanal, o en santa contienda con moros, sufrido la misma suerte que su hermano mayor en pecado y penitencia, el contemplante de *Blanquerna.* Distante de estos amplios medios, su obra de salvación hubo de cumplirla en cambio en la celda solitaria y umbrosa, junto al fuego devoto de los cirios, arrodillado sobre duras piedras, disciplinado por manos de su ciervo, y en los obscuros caminos nocturnos, suerte de Gólgotas para su redención, donde el alba llegara a sorprenderlo, tal nuevo Cristo, con pesada cruz sobre sus hombros sangrantes y semidesnudos. La soledad del medio en que realiza su obra petitenciaria no le mengua en cambio ninguno de sus méritos: trabajó para sí y obtuvo fruto de santidad, dejando para los otros, sus hermanos que traficamos ahora las vías del mundo, el ejemplo de su virtud guerrera, ya que guerra declaró a su propia naturaleza conforme al precepto nazareno, y el olor de su frescura evangélica. Negro carbón, opaca existencia envilecida, hecha resplandeciente en el horno de la más larga y dolorosa penitencia, fue la vida del levita caído; beatífica visión en un marco diabólico, *stella matutina,* tras una noche de infortunio, *foederis arca* en la anarquía de las pasiones, *rosa mística* surgida de las turbias perezas de una ciénaga.

–¿Fue santo el padre Rosario?

–¡Vea usted esta cuenta de oro!, –me respondió temblorosa la devota anciana–, mire ¡cómo son negras las demás del Rosario! Y entre mis manos tuve la piadosa reliquia, un viejo rosario de madera cuyo primer *Paternoster* era una cuenta de oro puro. La anciana continuó:

–Hace más de treinta años una amiga me hizo la misma pregunta que usted acaba de hacerme, tras la pregunta sobrevino una larga discusión;

sostenía yo la santidad del Padre y ella burlábase de mi aserto por la falta de milagros; mas éste no se hizo esperar: terminada la oración común, después de rezar sobre las cuentas de este rosario, todo negro entonces, vimos maravilladas que el primer *Paternoster* no era ya de madera, sino fina cuenta de oro como lo está viendo usted. Nada mejor que este milagro para atestiguar su santidad, se apedillaba él Rosario, loco devoto de María y propagador de tan devota práctica. Crea y no aguarde a la realización de otro milagro.

Yo reí escéptico, mas si hoy pudiera hablar a aquella anciana devotísima, si entre mis manos tuviese la preciosa reliquia del milagro, le contestaría lo que mi torpeza fue entonces débil para comprender, habría de decirle que si milagro es tornar en oro la madera, bruta materia ambas, milagro más grande debe ser cambiarse la propia naturaleza, convertir lo que fuera podredumbre en foco resplandeciente, hacer que la tierra llena de sarmientos reviente en místicas flores de pureza. Mayor milagro que el de trocar en oro la madera es modelar de nuevo un alma, ya torpe y envilecida, cambiar en fresca y juvenil una decadente existencia de pecado, sacar luceros del fango y embalsamar lo que antes fuera pestilente. Si todo esto y mucho más hizo en vida el sacerdote arrepentido ¿por qué no aceptar que la invocación de su nombre sea potente para tornar en oro un pequeño pedazo de madera purificado por la oración? Oh, tú, caído, mala madera corruptible, trozo de leño sin fruto, llora como el arrepentido y oro será tu vida miserable, y vos, ¡oh! Bienaventurado, haced que ante nuestros ojos viciosos surja como ante los vuestros la realidad de esta vida miserable y dadnos a nosotros, vuestros hermanos, deseos de cruz y penitencias. Amén.

Nueva Orleans, noviembre de 1924.

EN ELOGIO DE UN LIBRO

Nueva Orleans, La, julio 30 de 1921.

Señor Dr. J. M. Núñez Ponte Director de "La Religión".
Caracas

Muy distinguido compatriota y amigo:

Llevan estas líneas el propósito de expresar a usted mi aplauso muy caluroso por la alta obra de justicia y patriotismo realizada por usted al describir con pluma maestra la vida intachable del doctor José Gregorio Hernández.

Lejos de la Patria, pero más cercano a ella por el fuego cordial que hace crecer la distancia, he tenido horas felicísimas en la lectura de su hermoso trabajo, corto a pesar de sus tantas páginas, porque la pluma de usted y la blancura del biografiado dan una brevedad excesiva a sus capítulos. La labor suya es de honra y de cultura. Necesitan los pueblos tener siempre modelos a quienes referir sus acciones y maestros que enseñen a admirarlos e imitarlos. Esta segunda labor la ha realizado usted admirablemente, su hermoso trabajo es como una preparación para amar el recuerdo de Hernández, y amándola, imitarlo.

La heroica virtud de su biografiado debiera servir de ejemplo perenne a la sociedad que le vio florecer y que tuvo la dicha de embriagarse con el aroma de su espíritu de apóstol y de su virtud de santo. Su fe religiosa, su

inquebrantable pasión mística, se alza como bandera de victoria sobre las dudas del siglo y dice muy en alto que sólo en el huerto evangélico crecen frutos tan opimos. Pocas veces se logra una blancura tan perfecta como la que resplandeció en el espíritu orante del anheloso Cartujo, *tan blanco que no hay lavadero en el mundo que así pudiera blanquear,* con palabras del Evangelista al describir las vestiduras del Señor transfigurado; lavadero que sólo se halla en el corazón sereno de la fuente de gracia cristiana, total blancura de niño que hubo de acompañarte como pía nube en su marcha por el mundo.

En esta era de indiferencia religiosa y de abandono de los credos salvadores, tener vivo en el espíritu de la juventud el ejemplo de Hernández es ofrecerle luz segura y firme ruta; para una colectividad donde por carencia de ejemplares abundan los tibios y son tantos los que viven ayunos de verdadera comprensión religiosa, la vida meritoria de este santo seglar tipifica anhelos de perfección y es norma de actividades útiles. El ciudadano perfecto, el varón de hogar intachable, el sabio siempre respetado, el maestro admirado, que a todos estos merecimientos supo agregar la sencillez de un espíritu perdurablemente niño y el tesoro de una fe pura y clara, llamado está a vivir como un símbolo de perfeccionamiento en el corazón del pueblo que recibió el beneficio de su albura.

Estropeado el mundo por el resumen de tantos dolores corridos en esta década de sangre, apurados todos los esfuerzos de la previsión científica en pos de una consolidación de la familia universal, ésta sólo parece realizable en el corazón de la Iglesia de Cristo. Y así los ojos llorosos, los corazones desgarrados, los labios suplicantes se tornan en una larga oración al Crucificado, vivo siempre en la conciencia de la raza y dormido sólo por tres días, más o menos largos, en el espíritu de aquellos que lo hemos asesinado por una segunda vez. Más hay un refrescamiento del ideal religioso en estos años, que yo me atrevería a llamar alborales, como que la década vencida precisamente en estos días, fuera espesísima noche en el decurso de los siglos. Renace la fe en el Nazareno con más fuerza que nunca, con vigor nuevo, con alas de más pujante envergadura, con frescuras alcanzadas en las largas vigilias de duelo, en el ardoroso crisol de las angustias, en el río amargoso de las lágrimas.

mientras que en la conciencia nueva crece la certidumbre de que la confraternidad de la raza sólo será realizable por la comunidad de una idea cristiana, de esa idea que fue victoria perpetua en la vida cristalina y armoniosa del doctor José Gregorio Hernández: la caridad hecha vida y credo palpable, la caridad que llena los vacíos de la justicia humana y pone refrigerio en las heridas que hace la espada de la ley.

El homenaje que usted rinde a tan esclarecido varón podría decirse que reúne las condiciones indispensables para que, más que tributo de justicia, sea una actividad nueva que en el corazón de la colectividad encienda una lámpara al ideal. "El nivel moral de los hombres está en relación con su facultad de admirar", asentara un estilista francés del siglo pasado, y ofrecer a la admiración social la figura heroica de espíritus privilegiados, es como darles ocasión para alcanzar ese nivel, para educar su fuerza admirativa y consiguientemente hacerlos más altos. La gloria que se perpetúa en mármoles impasibles es como una gloria estática que tiene reflejo únicamente en el corazón de los que admiran ya; mas la gloria que se canta en el libro es energía que edifica mármoles ideales en el corazón de los hombres nuevos. Mármoles ideales quiere su obra, monumentos de devoción en el espíritu de quienes penetren el pensamiento blanquísimo de su biografiado, y aquí el alto mérito de llevar al libro vidas ejemplares, es como el cumplimiento de las palabras del Maestro: *poner la luz sobre un candelero a fin de que alumbre toda la casa,* o todo un pueblo.

Quiera Dios que la juventud de la Patria se compenetre de la necesidad de imitar existencias como la de Hernández, útiles a la sociedad por su triple ministerio de ciudadano, de médico y de santo, y que fuego animatorio para los tibios sea la historia de ese vivir penitente, encauzado todo por la *puerta angosta* y por la *estrecha senda* que ordena el Evangelio.

Mientras esos ricos frutos cuajen y doren, crea usted en la sinceridad de mis congratulaciones y en el ruego que hago a Dios para que le tenga en su guarda y a mí me dé salud para servirle.

MOTIVOS INFANTILES

A Roberto Picón-Lares

MEDITACIONES AL LADO DE UNA CUNA

Ejemplo de maravillosa actividad, la existencia uniforme y torpe de los pequeñuelos. Inconscientemente, llevados por el instinto aún rudimentario en ellos, ralizan una labor continua y progresiva que pudiera darnos a nosotros los hombres fe para el trabajo y resignada alegría para nuestras horas de inquietud. Parece que en ellos tuviera una intención de escuela esta práctica diaria de ejercicios, ya de las menudas piernecitas, a ratos de las manos entrecerradas, luego de la lengua balbuciente y aun de las mismas pupilas abismadas de indeciso color. Se diría que abre comprensiones nuevas la observación paciente de estas criaturas recién venidas a la vida y que nuestra existencia envejecida por duras experiencias, adquiere a su lado ocasión propicia para obtener claros sentidos de aquello que sólo fuera motivo de alabanzas para otros.

Más que ese sentimiento de dormida divinidad que se levanta desde la cuna virginal del inocente, más que ese brotar de pureza acaso sensible únicamente para quienes vivan inflamados en deseos de una nueva niñez espiritual, más que ese significado místico que logra el niño para quienes ven sobre el temblor de la carne sonrosada el temblor de una alma recién besada por los ángeles, más que todas estas manifestaciones que sólo son percibidas por nuestros ojos intelectuales, tiene un valor práctico y activo, un sentido de lección muda, la incipiente inquietud de los niños, la continua agitación en que pasan sus breves vigilias como preparándose para los rudos ejercicios de la vida. Un día más y ya es nueva la jornada: los sonidos se definen mejor en la garganta, la lengua se independiza un tanto en sus movimientos, las manos adquieren una agilidad de que carecían enantes, sobre las piernas hacen una flexión

nueva y durante este día, con un envidiable regocijo, practican sin cansarse todos sus nuevos adelantos, que serán retardos al compararlos mañana con su incansable progresar.

Hay un divino secreto en esta infantil diligencia llena de futuros sucesos. Esta inquietud con que los niños saben ir expresando los adelantos que en ellos logran hacer el músculo, y la palabra, y la intención y la percepción del mundo externo, esta labor máxima si la comparamos con su fragilidad corporal y la relacionamos con el sudoroso esfuerzo nuestro, infinitamente más pequeño, casi nada para nuestros músculos después de contemplar el progresivo esfuerzo de los niños, esta inquietud inocente debiera alentarnos en nuestras largas luchas de hombres. Este regocijo infantil, esta deliciosa alegría con que los pequeñuelos cumplen su tarea educativa, sólo interrumpida por paréntesis de sueños, este despertar reídos a emprender su labor de cultura muscular, sus esfuerzos por capacitar para la voz su débil garganta llena de temblorosos gorgoritos, la fecunda inquietud de sus piernitas sonrosadas, anhelosas de carreras, y sobre los múltiples esfuerzos, la fresca risa argentina que ponen en su ágil trabajo diuturno, hacen un lamentable contraste con nuestra pesada labor de hombres.

Hay una alegría, hay una promesa festiva junto a la cuna de estos niños jubilosos. Tienen ellos la plena, la ignorada verdad de la vida, de una vida en la cual no ha caído una gota de pesadumbre, una gota de tristeza, nada de esta pesadumbre y de esta tristeza que los hombres han moldeado con esfuerzos de siglos, lenta labor de cansados, de enfermos, de renegados que hace nocturna la misma visión de las claras mañanas infantiles.

* * *

Algunos, en cambio, sin esta divina alegría parecen estar en una perpetua meditación. Semeja que ni la risa ni las lágrimas fueran hechas para ellos. En las habitaciones llenas de indecisas claridades pasan sus largas vigilias con los ojos abiertos, llenos de asombro y de blancor, mirando hacia sitios ignorados con una mirada larga que parece

enredarse en la cercanía de los objetos. No sólo van a los hogares pobres, también las ricas alcobas han sentido el respirar pausado de estos niños silenciosos, callados, ocupados acaso en un pensamiento que atolondraría nuestra misma comprensión de hombres. Parece que lejos de prepararse para la vida su espíritu infantil realizase ignorados ejercicios capaces de abrir senderos mortuorios. Cuando salen al sol cierran los ojos y sonríen hasta dormir, adquiriendo junto a la blanca reverberación un livor de cadáveres. Nadie que los mira deja de sentir una extraña inquietud junto a estas lánguidas criaturas poseedoras acaso de una ciencia más fuerte que la alegría de inconscientes risas, más elocuente que el dolor de la carne que se resuelve en lágrimas.

Y es también breve su vivir. Pasan rápidamente por la tierra como en un anhelo de patrias lejanas, escasos meses, breves años no más, pero en cambio dejan tras sí un sentido profundo, un misterioso presentimiento que se alarga aun después de su partida. Algunos hay que logran una existencia más prolongada, pero se hacen como mudos, falta algo en sus vidas atadas a la tierra, y la tierra en cambio sellando sus oídos, ensordece a unos, yendo hasta sus lenguas las deja en torpe balbuceo y sus mismos cerebros, semejantes a cárceles, sólo permiten una expresión de enfermedad y de tortura.

Y aun envueltos en este manto de debilidad conque ya grandes los vemos cruzar en silencio por las vías del mundo, se admira en sus ojos la larga mirada que de niños parece enredarse en las cosas próximas: sobre sus labios hay una sonrisa pálida, una sonrisa que podría traducirse acaso como un *amén* prolongado para todos los sucesos de la vida, como en una certeza previa de todo lo que debe vivir. Diríase que en ellos no hay crecimiento intelectual y que siempre mantienen la misma muda ciencia que simulara prodigios en horas infantiles. Sobre la minúscula arquitectura de sus cuerpos el peso de un pensamiento tan hondo que de progresar rompería lindes humanas, fuera acaso extremo para tan poca resistencia. Mientras pasan su vida en el opaco ambiente de la alcoba, sus ojos abismados y su rictus pensativo ofrecen como claras promesas de verdad. Tienen entonces en sus rostros la señal inefable de un oculto tesoro, de un tesoro de raíces espirituales que prometiera opimo florecer; mas la pesada verdad, la rica raigambre, ha llegado a destruir la tierra

corporal y de no ir ella a dar fragante fruto en jardines celestes, de arrastrarse habrán por el mundo estos restos de vida, estas mútilas criaturas, que tras el obscuro velo de su inconsciencia lastimosa encierran el germen muerto de un pensamiento salpicado de infinito.

* * *

Mas es de admirar en todos, tanto en estos solitarios llenos de silencio y de meditación, como en los otros que saludan con fiestas a la vida, un color propio y extraño en la mirada, una inteligencia inexplicable para detener los ojos en la admiración de cosas no vistas por nosotros. Y vuelve de nuevo la certeza de hallarnos junto a criaturas bañadas de maravilla ¿De dónde vienen estos seres capaces de enseñarnos verdades aun no sospechadas? ¿Dónde estaban sus almas temblorosas antes de encerrarse en la frágil rosa de sus carnes? Y fue clara e intensa la visión de Goethe al describir el profundo paraje donde las madres, junto a candentes hipocaustos, plasman los destinos humanos como nuncios de divinidad. En su obscura labor creadora *ellas no ven sino los seres que no han nacido.* Y estos *seres que no han nacido,* estas almas descarnadas y solitarias que celebran coloquios con las madres soberanas de ojos ciegos para las cosas creadas ¿por qué no han de tener como ellas una visión divina para lo que no es, una visión que aun perdure después de estar encerradas en sus carnales vestiduras?...

Y así los vemos en la sombra buscando con ojos aún no abiertos totalmente la huella de alguna ala invisible que arrulla sus largos soliloquios, y sonríen entonces con una sonrisa inefable, con una sonrisa que pudiera ser piadosa ofrenda en la ritualidad de un culto de ángeles, sonrisa dormida, sonrisa que como abeja milagrosa abre sin ruido la seda de sus alas en las bocas diminutas, sonrisa que alumbra con suavísimas luces los penumbrosos rincones donde estos pequeñuelos pasan sus horas de inocencia. Y aun cuando duermen esta larga sonrisa nimba sus rostros dándoles tonos indecibles. Semeja entonces que hubieran pasado al sueño sin trance sensible. Cerrados sus ojos, diríase que velan, tal es de vivo su reír; abiertos, mienten con su inconsciencia sonriente un soñar prolongado. Diríase que cuando las pestañas abren su débil cortinaje hay más sombra para ellos: la sombra de esta vida ignorada por

sus tiernas pupilas, la sombra de esta vida que ha hecho torpes nuestros ojos ansiosos de verdades. En cambio cuando duermen los ojos ignorantes, su visión interior parece que empezase a clarecer y los vemos en sus lechos con una expresión más intensa que aquella que lucen en las breves vigilias. Sonríen como si esta su sonrisa fuese el trasunto de un lejano coloquio, sonríen como criaturas pertenecientes a mundos más elevados.

Adviene la conciencia de hallarnos junto a seres que viven en dos planos y que realizan cuotidianamente ejercicios en cada uno de ellos. Están con nosotros mientras sus ojos débiles educan la mirada terrena, viven con los ángeles en sus largos silencios corporales, cuando los párpados cubren las pupilas durmientes y las labios se abren en su sonrisa más clara. Su existencia es como un adiós y como una bienvenida: adiós a la patria muda del milagro, bienvenida de la tierra que se ofrece como cáliz encendido para recibir la aroma delicada que desciende a ella. Son un lazo que se rompe entre nuestra conciencia ignorante y la inconsciencia fecunda del misterio, que se apaga en ellos como el ruedo blanquecino de la ola que llega quejumbrosa a la ribera. Son como la espuma del gran mar, como la frágil huella de un secreto que al acercarse a nuestra pesada conciencia terrestre enmudeciera tal la voz de las olas cantarinas al besar las playas desiertas. Y por ese marivilloso don de unir en tan delicadas existencias la claridad que no habla y la tiniebla que envolverá sus miradas de peregrinos sin guías, son para nosotros los hombres, cansados y llenos de razones, como fuentes de fecundas enseñanzas en nuestra tarea diaria, donde vencidos o vencedores, permaneceremos los mismos ante la mirada eterna y misericordiosa de Dios...

Nueva Orleans, noviembre de 1924.

MOTIVO ACADEMICO

INTRODUCCION PARA UN ELOGIO DE LA JUSTICIA*

Señores:

Sólo el deber que me impone un mandato de ley escuda el hecho de atreverme a dirigiros la palabra con ocasión de recibir el grado de Doctor en Ciencias Políticas en esta Ilustre Casa Univesitaria. El honor que se me confiere al ser aceptado en el seno de vosotros no puede decirse que premia largos esfuerzos ni penosos estudios, ya que en mí no brillan ningunos de sus frutos; en cambio me da aliento para futuras labores la certidumbre de que los caminos de la justicia, cuya economía procura realizar la ciencia jurídica, no son sólo el éxito de arduas inquisiciones científicas más o menos luminosas, sino que para su logro juegan papel importante fuerzas de órdenes diversos.

He señalado al principio de estas frases, acaso sin quererlo, aquello que es nuestra meta profesional y cuyo nombre siempre ha sonado en mis oídos con callada música nostálgica, y así no podré ir adelante sin consagrarle el homenaje de mi devoción y sin decir cuán necesitado está el hombre de que ella, más que norma ideal, sea realidad plástica, elemento orgánico en la vida de las sociedades humanas. Diríase que la Justicia está en el punto final de la carrera del Derecho, como algo hacia donde convergen todos los esfuerzos de la ciencia y los planes de una equidad tangible. En la línea de desarrollo del derecho legal, del derecho

---

(*) Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela el 5 de junio de 1925.

consagrado en la fórmula obligatoria que rige la comunidad política, su presencia aparece incidentalmente alumbrando la ruta, como si fueran dos caminos, el de la ley y el de la Justicia, los que condujeran a la cima lejana: el de la última más amplio y más blando, aquél, duro y estrecho; en veces se rozan, se unen brevemente en una sola vía como en fraternidad admirable, para después romper de nuevo la armonía viajera y dejar suspirosos los pasos del hombre que trafica el estrecho y duro sendero.

Nunca, Señores, como en la época de desarrollo del derecho pretoriano se admira mayor esfuerzo por hacer entrar en el organismo legal los dictados de la justicia nueva, de la justicia que habla a diario en la necesidad local, en la urgencia momentánea, imprevista, traedora de conflictos con la misma ley. La ficción del Pretor representa entre las vicisitudes del derecho una de las fórmulas más preciosas de realización de la justicia: fue como un asalto a la misma ley, *dura lex*, como una puerta abierta por fuerza a fin de que penetrase un poco de clemencia en el cuerpo rígido de las XII Tablas. Hay como una lucha constante entre la justicia que quiere dominar y llenar los vacíos legales y aquellas leyes, hechas fuertes por la consagración política, por las necesidades relativas y las transitorias conveniencias.

La filosofía estoica que inspiró gran parte del Edicto del Pretor entrevió el concepto amplio de la Justicia universal que después fue credo admirable en las enseñanzas cristianas, mas lo entrevió para aminorar los derechos de la ciudad, para mejorar en su seno la condición de los no ciudadanos, ya que el Derecho Romano estuvo distinguido por el escrito carácter de civilidad que integra su sólido organismo. Y aun después, Señores, de veinte siglos de cultura cristiana, después de veinte siglos de enunciado desde la Montaña milagrosa el código de la más noble justicia humana, permanece el hombre, y con él la raza entera, con aquella misma hambre y con aquella misma sed que sólo saciarían las palabras de Cristo. Dos mil años de un ensayo prolongado sobre el campo de la ley de los hombres, sobre el terreno de las conveniencias sociales, sin que se haya logrado siquiera momentáneamente un equilibrio, una tregua, que anuncie la cercanía de una era de justicia plena. Sobre la Europa recién regada de sangre fraterna, en un rito

bárbaro que hubo de prolongarse durante un lustro inolvidable sin que brillase un destello de razón, sobre sus instituciones y sobre la constitución política de sus nacionalidades tambaleantes, el esfuerzo de los estudiosos y de los idealistas prueba sistemas nuevos y ensaya todas las teorías posibles a fin de lograr el equilibrio que garantice la paz necesaria a toda obra de progreso y de cooperación. Mas a los pueblos se les engaña con construcciones deslumbrantes, se les lleva nuevamente al sacrificio portando en sus manos la banderola nefanda de las reivindicaciones y la filosofía que fracasó en la Revolución y en la primera Comuna la modifica la Tercera Internacional para dar forma a un nuevo ideal económico más peligroso que los imperialismos de antaño y para revestir de dignidad legal las aspiraciones de la burocracia judía de toda Europa y consagrar en la forma de sistema político los más profundos atentados sociales.

Perdura en cambio en el hombre y crece en proporción a sus fracasos, el anhelo de una justicia menos viciada, de una justicia que se acerque más a la soñada por él mismo en sus largas horas de fatigas, después de luchas sin cuento en el campo de todas las experiencias posibles. Ese anhelo de perfección que es objetivo de la ciencia jurídica desde siglos muy remotos, esas normas abstractas que desde el nacimiento de la filosofía helénica sirvieron de orientación a los idealistas del derecho primitivo, aún viven como ensueños no realizados, como luces que marcan rumbo en la búsqueda de una ley universal, amplia, comprensiva e impecable... Y así la vida del Derecho está determinada por la persecución de formas capaces de aprisionar ese concepto de justicia que el hombre quiere ver brillar en todas las vías de la historia: a cada hora se atalaya una claridad nueva en el campo rodeado de tiniebla, una claridad que acaso imponga el rumbo definitivo que nos llevará a través de los amplios caminos de la Justicia, hasta la cima florecida donde la parábola vistió de candor la palabra divina.

Estamos, Señores, en el período más intenso de vida del pensamiento cristiano y es lógico esperar que de él surja una valorización de la justicia en concordancia con las fórmulas nazarenas. Basta extender la mirada a través del amplio panorama de los tiempos para darnos cuenta de que apenas empieza el esfuerzo apostólico a manifestarse con las mejores de

sus obras. No fue la Iglesia militante de los siglos primeros quien debía realizar el prodigioso milagro de convertir el Derecho exclusivista de la antigua Roma en un código universal; mas asentados los bárbaros en Europa y después de surgir las nacionalidades que luchan y se alzan de una manera prodigiosa durante todo el período de la Edad Media –la época más fecunda de la vida humana, compleja, indefinible, grandiosa– la Iglesia labora de una manera formidable, preparando el edificio de la edad moderna, corrigiendo y elaborando el código uniforme de las futuras naciones; en cambio la Revolución violentó un proceso que debía desarrollarse por las vías de la normal evolución y fue contra el antiguo régimen de una manera feroz y violenta hasta hacerse responsable ante el juicio de la historia de los más grandes trastornos en el camino que debe conducirnos a la justicia plenaria. Y aun después, lo que la ciencia racionalista llegó a juzgar como un triunfo social suyo, las instituciones políticas en los diferentes órdenes que fueron orgullo de la vieja Europa, acabamos, Señores, de verlas aniquilarse, destruirse, desdecir del propio derecho y de la justicia por ellas consagradas. Y ahora, finalizados tales ensayos, cuando la conciencia universal se da plena cuenta de que algo como una sombra pesaba sobre sí misma, se advierte un retorno hacia viejos presupuestos espirituales y nacido ha la certidumbre de que el ideal cristiano puede aportar un contingente invalorable para la obra reconstructora en la cual se interesa el pensamiento universal. Por eso me he atrevido a decir que estamos en el período más intenso de vida cristiana. No existe problema social, ni problema jurídico, ni problema económico que no halle en las doctrinas de la Iglesia su fórmula más simple, y la misma ciencia atea que ayer negara a aquélla todos sus derechos, advierte que no hay conquista ni progreso espiritual en la vida del hombre que no esté señalado por la huella de una sandalia apostólica; y hoy mismo lo vemos, después de la bancarrota de los credos individualistas preconizados por la Revolución, cuando se empezó a recurrir al sistema de asociaciones gremiales y de sindicatos cooperativos, esas fórmulas que están representando la economía más acabada de la justicia intra–social, lo vemos, Señores, cómo los economistas han tenido que recurrir a una antigua institución creada a la sombra de los conventos medievales, creada junto con la escuela primaria y junto con la Universidad que son orgullo de las épocas presentes.

Señores: Sobre el surco ideal el pensamiento del hombre lanza la vieja semilla en espera de mejores frutos merced al riego más fresco de sus rumbos actuales. Parece que en los confines del orbe perdurase el eco adormido de la palabra evangélica que anunció el más grande programa de justicia universal. Sobre la colina judaica el Sermón trasmutador de los valores animales en presupuestos de una idealidad limpísima, abrió un ciclo en cuya alba sonriente apenas entramos. Las necesidades del hombre cada vez más urgentes en medio de la sociedad de sus semejantes, quieren la economía de esa justicia en sus leyes nuevas, mas endilgadas a verdaderos fines de cooperación humana, de fraternidad y de caridad cristianas. La rigidez característica de los grandes códigos donde duerme, no una equidad inmutable sino un esfuerzo que rompe su progreso al detenerse, necesita trocarse en el breve enunciado de una ley ágil, dúctil, fácil para expresar la necesidad cada día distinta de los hombres. Diríase que la continua evolución en que se hallan las leyes y el derecho locales no se presta para las grandes síntesis a que sólo puede llegarse cuando una comprensión de la Justicia, acaso muy distante de nosotros, permita el arribo a tales institutos de las normas simples y sintéticas de un Derecho inmutable en el tiempo y el espacio.

Señores:

Al iniciar estos párrafos quise sólo hacer un breve elogio de la justicia como móvil de perfección de la ciencia jurídica, pero veo que he apurado el tiempo que debiera haber dedicado a la explanación de algún punto más concreto, más en concordancia acaso con el positivismo de la ciencia oficial. Creo, en cambio, que vosotros, enamorados como yo de la perfección del hombre como ente racional y enamorados también de todo aquello que pueda elevar su dignidad de tal, habréis quizá escuchado con indulgencia mis obscuras palabras; pero antes de finalizar estas frases reglamentarias quiero consagrar en la presente oportunidad, para mí gratísima e inolvidable, un recuerdo cordial a dos viejas señoras que me son amadas: a la Ilustre Casona Universitaria de Mérida, donde hice mis estudios jurídicos, regida entonces por el hombre de ciencia que acaba de conferirme el Doctorado y en cuyas aulas soñé empresas juveniles realizables en estos arduos campos científicos, y a la madre mía, que aún sueña imperturbable en verme conquistar mundos que nunca llegarán a mis manos...

MOTIVOS ACTUALES

A Caracciolo Parra León

LEYENDO A GIOVANNI PAPINI

Giovanni Papini con su "Historia de Cristo" representa en el actual momento psicológico de la civilización occidental, la expresión vehemente de un alma atormentada que busca la sombra del Nazareno en medio de la economía social del siglo. Papini encarna admirablemente la aspiración del hombre que vio desaparecidas sus promesas de bienestar después de la bancarrota de los credos racionalistas. El mismo, como filósofo y como hombre avanzado de letras, espigó en los campos de las últimas conclusiones científicas de su época. "Papini, junto con Soffici y Palazzeschi, fue por algún tiempo miembro del grupo de escritores "futuristas" que en Italia encabezaba Marinetti. En este período de su vida sus actividades literarias estuvieron fuertemente concentradas en la publicación futurista *L'Acerba,* editada en Florencia bajo su dirección. El futurismo apareció en Italia, durante los primeros años del siglo XX, como una reacción violenta contra el excesivo culto del pasado. Con su intenso desagrado por cualquier cosa de sabor a épocas pretéritas, el futurismo (y Papini) no se hallaban en condición de simpatizar con una institución retrógrada (en su opinión) como la Iglesia Católica. *Quœrite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis.* "Busca y hallarás, toca y las puertas te serán abiertas". Este es el secreto de la vida y conversión de Giovanni Papini. Los diversos sistemas filosóficos por él investigados (*Il crepuscole dei filosofi,* 1906; *Ventiquattro cervelli,* 1912) fueron insuficientes para satisfacer su ansia vehemente, hasta que al fin el velo cayó de sus ojos y en pleno día de luz católica logró la Eterna Verdad"*. Su retorno a Cristo es de tal modo obra de una precisa

(*) H. B. L. Hughes.– The Catholic Spirit in Current Italian Literature.

experiencia personal, el resultado de una revisión paciente de sus caudales intelectuales y de su acervo emocional. Su obra está por ello escrita en un lenguaje tan humano que se ha hecho acreedora de comentarios contradictorios de parte de muchos cristianos. La fraseología de Papini en su "Historia" es la de un espíritu semisalvaje (publicó en colaboración con Giuliotti su *Dizionario dell'Uomo selvatico*); sus párrafos, sus ediciones, su léxico denotan el alma de un atormentado que habiendo recibido luz nueva, se empeña en hacerla visible a sus lectores, hermanos suyos en el dolor pasado de no conocer el Cristo. A estos hermanos está especialmente dirigida su obra admirable. Para quienes ya miran a Cristo como al Hijo de Dios, están los textos aprobados por la ortodoxia romana: Didon es lectura serena para cristiano de fe; para los otros, aquellos que han querido ver en el Nazareno una adorable figura similar a la de Gautama o un ente asequible a la crítica, están el racionalista Ernesto Renan, el destructor Strauss, el teósofo Schuré o el blasfemo Binet-Sangle. Papini habla a los desconsolados que no han negado pero a quienes su fe tibia tiene sin un vivo conocimiento de los Evangelios, a la mayoría titubeante que suspira por hallar destellos de divinidad sobre el fango terrestre. Su obra está dirigida a los hombres del siglo, a los estragados en la moderna bibliografía materialista. Por eso ha procurado servirse de la novedad heroica de las formas, de palabras burdas, que junto con el mensaje de paz traen la promesa de un castigo.

El Cristo de Papini sin dejar de ser el de la ortodoxia, es un Cristo demasiado viril, un Cristo "hombre", deslumbrante con la energía que le ofrece el látigo vapuleador de los mercaderes del templo. No es el soñador triste que quiso pintarnos Renan, asomado a las orillas de los lagos, contemplante de las llanuras desiertas, acariciador de blondas melenas infantiles. Es un Cristo acaso semejante al Cristo "feo" de la escuela rusa, ya desvirtuado en mucho por el miticismo anárquico de los eslavos comunistas; un Cristo posible en medio de la sociedad de los hombres, lleno a su vez del espíritu del Padre Todopoderoso. Aquel Cristo que Mateo pintó judío para evangelizar los pueblos de la Antigua Ley, que Marcos hizo breve y rotundo para presentarlo a sus oídores de la Ciudad Eterna, a quien Lucas ofreció delineamientos de una delicadeza ática para llevarlo a la adoración de los viejos esclavos de

Júpiter olímpico y a quien Juan el visionario describió como luz de Dios en la tierra para acabar la simiente de las herejías que aun después necesitaron de la entereza de Atanasio, ese Cristo, uno ya en las enseñanzas de San Pablo, con todos los atributos de Hijo de Dios y de Hijo del Hombre, lo presenta Papini a la meditación de los hombres del siglo en marco nuevo sobre cumbre accesible.

Jesús está con nosotros en el taller, en la oficina, en la paz del hogar; Jesús camina por nuestras mismas veredas, Jesús no se ha ido de la tierra y para hallarlo no se necesita el silencio de la cenobia, ni la disciplina conventual, ni el yermo silente. Esta cenobia, esa disciplina, ese yermo podemos y debemos lograrlos en nosotros mismos por la comprensión de la obra de Cristo. A esta comprensión "mundana" pudiéramos decir que está inducida la obra de Papini. "Para que Cristo viva siempre en la vida de los hombres, para que esté eternamente presente, es forzoso resucitarlo de vez en cuando; no para retocarlo con los colores de moda, sino para representar, con palabras nuevas y con referencias a la actualidad, su eterna verdad y su historia inmutable".

Y *resucitado* en nosotros, puro con el triunfo sobre la muerte que es vida, hacer un cristianismo social, activo en obras nuevas, que redima la tierra de un modo pleno. Se ha dicho, se ha sostenido por la crítica que es antisocial un librito manoseado por muchos y seguido por muy pocos: "La Imitación de Cristo", por Tomás de Kempis. Se le ha calificado de tratado para solitarios, cuando en todo él no se respira sino la más pura atmósfera evangélica. Mas si esta "Imitación" alabada por todos los doctores de la Iglesia encerrase en sí un presupuesto de vida anárquica, habríamos de llegar consecuencialmente a deducir que toda la doctrina del Cristo está orientada a este fin único de destrucción de la sociedad. En cambio ha sido la incomprensión anticristiana quien formulase tan errado aserto. El plan de vida perfecta expuesto en dicha obra, examinado a la luz de un criterio amplio y claro, no nos puede traer sino la revelación contraria: que mientras la práctica de un cristianismo puro no sea intención general, aquellos que la llevan a término están en el forzoso caso de acudir para su intento a la disciplina conventual, al yermo o la cenobia. Ninguna regla religiosa hállase en oposición al desarrollo y prosperidad sociales, ya que ellas bajo un punto de vista

divino, señalan un progreso extremo en el desarrollo histórico de la humanidad. La aparente oposición entre la perfecta expansión de la vida cristiana y los intereses sociales en general, ha estado determinada por la falta de matiz social en las obras cumplidas por las masas bautizadas. Podríamos decir que Cristo no ha entrado de lleno en la vida ciudadana, relegándose su existencia y su búsqueda al silencio de la vida disciplinada en campo separado de la comunidad general. Se ha ignorado por muchos que en la exposición de Jesús, existe junto con umbrales para una subida mística, toda una reglamentación perfecta de orden sociológico en sus distintos aspectos económico-políticos.

El Cristo que ofrece Papini a la admiración de los hombres actuales –pues a ellos se dirige el lenguaje de su obra– sin dejar de ser el mismo que proponen imitar Kempis y San Isidoro de Sevilla, tiene una apariencia más concordante con las necesidades espirituales de la época, se halla, a pesar de los dos mil años que nos separan de la noche de Belén, al alcance de nuestra hambre de consuelos extraordinarios. El viene a llenar un vacío literario en la época presente, urgida de incluir en sus presupuestos sociales la enseñanza nazarena y la práctica de sus altas virtudes. El ideal de solidaridad humana, tanto tiempo anhelada aun por la misma escuela neutra, sólo será próspero cuando por la compenetración del espíritu de Jesús lleguemos a definir nuestra vida con una misión elevada sobre el materialismo corriente y sobre el utilitarismo de las concepciones en uso social.

Caracas, Septiembre de 1925.

A PROPOSITO DE LA EDUCACION DE LA MUJER

Uno de los detalles más significativos del progreso social realizado en estas últimas épocas, lo determina la actuación de la mujer en el orden de las actividades externas de los pueblos. Aun fuera del hogar, donde se concreta su más alta función histórica, vemos la influencia femenina marcando horas blancas en el desarrollo evolutivo de la comunidad. La cooperación de la mujer en el trabajo de mejoramiento de las clases sociales, en la lucha directa por la existencia, en el desempeño de labores hasta ayer encomendadas a los hombres, diríase que presta una ayuda invalorable por los nuevos sentidos que ella aporta a la obra común. Una conciencia imprevista adquieren en sus manos los problemas palpitantes, una conciencia y un color que acaso no llegaran a comprender aisladamente los hombres. Pero lo más seductor de esta obra común que realizan hombres y mujeres lo determina el hecho de que éstas al inmiscuirse en trabajos nuevos aportan aquello que en ellas es propio y determinante: la característica de su personalidad femenina, suave y candorosa, junto a la rudeza de nuestro sexo. Prestan ellas así una amable virtualidad al conjunto nuevo, trasmitiendo junto con su energía cooperativa, la seducción de su persona y la delicadeza de su ingenio.

En cambio decae tal influencia hasta trocarse en fuerzas contrarias, cuando llevadas por la exaltación muy propia de quienes se inician en tareas desconocidas y cambiando el rumbo de su verdadera intención femenina, algunas abordan cuestiones que en manos de los mismos hombres adolecerían de faltas graves. Porque la mujer sólo se levanta para la admiración mientras logra conservarse en el itinerario que le demarca el imperativo de su misión determinante.

Si los hombres, acaso por desorientaciones éticas, se dan a la campaña de menguar el mérito de aquellas virtudes que desde la época austera del patriciado romano, han servido de aureola a testas femeninas, la razón de tal diatriba, aunque alarme a muchos, no involucra a pesar de su repetición un escándalo incontenible; en cambio si tal campaña de destrucción moral la inicia desde la tribuna del libro o del periódico la misma mujer que ayer lució su esplendor prestigioso, se dirá con justicia que ella, lejos de cooperar en una obra de educación y de progreso común, aporta venenosas influencias para una campaña de aniquilamiento que concluirá por aplastarla a sí misma. Es punto sencillo de observación el de que algunas mujeres al adelantar en su desarrollo intelectual, renuncian en parte a su misión histórica, comprendida en las líneas determinantes de su sexo, para implantar en su personalidad espiritual, sobre virtudes características, modalidades ideológicas que el largo trascurso de los siglos ha confirmado como patrimonios varoniles.

Miss Jean Gordon, mi diligente *land-lady*, conocida sufragista del sur de los Estados Unidos y administradora de *Milne Asylum* de esta ciudad, casa de reclusión para idiotas, propuso a la Legislatura de Louisiana en sus últimas sesiones, el voto de una ley que permitiese la asexualización de los enfermos a fin de facilitar su vida promiscua. El *bill* no hubo de pasar por todas sus características de inmoralidad, que pidieron protestas de la prensa y de las agrupaciones alarmadas ante tal proyecto de poda humana, hecho aún más lamentable por haber tenido en su iniciación un origen femenino, y el gesto de la activa Miss Jean supo poner en cambio una nota de afirmación sobre el concepto ya conocido de que cuando la mentalidad femenina se enrumba por senderos de lógica tortuosa, llega con pies más ligeros a finales que no enunciaran acaso razonamientos de hombres. Fueron más femeninas, más dignas de admiración y de elogio, las lágrimas que en pleno Congreso americano derramó, al proclamarse la guerra contra Alemania, una de las señoras que ocupaban curules parlamentarias. Porque esta última, con su claridad para cuestiones administrativas, había sabido conservar intacto en su espíritu el encanto del eterno femenino y la piedad blanda que es adorno invalorable en el alma de la mujer.

La desorientación femenina en cuestiones de orden moral llamada está a ocasionar un trastorno mayor que el que pudiera causar la palabra de los hombres. Cuando estos hablan, lo hacen desde su propio terreno en aquello que se refiere a cuestiones relativas a intereses de la mujer, su palabra de entonces es apenas un enunciado o la vestidura de una idea que bien puede pasar sin vida a la categoría de sistemas inútiles. Cuando la mujer en cambio los repite, tal circunstancia demuestra que la idea que pudo ser pasajera, es ya hecho viviente en su mentalidad propia. ¿Y marca este cambio de rumbo en los conceptos educativos de la mujer un progreso sobre el abandono estudioso en que vivieran nuestras abuelas de siglos idos? La respuesta no habrá de buscarse sino en la apreciación misma que merecen de parte de los hombres las obras llevadas a término por algunas mujeres modernistas, que trastornando el orden de su educación persiguen sobresalir con el enunciado de principios que alarman, en su contra, los más pacientes observadores. Es un hecho de crítica literaria la circunstancia en pie desde el siglo IV, cuando Ambrosio de Treveris escribió sus tratados *De virginibus* y *De virginitate,* de querer hallar en tales obras tendencias destructivas del plan social, por cuanto el cálido elogio de las virtudes de las vírgenes y de la alteza de la virginidad menguaría las tendencias naturales hacia el ayuntamiento marital. La crítica, que acaso cupiese en un plano de ideas abstractas, halla hoy en los cuadros estadísticos su mayor desvirtuación. Estos demuestran cómo el matrimonio en el medio social moderno, se encuentra en una condición precaria por la influencia que aportan a la educación general ideas opuestas a las apologizadas por el Obispo de Milán y que gozan cátedras en las lecturas favoritas de las nuevas mujeres, influenciadas por las seudo–virtudes que éstas evangelizan.

Y es que cuando la desorientación ética logra contagiar parte del elemento femenino, reduce en éste de una manera alarmante y progresiva las características que le son más amables y trueca en función contraria el esfuerzo cooperador que está llamado a prestar en el progreso social, pues la mujer corresponde de suyo llevar a la obra común su propio encanto, el sentido pleno de sí misma, colocada en nivel, no inferior, sino distinto de aquel que han dado a los hombres la historia y la costumbre por medio de una experiencia de siglos.

Nueva Orleans, marzo de 1925.

LA HORA DE AMERICA

El propósito de estrechar los vínculos cordiales entre los pueblos de América aparece de día en día más intenso. Grupos juveniles, donde campean el arte y la intelectualidad, se dan a la obra de unir los ideales distanciados de los pueblos por medio de intercambio metódico que haga la comprensión de las distintas unidades. El periódico, el libro, la tribuna son medios que los apóstoles de esta idea hermosa usan de continuo para exponer la necesidad de estos lazos íntimos entre los pueblos que fueron uno bajo el régimen colonial, caminadores por vías distintas, olvidados de su vieja fraternidad, en la hora de la plena independencia política. Los intereses de la raza parece que caminan hacia una mayor inteligencia, traedora en lo futuro de un apoyo mutuo, que crecerá en respeto y en valor nacionales. Desde el Plata hasta Río Grande cruza sobre las cumbres de los Andes avizores un hálito de confraternidad, un deseo de hacer efectiva la compactación de nuestros pueblos jóvenes. Se ha dejado sentir entre la población intelectual de América la urgencia de esta obra invalorable, no afiliada a mezquinos presupuestos sino como resultante de necesidades raciales. Porque esta idea de compactación de nacionalidades no es una idea de fines políticos para defender un orden de intereses momentáneos; ella en cambio delinea un pensamiento eterno de cooperación y de confianza, que si son necesarias en el progreso de las personas aisladas, mucho más lo son en las relaciones de los pueblos entre sí. El ideal griego de una unidad inmutable a la cual referir nuestras concepciones es aún la norma que define y orienta los rumbos del espíritu, perseguidor de las síntesis simplistas. Cuando la conciencia humana ha tenido que dolerse por el fracaso de lo que se creyera grandes construcciones, lejos de internarse

en regiones negativas, vuelve con más fe al surco en pos de una claridad nueva que oriente su jornada. No estamos perdidos y bien valiera aplicar a nuestras naciones, ya centenarias, el pensamiento paradójico de que Dios confunde al hombre con la ceguera o con la apertura de todas las puertas. Tenemos abiertas todas las nuestras.

Abiertas están a la mutua inteligencia, abiertas como para recibir el heraldo de la alianza fraterna. Abiertas con una claridad de mañana que acaso ofusque la visión de sus propios hijos, indecisos en el señalamiento de los rumbos definitivos que conduzcan a los pueblos jóvenes a la cima de esta misma unión. Sobre nuestra sociología desprovista de problemas complicados en sí mismos, pues ha sido harto lento el desenvolvimiento de nuestras masas, se levantan construcciones novedosas llenas del ideal que inspira a los jóvenes evangelizadores, a los profetas de la unión futura. Sin embargo, ha presidido el plan de intercambio intelectual hasta ahora llevado a efecto, la exaltación de aquello que nos es divergente, se ha procurado elevar a las dignidades literarias los puntos que debieran quedar en situación local. La construcción futura habrá de realizarse sobre uno o más hechos simplistas, sobre dos o tres circunstancias que no sean comunes. No son caminos para lograr una compactación venidera la infiltración de psiquis extrañas, procurando hacer próspera en campos distintos una ideología vernácula. Sin negar la eficacia ilustrativa que esta labor puede tener al lado de la otra, creemos por el contrario que cuando en un conglomerado racial existen dos o más puntos de contacto, sobre ellos deben levantarse las bases para un definitivo progreso de unificación. Destruirlos para crear una nueva ley de estrechamiento, involucra acaso tarea infantil, en la cual sólo se pondría de manifiesto el deseo de perseguir la novedad de los medios por emplearse.

Unida la América española por los nexos de una lengua común, diríase que fuera esta circunstancia motivo precioso para inducirnos a la conjunción de nuestros ideales intelectuales. Darle fuerza a esa lengua que nos hace comprender mutuamente y nos presta lazos de fraternidad espiritual, por medio de la conservación de su pureza, sería esfuerzo encaminado al logro de la venidera unificación de intereses. En los pueblos del Sur, en cambio, priva la idea, entre los mismos que desean la

América Grande, de que es necesario dar vida literaria a las formas locales de expresión. Montiel Ballesteros, antes de publicar su hermosa colección de cuentos "Alma Nuestra", de un marcado sabor pampero, nos escribía en los términos siguientes: "Los pueblos independientes deben hacerse sus instrumentos propios. Podar. Simplificar. Sintetizar. Hacer una lengua dinámica, directa, fuerte y expresiva. Voz de América". El sobresaliente escritor uruguayo expresa en tales palabras un deseo y un empeño que se están haciendo generales en los literatos americanos, muy marcadamente entre argentinos y uruguayos, entre los mismos, repetimos, que abogan por el estrechamiento de los lazos unitivos de nuestra raza sin matices definidos. Parece que hay un ofuscamiento entre estos tales, que anhelando vencer una ruta franca, danle espaldas para emprender la búsqueda de caminos desconocidos.

Exaltar nuestra idiosincrasia atávica, poner de bulto aquellos puntos que nos son generales, concretan el comienzo de una verdadera labor de inteligencia mutua. Y como sucede con el caso de los localismos idiomáticos, del mismo modo obsérvase la persistencia en infiltrar entre los programas de alianza intelectual ideas desprovistas de carácter que las haga viables en las mayorías nacionales. Y resalta aún más en este particular el deseo de ganar renombre con el enunciado de doctrinas novedosas, sobre el de contribuir a una inteligente labor de acercamiento. El fuego juvenil, la ligereza de pensamiento que caracteriza esta parte pujante de la intelectualidad continental, sirven a la vez para dar apoyo a los nuevos profetas, especuladores de una situación opima en provecho de gloria individual.

Corresponde en cambio enrumbar los planes de solidaridad americana a través de ideas fuertes en la psiquis general. Ninguna puede ser más común para toda la América que la idea cristiana traída con los tesoros de la lengua por los pobladores españoles. Nada más a propósito para el acercamiento de los pueblos hispanoamericanos que la feliz circunstancia de hallarse todos en posesión de una estrecha unidad religiosa. Elemento de suma gravedad en la compleja organización del ideario de los pueblos, los credos religiosos determinan el grado de simpatía de éstos. Puede asegurarse que en la psiquis social el contingente que prestan las creencias, señala un punto avanzado para su calificación

expresiva La ideología popular permanece cimentada sobre las pocas ideas simples que vienen a ser comunes a las masas, y en el caso de nuestra América la circunstancia de profesarse de un límite a otro la fe católica, facilita afirmar sobre ella toda una organización cultural que nos sea idéntica. Acaso los abanderados de la unión americana hayan visto con poco interés que sobre esta base de unidad religiosa se lograría levantar con firmeza el edificio a que se aspira para un próximo futuro. Valiera decir que por esta vía llegaríamos a la conclusión de que los intereses de América han sido y son siempre los mismos bajo un punto de vista espiritual y que el esfuerzo por realizarse debería de esar concretado a hacer más vivo entre las masas locales los preceptos religiosos. Por los caminos de solidaridad en los rumbos dichos, habrá de advenir sin dilación el momento en que se proceda a un examen de los demás intereses que nos son comunes. Próspera la fe que es el elemento de esta unión secular, todos los demás problemas de un color intelectual caen bajo la consideración unificadora a que nos llevaría el concepto de compactación de nuestros destinos morales.

Ningún campo más vasto ni más homogéneo para que la idea cristiana prospere en un sentido de renovación social, que este campo fecundo de la América. Hacerla crecer por medio de un riego consciente de sus fuerzas propulsoras, valiéndose de la unión de todos los círculos católicos y de las instituciones religiosas, significaría un paso largo hacia la comprensión cordial de estos pueblos distanciados, llamados a ser grandes con la grandeza heroica que delinea a los pueblos históricos.

Los esfuerzos realizados por las distintas confesiones protestantes de Europa y Norteamérica hacia el logro de una síntesis que las lleve a su unificación, corresponden al criterio aceptado de que tal inteligencia unitiva les daría mayor fuerza para los propósitos sociales a que atienden. Persiguen aquellas lo que en nuestras naciones jóvenes es ya una realidad propia, porque mientras no sea una la ideología de los pueblos, la labor de su acercamiento y de su cooperación se hace difícil y por ende un tanto inútiles los propósitos sociales que se realizan con la intención. El cristianismo católico que florece desde la Tierra del Fuego hasta el Golfo de México es garantía cierta de que en esta vasta región, a

pesar de modificaciones políticas introducidas las más de las veces de un modo violento e inconsulto, perdura un mismo espíritu de fe sobre el cual descansa un grupo de ideas que gozan de aceptación general y que servirán de base para la unión con tanto esfuerzo solicitada.

La nueva civilización habrá de alzarse en los ricos campos de América. Una civilización anunciada y presentida como el triunfo del hombre espiritual, del hombre de la paz y la justicia. En nuestros países de alma en formación prosperará de un modo intenso el ideal panhumano merced a la socialización de las masas bajo una economía cristiana, a lo cual debemos contribuir con fe y entusiasmo intensos. Acerquemos la hora de América.

Caracas, diciembre de 1925.

MOTIVOS DIVERSOS

PAGINAS SUELTAS

Muda Sapientia

A Pedro-Emilio Coll

Los más serenos y los más altos de los hombres dijérase que pecan de injusticia cuando quieren señalar en la larga línea histórica de la humanidad el nombre de aquellos que gracias a supremas gimnasias del espíritu y a prácticas dolorosas en el campo de los esfuerzos imposibles, han alcanzado para sí alturas supremas, blancas cumbres cercanas al silencio de la perfección. Y suenen perpetuamente los nombres de los iluminados, desde Sidharta el príncipe hasta Novalis y Emerson, los mismos nombres historiados por todos los críticos; con Platón, Pitágoras; con Plotino, Proclo; con Epicteto, Marco Aurelio; con Francisco de Asís, el flamenco Ruysbroeck; teoría luminosa de espíritus elevados que lograron el goce de Dios mientras su vida traficaba las fragosas vías terrestres, seres humanos cuya comunión con el infinito dábale divinísimos tonos. Ellos aparecen en el confuso panorama de la historia como fanales distanciados señalando el paso del espíritu y del ideal.

Son la vida misma hecha lengua de luces. Aquí parece que toda la humanidad hubiese hecho alto en la jornada para concentrar sus fuerzas en la iluminación de un solo espíritu, allá semeja que todo el llanto del adanita –abismado ante el misterio en que se hunden las raíces de la vida hubiese florecido en rosas solares. En una hora se han levantado desde lo inconsciente de la raza, desde las arenas profundas que tienen la razón del absurdo, para decir como torpes niños que relatasen sueños algo de la verdad en las regiones aún no descritas ni sospechadas, un eco apercibido en las cavernas del enigma.

Se les llama en justicia los perfectos. Son ellos quienes se han alzado más hacia el plano de los ángeles, quienes han realizado mayores adelantos en la búsqueda del reino interior; y los hombres admirados de la máxima jornada vencida por aquellos, los ven como los representantes de la sangre en su deseo de hacerse espíritu. Pero en la capa inferior, entre aquellos que no se ven, ¿acaso no hayan florecido espíritus que sobre disciplinas más peligrosas se han acercado más al fondo del abismo?...

Los que no se sienten porque callaron, los que se tornan torpes al golpe del milagro, los que enmudecieron en los labios porque aprendieron un lenguaje más alto, los que pasaron por la vida sin voz de profetas y de maestros, sin ruido de palabras, sin luz de miradas ¿acaso no pudieron ir aún más lejos en su dolorosa vía de perfección? Tal vez más que Pedro conoció a Jesús su hermano Andrés, siempre olvidado porque no habló en evangelios ni en epístolas. Es leyenda del medievo la del monje que ganó el desierto en pos de la verdad. "Allá la encontrarás", le dijo en éxtasis una celeste voz, pero el monje no tornó nunca. Acaso la encontró, más ésta no es para dicha, y como él tal vez cuántos seres sin nombre, supliciados en ensayos martirizantes, han inquirido con fruto en la raíz misma del árbol secular, y callado han para siempre la verdad que allí obtuvieron. Tornáronse incoherentes para quienes les oyeron, locos para otros y blancos como cumbres nevadas pasaron por la vida embelesados en su propia blancura interior. Callaron, y los hombres hubieron de quedar ignorantes del tesoro que encerraran, dando en cambio el sitio de ellos a quienes hicieron de su perfección cátedra. En silencio, como aves sin voz, se fueron de la vida y la historia ha de ignorarlos siempre, pero acaso esos que han enmudecido –¡oh, dolor del misterio!– son quienes más han visto y quienes pudieran revelarnos lo que apenas nos hacen sospechar los perfectos de la historia.

Ante unas perlas

A la señora Blanca Fallon

He visto en un primoroso cuello de mujer las perlas más hermosas que contemplaran mis ojos. Sobre la color sonrosada de la carne aparecían como rosario de lágrimas, como gotas de rocío madrugador. Semejaban, más que objeto de joyería, algo propio e inseparable de aquel cuello de exquisitas perfecciones, como si fueran una vida muerta que adquiriese nuevos ímpetus merced a los pulsos ardorosos.

Eran de una palidez mística, de un albor que hacía pensar en vellones intocados y a la vez tenían tal brillo y tal viveza que evocaban nieves dormidas bajo el beso fulgurante de un sol meridiano. Absorto en la contemplación de tan bella perlería hube de olvidar el cuello perfecto para sólo ver como en suspenso, como algo viviente, el divino sartal de nitidez. Mi imaginación llegó hasta dar sentidos espirituales a la joya impecable y cada perla me pareció poseedora de un lenguaje expresivo, cada oriente como si fuese el resumen de una vida extasiada, hecha piedra por el dolor y la oración.

Y entendí que en la pupila de la perla se aduerme una remota quejumbre, llora una larga angustia, se materializa un suspiro prolongado que tuviera eco en las profundas cavernas marinas. Tiene ella el sentido del dolor hecho material y elocuente: es como la expresión viva y perdurable de la pena materna, semejante a lágrima que temerosa de trocarse en vapor invisible, pidiese secretos a la piedra para perpetuarse llorando. Lloro del mar, angustia del abismo, queja de la ola, amargura

del gran océano, están en ella encerrados y como para dignificar esta larga nostalgia durmiente, el hombre, en su sed de belleza, trocando en rico objeto de lucro su éxtasis llorante, la ha señalado como uno de los más delicados adornos de mujer.

Y aparece la muda, la triste certidumbre de la necesidad del dolor aún para embellecer vanidosas intenciones humanas. No conocen las lágrimas, mas las ostentan en su perpetua inmovilidad como si pudieran dar con ellas una belleza nueva a sus vidas aferradas a la tierra. No son los pobres, ni los sufridos, ni los penitentes quienes ponen sobre sus carnes fragilísimas preciosa joyería; para ellos en cambio mejor que estas perlas luminosas resplandecen las lágrimas, cuyos cristales quiebran la luz iridiscente hasta hacer brillar en sus rostros orantes un beato claror. No buscan la lejana amargura del mar, ni la queja cantarina de la ola. Auscultan el dolor de la vida y, sonrientes, lo hacen luminoso hasta claridecer con él la más remota caverna espiritual. Sobre su propio sufrimiento se alzan como estatuas lumínicas y, suerte de faros, abren caminos en medio de la total tiniebla.

Hay un verdadero sentido de la vida cuando pesamos con fidelidad el fruto de la dicha y el fruto del dolor. Pasan las horas felices con una dulzura amable, con un vertiginoso giro que deslumbra nuestras pupilas atónitas. En cambio el dolor se hace de una largura interminable: estruja, muerde, quebranta; mas en el momento del análisis conservamos de las horas felices apenas un nostálgico recuerdo, mientras del dolor, pasado o presente, sentimos siempre una realidad, no ya quebrantadora, sino fuente de dulces arrobos. En el interior del espíritu se realiza entonces el milagro doliente de la perla: toda la amargura se sublima, se purifica como en fino crisol, se hace de un aroma suavísimo y de una nitidez mañanera, alúmbrala un rayo de sol y en perla se torna, en perla escondida que sirve de aderezo para fiestas interiores. Porque hay una ley universal a la cual no podemos sustraernos: La necesidad del dolor como supremo atavío del hombre: dolor que limpia y eleva las almas que siguen escaleras de cruces, dolor que brilla en reflejos materiales, orientes de perlas, facetas de diamantes –lloro milenario del carbón– para quienes engañan con frágiles pedrerías tinieblas del alma.

Nueva Orleans, 1925.

Alma Parens

Pudiera aprovecharse en un sentido cívico la recordatoria jornada espiritual cada año realizada en este segundo día de noviembre, lleno de tedio, de neblina y de un silencioso recogimiento. Omnibuses, tranvías, carruajes llenos de rosas, de claveles, de crisantemos llevados en brazos dolientes a las necrópolis lejanas, para que lloren sus odorantes rosarios de pétalos sobre sarcófagos queridos. Es floral el motivo aparente de este día, en el cual la niebla pone como un manto de candor, hasta hacer menos obscuro el recuerdo uniforme que ocupa el pensamiento aflicto de los mortales en estas horas de recatada meditación. En el espíritu, en la conciencia de estos portadores de homenajes nace a su vez la certidumbre consoladora de estar cumpliendo un deber *ex corde,* de celebrar un rito íntimo que es manantial de leticia para el ausente, para el viajero que inició antes que nosotros la jornada, *no dead but gone before,* según la síntesis del poeta.

Para el extranjero logra en cambio un nuevo significado la conmemoración de este día de luto total: nos trae la certidumbre de hallarnos en tierra muda, desprovista de atracción cordial y nos dice que sólo somos huéspedes de estas ciudades ignoradas con cuya alma colectiva no tenemos punto de contacto. En tal día sentimos que la razón de la Patria se hunde hasta la tierra misma que cubre las cenizas de los muertos y comprendemos que más que concepto político, aquella es una realidad de sentimientos trasmitidos con la sangre y de una tradición que se alarga tanto como el recuerdo de los mayores desaparecidos. Al rendir culto a nuestros muertos cumplimos una función patriótica y su enaltecimiento pudiera señalarse como una vía de educación cívica.

Pueblos que no tienen vivo el recuerdo y ardiente el fuego admirativo hacia aquellos que ayer tejieron su alma histórica, distan de tener demarcados sentimientos de nacionalidad.

Hay también una dúplice nostalgia en este día largo y pesado, en el cual las horas se prolongan un tanto más por el ocio. Sólo para nosotros los extranjeros no tienen ni significado ni misión actual estos hermosos ramos votivos buscados anhelosamente por quienes cubrirán con sus flores intocadas el laude piadoso que sella el dormir de sus mayores. Y nuestros brazos quedan vacíos de rosas en la larga peregrinación a los sepulcros. En cambio sobre la tumba lejana de algún antepasado nuestro un vacío de ofrendas hará contraste con el aromoso regalo de las otras. Vacíos de rosas nuestros brazos, vacíos de rosas los sepulcros amados, vacío, largo vacío entre nuestro corazón y la Patria, hecho intenso en este triste y meditado día de Difuntos.

Nueva Orleans, Noviembre de 1924

Lección de optimismo

Aunque Floyd Collins fuese hallado muerto en su cueva luminosa, la larga tragedia ha servido para dejar una huella consoladora en nuestra conciencia largamente atormentada. Más de medio mes duró la expectación, desde la hora en que un derrumbe interior dejase preso al explorador en su bella cueva en el Estado de Kentucky, y si hubo inquietud cuando aún el cuerpo yacente el emprisionado estaba cerca de los auxilios exteriores, mientras se le llevaban alimentos y abrigo a su tumba de piedra, mayor la hubo cuando el segundo derrumbe lo aisló de la vida, sepultándolo consciente en la ancha gruta por él mismo descubierta y explorada. Daban razón de su existencia la electricidad y la radio, y aún con más fuerza la esperanza crecedera en sus camaradas y el deseo total de que aquella tortura tuviese un risueño coronamiento. En el fondo de la cueva, sobre la tierra húmeda y llorosa, bajo las estalactitas historiadas, inmóviles las piernas por el peso del derrumbe roqueño, diez y más días vivió en una sola postura de supliciado el valiente explorador.

Muerto lo hallaron pero de sólo breves días los trabajadores que con incansable esfuerzo diuturno ahondaron caminos en la montaña para resucitar al sepultado y que ayer no más lograron levantar su cuerpo inerte. No valió el esfuerzo gigantesco puesto en juego por su vida y fuera inútil el ancho túnel abierto sólo para hallar su cadáver en el corazón hueco de la cordillera.

La imaginación de Mirbeau fue pesada para soñar suplicio semejante y aun el coro que interpretase el dolor fatalista de Esquilo y de Sófocles

nunca supo de tragedia semejante a ésta, vivida a solas, bajo tierra, *entombed* como lo precisa la palabra inglesa, por el explorador Collins; larga noche de más de medio mes viendo con ojos capaces de medir toda la tragedia horripilante, cómo se achicaba la rara arquitectura de su fosa, esperando acaso con esa fe inquebrantable de los resignados, la hora nunca llegada de su próxima liberación.

Pero si la pica sólo halló los despojos húmedos del atormentado explorador, si hubo una palidez de fracaso en los rostros anhelosos de aquellos que esperaban oír el "levántate" final, en cambio esta espera inquietada de tantos días ha sabido dejar una huella luminosa en nuestro espíritu, como si perdidos en la noche hallásemos sobre el fango del camino, perdurable por su propia luz, el rastro de unos pies divinos.

En todas las ciudades de la Unión ha habido durante una larga quincena un voto prolongado por la vida de este sepulto. Todos los periódicos en sus triples ediciones consagraron columnas a relatar el estado de las obras salvadoras y los pormenores de su dolor alargado por la inquietud, hecho intenso también en todos los corazones inclinados sobre tamaña amargura. Y la tragedia de Cave City fue sólo el centro de un dolor colectivo, el corazón de la pena común que contristase a la Nación, apareciendo a ojos reflexivos como un reflejo de la solidaridad universal de nuestro dolor de hombres.

La prisa, la diligencia que empresas, autoridades y particulares pusieron en juego desde la hora inicial, para ver de salvar la existencia del desgraciado héroe de esta callada novela subterránea, se contemplan como actos supremos de una piedad poco usada por los hombres para con sus semejantes. La actividad social puesta al servicio de este solo hombre, un hombre, una vida apenas, que no representaba más que la de cualquier otro vecino, aparece como una bella lección de fraternidad y de respeto humanos que valiera tenerse siempre presente. Este proceso doloroso de diecisiete días en el que toda una gran Nación se conmovió ante los sufrimientos solitarios de un hermano aprisionado por la naturaleza en un hueco de la tierra, sin pan, sin agua, sin abrigo, cristaliza un concepto menospreciado mil veces: el inapreciable valor de la vida humana, aunque esta vida sea la de un mútilo, aunque esta vida mañana no pueda corresponder con beneficios a la colectividad.

La incomparable diligencia, la anhelosa inquietud con que el público gigantesco de este continente miró el proceso mortuorio de Collins, en lo cual no hubo curiosidad sino dolor contagiado, nos ofrece una clarísima lección de fe en los destinos espirituales de la raza. Ha habido una opima enseñanza de piedad activa, de piedad de todo un pueblo ante la desgracia de un solo hermano, piedad que evoca el celo de la mujer que perdió un dracma y encendió una vela de mayor valor para buscarla, historiada por el Nazareno en sus parábolas divinas, piedad que urge incluir en los nuevos presupuestos sociales de los pueblos por medio de la educación y de la práctica, como elemento de poderosísima influencia para el avance de los hombres, guiados sólo por el itinerario que les demarcan sus instintos inferiores.

Y dijimos por tal que esta tragedia de un solo hombre ha sabido dejar una huella en nuestra conciencia largamente atormentada, ha sabido dejar una alegría nueva, una confianza viva en la nobleza espiritual de los hombres ante el dolor fraterno, que hace contraste con la indiferencia observada a diario para con el doliente callejero. Constituye como una mira para los planes de la nueva justicia colectiva, más saturada de amor que de deber...

Nueva Orleans, febrero de 1925.

GLOSAS MISTICAS

La sábana blanca

Marcos. XIV. 51. 52.

Después de la traición y del abandono. Ya aquel que ha cambiado rebaños de almas por treinta monedas, puso su boca mercenaria sobre las mejillas del Dios encarnado, y los otros once, atónitos y cobardes, han huido temerosos de la justicia farisaica. Solo, entre la infame soldadesca guiada por los pasos del rebelde, camina el Divino resucitador, solo porque en la tierra no tiene padre, ni hermanos, ni amigos, todo lo suyo es de otro reino y hacia él lo llevan inconscientemente estos pobres gendarmes del Pretorio. Apenas un mancebo envuelto en una blanca túnica hace compañía al prisionero glorioso.

¿De dónde ha surgido esta alba sombra de acompañante? Sólo él es blanco en la negra noche del abandono y la falsía. Es de una pura blancura mística su aparición en el relato evangélico, blanca su carne que iba envuelta únicamente en la túnica hurtada por los sicarios del deicida, blanco su espíritu que debió de lavarse en el agua cristalina de la prédica nazarena, blancos sus ojos en el espanto de la traición y del crimen ¿Será un símbolo sólo o una realidad piadosa la presencia de este joven semidesnudo en el teatro del gran delito? ¿Símbolo de Jesús que subirá desnudo de toda cosa humana a la casa de su Padre? ¿Símbolo del Evangelio que quedó como blanco manto de purificación en manos de los mismos hombres que criminaron?...

Símbolo o realidad, la presencia de este mancebo y de su túnica nívea acompañando a Jesús en la natividad de su calvario, tiene un sugerente

encanto místico. Todo no fue negro en aquella hora pesada de abandono, cuando se van los predilectos del Maestro, aquellos en quienes El depositara el poder de su nombre, surge de la obscuridad del huerto sacratizado por el dolor de un Dios, la incógnita figura de un joven que le adoraba callando. Acaso este devoto mancebo reconociera a Jesús después de abandonada la casa del discípulo secreto, donde acababa de ofrecerse en pan y vino a la humanidad que pedía su sacrificio, y en la alta noche, clara noche de Palestina, siguióle con silencioso alborozo al olivar santo; tal vez mientras los apóstoles dormían, él expiaba al Divino maestro que hablaba con su Padre y con más amor que los amigos fugitivos, quiso seguirle después de la traición. La soldadesca apresó su túnica y él se perdió en el laberinto de la selva milenaria, donde su cuerpo desnudo sufriera acaso el castigo de la intemperie, y los enviados de Caifás al entrar al alto tribunal con el divino indiciado, llevaban dos trofeos: al reo miserable, al trasmutador de la ley, al farsante, al engañador de los ilusos galileos, y un lienzo blanco, sin ninguna desgarradura, sin mácula alguna, lienzo pío que sólo había cobijado la más pura inocencia y los sueños más dulces de una alma juvenil, lienzo que ha ido creciendo a través de los siglos y del cual cortamos una pequeña parte, un jirón minúsculo, para vendar nuestras heridas más dolorosas y adornar con sus hilos entretejidos el altar de nuestro espíritu cuando hace su epifanía la fragancia de la pascua florida.

El ciego que no vio los hombres

Marcos *IV. 24.*

Traía el ciego una interior visión inexplicable. No veía el alma al nivel de los ojos mortales, en cambio había subido hasta alcanzar una visión ofuscante y obscura por demasiada luz. Alma que no veis las materiales cosas del mundo ¿en qué éxtasis se dilata vuestra pura substancialidad? Tienen los ciegos el secreto de comprender sin ver, el poder de adivinar la presencia que no se hace sensible aún. Fue en Betsaída donde Jesús curó aquel ciego suplicante. ¿Qué miráis ahora?, le interrogó el taumaturgo. *Hombres que parecen como árboles,* fue la respuesta del bendecido por el milagro.

¡Hombres que parecen árboles! Su vista estuvo tornada hacia adentro, mas en su obscuridad interior aprendió a distinguir árboles de hombres. Supuso que éstos no tenían raíces sembradas en la tierra como aquéllos, creyó de los unos que fueran perfectos, de rostro resplandeciente como el de los ángeles que viera en sus largos soliloquios y que un tinte jubiloso debiera adivinarse en ojos capaces de ver la vida, suerte de ventanas desde donde se saludasen en silencio almas hermanas. De los otros pensó que eran pura tierra, algo como brotes que de adentro se dirigiesen al cielo, pero siempre tierra pecaminosa, pesada y torpe. Cuando el Divino suspendió el eclipse de sus ojos, vio a los hombres tan lejos de ser como él pensara, tan llenos de materialidad, con raíces tan terrestres, que apenas dijo: semejan árboles.

Y árboles son aún después de dos mil años del milagro. El hombre cuyas pupilas claridecieron en Betsaída tal vez, insensato, buscará la perfec-

ción de su vista, ya que ha sido imposible para él encontrar a los hombres en la plenitud de su belleza ¿Dónde están los hombres?, pregunte acaso el antiguo ciego y queda en pie la dolorosa convicción: ciego, los imaginarás hermosos y puros, mas si llegase a ver la humanidad, semejan árboles. Pero aún fueron más felices que los nuestros los ojos resucitados a la vista: junto a la frondosa arboleda humana contemplaron al hombre hecho divinidad. Acaso semejante a El eran los hombres vistos por sus ojos ciegos en las cavernas de su ensueño.

Caminos en la arena

Juan. *VIII. 3. 13.*

No es el camino del escrúpulo, ni el del temor, ni mucho menos el de una candidez inactiva aquel que conduce a las cumbres serenas y avizoras de la justicia plenaria; en cambio ese camino está en ti, está en mí, se desliza entre sombras en todo espíritu humano, es patrimonio nuestro, es algo que nos pertenece como un sentido que fuese consustancial a nuestro ser, sólo que no logramos tener la emoción que llamado está a darnos, tal vez por prejuicios de cultura o por hacer mal uso de nuestra fuerza reflexiva en tales casos.

Hay una vía hacia la justicia total cuando nuestra parte inferior, esa cara del alma que tiene zalemas para la bestia, se revela en nosotros en un anhelo de dominio sobre todas nuestras personalidades activas; en medio de esa lucha, en el desequilibrio de la pasión que grita hasta tornar grises los parajes albos de nuestro ensueño superior, en medio de inquietud interna que como ola embravecida altera la serenidad de nuestras riberas espirituales, lograse en cambio una visión amplia y comprensiva que permite barruntar senderos capaces de elevarnos hasta alturas de una equidad tocada de divinas unciones.

Aquellos que han sufrido el dolor de los abismos ennegrecidos están así más cercanos a esa justicia total que quienes llevados por la gracia ascienden serenos a los montes de la perfección: el eterno coloquio de estos últimos tiene su alma en suspenso, arrobada en panoramas distantes de la tierra pecaminosa y suplen su incomprensión del dolor con su amor largamente espiritualizado.

Jesús escribió en tierra el código de esta justicia amplísima y fue entonces la única vez que su pensamiento lejos de expresarse en discursos perfectos, solicitó el auxilio de convencionales caracteres. Frente a la adúltera escarnecida el Divino se inclinó para escribir ...y escribió largamente ¡malhaya el polvo movedizo! y sus palabras de leerse hubieran atormentado perpetuamente a los descendientes de aquella chusma dispersa ante la claridad de su respuesta. No explicó el Maestro como lo acostumbraba con frecuencia, el sentido de su actitud a los doce electos. Sólo la pecadora hubo de descifrar la sentencia de la arena, que fuera acaso el enunciado de una doctrina de clemencia aún más patética que la que hiciera eterna la gloria de la Montaña.

Porque la pecadora había sentido acaso el nacimiento de esos tortuosos senderos que llevan a la plenitud de la justicia, de esos caminos que sólo podemos hallar en nuestro propio interior, en los lindes del subconsciente observante de la carne, teatro de torturas sin cuento, y porque la visión amplísima sólo surge para aquellos que han sufrido persecuciones en nombre de la misma justicia, de su misma justicia interior. Para quienes han batallado sobre su propio campo doliente.

La ruta milagrosa

Lucas. *XVIII 37.*

Las palabras tienen un sentido de profunda tristeza, son de una sugerencia nostálgica, como si nos trasmitiesen la impresión de una larguísima orfandad. Al darnos un reflejo material de aquella época prodigiosa que fue testigo de la vida carnal del Nazareno y transmitirnos la realidad de su humana existencia, sirven también para indicarnos cuán lejos estamos del milagro. La frase es de Lucas al referirnos cómo respondieron a la pregunta del ciego de Jericó "que era Jesús Nazareno que pasaba de camino".

Ahondando su sentido se desprende de ella un concepto de marcada indiferencia de parte de quien así hablase al obscurecido. Y a nuestra imaginación viene el paisaje bíblico: la tarde ardorosa, la línea en que cielo y lago se besan, el camino árido como el corazón de los escribas, el cubo de piedra que es la casa oriental y perezoso a su puerta el interrogado. Cuando la tropa evangélica va cruzando el camino, el ciego se alarma por el ruido y el que tiene los ojos esplendentes acaso ve sin interés cómo pasan Jesús y sus discípulos...

Oh, dichosos tus ojos que pudieron ver cómo cruzaba los caminos del mundo el Padre de las almas, tus ojos que vieron sin querer ver, tus ojos obligados al acaso a contemplar el milagro que no buscaron. Dichosos tus ojos aunque tus labios mostrasen al hablar pecaminosa negligencia, dichosos más que estos ojos nuestros inquisidores por los cuatro rumbos de la tierra de la huella del Crucificado, que aún va de camino por el

mundo como en aquella ardorosa jornada evangélica. Y mientras tú ¡oh, ignorado testigo del milagro! no necesitaste orientar tu mirada para admirar al Divino vagabundo, nuestras pupilas se abisman en vano contemplando los largos caminos interiores en busca siquiera de su sombra fugitiva de nocturno ladrón. Y mientras tú veías como iba de camino el visionario sin intentar arrojarle tu capa para que ardiese menos la ruta caliginosa, nosotros en cambio en nuestra larga espera, hemos sacado a la vía anchurosa nuestros corazones anhelantes para formarle como blanda alfombra.

Y aún no le vemos como tú le viste y si acaso pase, tal vez los cuidados de la tierra dominadora nos obliguen a mirar hacia la casa vacía cuando El alumbre la ruta desierta.

La última leyenda

Juan, *III 5.6.*

El religioso escribe, escribe en su celdilla cuajada de penumbras. Hay una claridad trasparente sobre las cosas exteriores. Es media tarde y el panorama lontano se divisa desde el angosto ventanal todo lleno de sol reverberante. En la mesa de labor hay abiertos libros de pastas untosas, que parecen conservar las huellas de muchas manos pretéritas. Un reloj de arena marca el paso de las horas, junto a una pequeña escultura del Crucificado. Muchas cuartillas indican un trabajo pesado, de días, de meses, acaso paciencia de muchos años. El escritor deja en veces la pluma, consulta varios volúmenes, dirige una mirada a las vegas distanciadas y torna a su tarea después de profunda meditación. En el momento en que entramos a la celda su atención se dirige a un manoseado versículo de Juan, donde se resume toda la esencia del cristianismo. Y el religioso reconstruye la escena nocturna: Como una sombra se desliza la figura de Nicodemus por el amplio patio judaico. Viene de la mansión de los esenios lleno de recatado silencio. Oyó hablar de Jesús, vio sus ojos y acaso oyó la armonía de su palabra oleosa. Las estrellas cantan con voces inefables en la ancha bóveda, mientras cae su luz como mensaje de amor sobre la tierra fría. El visitante habla al Maestro en nombre de su secta, le pide la clave de sus enseñanzas, fuertes como para resolver el pueblo humilde, y en su discurso lleva a Jesús hasta expresar la maravillosa condición del segundo nacimiento. ¿Entendió el huésped silente la verdad de la máxima respuesta? ¡Nacer para la gracia después de muerte interior! Y el trabajador consulta nuevos textos. "Y aún no has resistido hasta derramar la sangre", lee

luego en el Apóstol. Hasta derramar la sangre, hasta aniquilar la vitalidad con que domina el hombre viejo que debiera estar ya muerto para el segundo nacimiento. Y prosigue la labor de anotaciones pacientes, con un recogimiento delator de una profunda paz espiritual, crecedora en esta hora vecina del crepúsculo. "Preguntaron al amigo qué empresa llevaba en su estandarte el Amado, y respondió que el de un hombre muerto". Toma del *Blanquerna* el estudioso. Escudo de muerte, escudo de dolor, estandarte de mortificación para el hombre común, para el hombre que pretende elevarse. En la imaginación del religioso se hace el gonfalón dorado con el yacente en medio. "Han taladrado mis pies y mis manos y cuentan mis huesos y me miran y contemplan", resuena el Salmo en el espíritu atento del contemplativo que quiere asirse al estandarte del Amado, acaso con un deseo de muerte para alcanzar la vida nueva. Se oye apenas el paso de la pluma sobre las cuartillas albas. La tarde se va dorando como un vasto campo de trigo. Es largo el escribir piadoso. La brisa trae frescuras de huertos distantes. La esquila anuncia el descanso del aprisco nevoso. En el ambiente hay un místico recogimiento que invita a profundos de deliquios. El escritor derrama arenillas sobre la larga escritura, cierra los libros y se acerca a la estrecha ventana en pos de mirajes caprichosos. El alma parece que se hace una con el espíritu vesperal y que se hunde en el seno de aquel silencio profundo de las cosas. El religioso repasa la mañana de su vida, discurrida en muy apartados sitios. Está viejo y la memoria desfallece al evocar sus horas primiciales. Fija recuerdos: el alero familiar, el campo vecino, la escuela bulliciosa, los ojos dormidos.... ¿Por qué ha temblado el santo? También vio él otros ojos que le fueron amados, ojos embrujadores, ojos de muchacha quinceañera, ojos de novia que se durmió en la muerte. Y la memoria que desfallecía adquiere fuerzas por milagro de aquellas pupilas descoloridas, hay como un soplo de juventud en su vida, ardiente por el recuerdo. ¡Señor! y tanto escribir, y tanto pensar, y tanto martirizar la carne para que muera totalmente para la gracia, y aquella reclusión, y aquel humano silencio, y aquel abandono de las cosas del mundo ¿aún no apagan mundanales apegos? Se dirige a la mesa, toma la pluma y escribe de nuevo, escribe mucho, con emoción febril. La noche se ha entrado por completo y da fin a su labor. Pone de nuevo arenillas en las páginas y lleno de paz lee los pliegos últimos: "Como moneda que se funde de nuevo debe ser la vida

para el segundo nacimiento. Es necesario destruir toda leyenda en el metal para que surja el nuevo símbolo económico. No podrían grabarse dos valores sobre el mismo disco. Por un procedimiento idéntico debe matarse aún la menor huella de la vida pasada para que surja el hombre nuevo. Mientras el recuerdo perdure como inscripción de los antiguos valores, aún no ha venido a la vida el ente pleno"...

POEMAS MINIMOS

Como las aguas dormidas...

Yo he creído sentir junto a usted el suave ruido del agua deslizándose, cristalina y pura, símbolo de ensueños, imagen de esa dulce simpleza de las almas elevadas. Una fuente casi muda imagino sea la mejor empresa para un escudo suyo, una fuente cuyo murmurio fuese tan leve que se confundiera con las voces del silencio. Nada tan semejante a usted como el encanto de las aguas dormidas: aguas dormidas parecen sus ojos azules, aguas espejeantes semeja ser su alma tranquila y hermética. Pero esa fuente que yo evoco para simbolizar la seda de su espíritu no la quiero sola en su escudo nobiliario. Otro cuartel ocupará una fina torre ebúrnea, brillante a los rayos solares, alta torre donde parezca anidar perpetuamente su ensueño, fina torre que dé la impresión de un largo viaje hacia altas regiones estelares.

Son símbolos suyos el agua y el marfil. Tiene usted la pureza encantada de las cisternas silenciosas donde parece que duermen las grandes quejas de la tierra, tiene el misterio de una cisterna donde se hubiese hundido para siempre el anillo de una próxima nupcia. Aguas serenas de su espíritu, que sí dan un perpetuo ejemplo de serenidad como en los lagos muertos, invitan a buscar su fondo lejano como en la muerte ritual de Luis de Baviera. Sus ojos que también evocan aguas somnolientas, dijéranse puertas de su alma, celestes portales desde donde se divisa como en una lontana visión de amanecer el espejo serenísimo de las aguas de su espíritu.

¡Marfil de su blancura!... Blancura de hielos imposibles se sueña cuando se está a su lado. Toda blanca como un perenne pensamiento místico, blanca hasta sentirse junto a usted el frío de una alta cumbre nívea. *Turris eburnea* como en la liturgia lauretana. Elevado su espíritu como si fuese una fina torre, blanco su espíritu como torre de marfil.

El niño muerto

Hoy he visto un niño muerto que semejaba dormir. Se había tornado blanco como un pañuelo de novia y sus ojos parecían a punto de abrirse nuevamente. Ante el trunco milagro de su vida pensé silencioso: si este niño que aún conserva sobre sus cabellos blondos la huella del primer beso maternal y la huella del último beso de los ángeles que plasmaron su espíritu, si este niño cuya alma debe haber reído ante Dios apenas muerto, ah, si este niño primoroso volviese de nuevo a la vida y sus labios sonriesen y sus ojos mirasen como antes, sería entonces como una aparición de divinidad sobre la tierra, para sus pasos no habría obscuros senderos, para su hablar no se hallarían respuestas, ah, pero si este niño viviese de nuevo sería una triste criatura solitaria, ¡para él no habría amigos, ni hermanos, ni madre!... Y miré fijamente sus ojos para ver si estaban bien cerrados.

La muñeca rota

Al encontrar entre sus viejos recuerdos infantiles su muñeca rota, suspiró largamente y secó las huellas que sobre su rostro triste dejaran las lágrimas. El se había ido y jamás tornarían a sus oídos sus palabras cálidas. Toda una vida ofrendada a su cariño la había tornado lánguida. El la llamó muñeca cuando en su brazos se pusiera pálida. ¡Muñeca, muñeca!... como esta que fue en un tiempo bella y sólo es ahora un conjunto de cristales rotos.

Primera comunión

¡Mariposas blancas, margaritas de nieve! Diez, quince, veinte. Castas abejas dieron la cera para sus velas votivas, primicia de limoneros son sus coronitas simbólicas. Como alegre parvada de mañaneros pájaros van a la Iglesia a buscar a Dios. Otros han ido mil veces y han regresado tristes y solos como largas sombras crepusculares. Iban negros por la vida y en estas muchachitas blancas se ríe Dios como reía en Belén. Ellas han comulgado sin comulgar.

Alegría infantil

Sobre el suelo está roto el espejo y llora el niño sin cesar. Entre sus juegos, éste de reflejar el sol sobre el rostro de los otros pequeños y hacerlos gritar, es el que le agrada más desde que descubriera esta rara virtud del cristal... Después, junto a los restos del espejo de jugar, ríe el niño como riera cuando a sus amigos hacía gritar, porque ha descubierto que un pedazo de cristal, aunque pequeño, un vivo rayo puede reflejar.

Las dos monedas

I

Vil moneda, sucio cobre venido hasta mí, en la página diminuta de tus caras, leo muy a pesar de tu silencio, el largo dolor de tu éxodo. Cuántas veces te has lanzado desde la mano del caritativo, como gota de consolación, sobre la mano sarmentosa del pobre suplicante, para hacer fiesta en su miseria, tan ínfima que la llena tu pequeñez de auxilio. Entre el sucio pañuelo del mendigo has vivido bajo solícita vigilancia, como tesoro de rey, ofreciendo a su imaginación hambrienta la promesa de un

mendrugo. Llevas en ti la sustancia del dolor que se alarga hasta los labios pordioseros, perdura en tu dureza la angustia de los dedos crispados y temblorosos. Sintetizas la piedad silenciosa de quien no pudiendo ser más largo, acude a tu pequeñez para aliviar fraternas miserias. Eres como un símbolo de todos los dolores callados que tocan con aldabadas tímidas los corazones generosos. Encarnas la amargura cotidiana que escribe en tu anverso el ruego perenne, mientras en tu otra faz un laude misericordioso graba la piedad que aún vive en el espíritu del hombre.

II

Disco deslumbrante, oro que expresas el ensueño perenne de los hombres. Tienes en tu resplandor una larga historia que no vio el brillo del sol, sino la pecaminosa penumbra de los atardeceres voluptuosos. Conoces el interior de las alcobas violadas y el secreto de las conciencias que se rinden a tu imperio. Sirves para las grandes empresas donde la voluntad de los hombres cubre solícita los manantiales de do manas. Contigo se tejen túnicas fuertes para vestir interiores desnudeces, y al recuerdo de tu eficacia indiscutible los descaminos adquieren morales rectitudes. En tus caras esplendentes, con escritura indescifrable, se han puesto siempre las promesas farisaicas.

Pax

Con el suyo son cuatro los lechos. Todos blancos y frescos, servidos acaso por manos candorosas, semeja que las telas intocadas acabasen de ser puestas concluido apenas el último sueño mañanero. Junto a los lechos, húmedas rosas recién venidas del vecino patio, cortadas cuando el sol aún no había secado el rocío de sus pétalos y llevadas hasta la alcoba por la más amorosa diligencia. Diríase que vírgenes prometidas

pasan allí sus últimas vigilias plenas de pensamientos, y si preguntáis a ella quiénes duermen sobre tan blanca encajería, habríais de ver la más clara y dulce sonrisa nacer sobre sus labios temblorosos y os diría con una encantadora sencillez que son los lechos de sus tres hijos muertos, mozos robustos que no tornaron del campo de batalla después de la victoria.

Muñecos de barro

Los niños pobres pasan alegres sus horas con sus muñecos de barro. El más pequeño de ellos es quien mejor los hace. Unos reúnen la tierra fina, otros traen el agua y para quemarlos después de bien soleados, algunos traen trozos de leña. Es su fiesta hacer con ellos tropas, señoras con sus criadas, vendedores de frutas. Los niños ricos juegan en cambio con finos muñecos hechos en famosas fábricas, complicados y bellos, con resortes y adornos ingeniosos. Cuando el niño rico ha visto a los arrapiezos jugar con sus pedazos de barro, ha empezado a reír como un cascabel y ha puesto su burla sobre la alegría de los niños pobres. Estos se han tornado tristes, pero el más pequeño, el que mejor trabaja los muñecos, ha preguntado quién hizo los muñecos del rico.

La clepsidra

Cerca de mí, en el silencio misterioso de la hora, oí una voz muy clara que me decía: ¡oye!, pero en el silencio no había ni una vibración sensible, ni una nota vaga, ni un lejano ruido que pudiera oírse. ¡Oye!, volvió a repetirme más cerca la misteriosa voz, y entonces, mientras se hacía más mudo aquel silencio, sentí el murmurio de una lejana corriente, las notas de cristal de una cascada, pero hondo, muy hondo, adentro, muy adentro, donde el corazón como clepsidra dolorosa deja caer a cada instante una gota sangrienta de vida.

Ojos de la tierra

Esos pozos dormidos y mudos, olvidados en el corazón de las montañas vírgenes, en cuyas aguas inmóviles no se ha retratado la faz de ningún explorador, son como ojos de la tierra que desde su corazón de fuego mirase los cielos remotos y estelares. Aguas puras, tranquilas, cuyos cristales ignoran la caricia de la quilla y que fuera del cielo sólo han retratado el vuelo de garzas y gaviotas, aguas ignoradas en los laberintos selváticos, son como ojos humílimos y tristes, lánguidos entre sus frondosas pestañas de árboles. Ojos de la tierra, profundos como un dolor sin palabras, extáticos en la contemplación del cielo, como si fueran los ojos de un torturado penitente.

Primavera de invierno

Ya no puede con sus años la blanca anciana: tres generaciones ha dado al mundo, y está cansada y trémula, mas es de verla cuando de mañana toma el sol en el jardín con el último nietezuelo en brazos. Entre rosales y jazmineros luce como un viejo árbol abatido por el más cruel de los inviernos, en cuyas ramas desnudas abriese odorante rosa primaveral. Flor trasplantada a un viejo tronco sin savia, blanco nidal en rama sin hojas, tal el nietezuelo lleno de risa en los brazos de la anciana, infantil en su nuevo candor octogenario.

Rosas

Entre la muchedumbre se destacaba la vendedora de rosas: rosas primiciales de la nueva primavera, que pasaban como en una fragante evocación de carnes intocadas. Las gentes las veían, gustaban sus

aromas y exclamaban, ¡qué bellas!, sin comprarlas. Más tarde vinieron los vendedores de flores de artificio, qué maravilla de obra, dijeron unos, ¡más bellas que las otras!, exclamó alguno. Luego, todas las flores de trapo se vendieron y por la tarde la vendedora de rosas reales veía cómo se deshojaban las suyas, evocadoras entonces de una ofrenda funeraria.

El barco

El buque llega después de humeantes saludos y la mayor parte de quienes esperaban en el muelle se precipitaron a bordo: gritos de alegría, saludos entusiastas de novios, de padres, de hijos y de amigos. Los curiosos, los que a nadie esperábamos y sólo habíamos ido allí por ocio y diversión, no nos alegrábamos con la fiesta que nacía en rostros y en pañuelos. Pero cuando la mayor parte de los pasajeros había bajado, observé junto de mí a una joven enlutada que a nadie saludaba, quise interrogarla, mas la clausura de sus labios hubo de indicarme que su espíritu soportaba el peso de una larga pena. Por la escalera bajaron una caja negra: un pasajero muerto, al que esperaba la pálida enlutada; y todas las miradas de los curiosos, de quienes no esperábamos a nadie ni habíamos reído con la fiesta de los amantes, de los amigos y de los hijos, buscaron como avisadas a la muchacha triste, cuyo silencio se tornara en lágrimas.

Zapatitos vacíos

Sola está la madre. En la cuna sonríe el pequeñito muerto. Dos años apenas, inconsciente montón de pétalos, pero era un rayo de sol su perpetua alegría sin razón. ¡Qué ingrata compañía es aquella soledad de angustia! Como pensando en otra cosa se extasía ante la negra sombra que envuelve el jardín cercano, donde el niño iniciaba sus aventuras con muñecos de cartón. Dos minúsculas manchas blancas dominan la espesa sombra. Son los zapatitos de raso del pequeño muerto: están vacíos y solos como su corazón de madre.

Cielo estrellado

Rota está la techumbre que cubre la miseria de sus vidas dolorosas. Por los grandes huecos se ve el cielo infinito y en las noches claras, los niños vigilantes se complacen desde sus duros lechos en contar las blancas estrellas luminosas. Para su miseria no hay caridad, más su miseria les ofrece en la noche, cuando todos duermen, el dulce regalo de contemplar el cielo. Imagen del dolor que hace de las heridas que no cierran ojos para admirar estrellas invisibles.

El camino

En medio de la selva frondosa se abre el amplio camino. Está blanco por el sol mañanero y por las flores que han rodado hasta el suelo desde los altos árboles. Ancha vía que se desliza con una regalada suavidad, sin piedras que mortifiquen los pasos del viandante, sin honduras que hagan fatigar las jóvenes acémilas. Le dan sombra los verdes quitasoles arbóreos y música la fuentecilla humilde que corre a su vera como un deseo de ocultarse de pecadoras miradas. Pájaros matinales cantan desde invisibles nidos con voz más clara que la fuente. Una carreta espera la sumisa yunta que habrá de llevarla adonde quiera el gañán. El camino es admirable para una larga jornada, pero las jornadas largas casi nunca se hacen por vías tan amplias como ésta. No pide la ruta pasos angustiados de viajero madrugador, en cambio hace suponer que a esta hora fresca de la mañana esté próxima a cruzarla una rústica pareja de desposados que fueran a la capilla más cercana a buscar la bendición para su amor o una parvada de primeros comulgantes vestidos de blanco y con velas de cera en sus castas manos. Al paisaje del camino quedaría acaso muy bien en las tardes, cuando el sol haya puesto sobre su manto polvoso un oro moribundo, la presencia de frescas muchachas de campo, adornados sus cabellos con flores silvestres y portadoras de olorosas frutas en primitivos canastos de bejuco.

Como el amplio camino diríase el espíritu de tales traficantes. El corazón de los enamorados vecinos al primer beso, el alma de los niños inocentes que aún pueden recibir a Dios sin profanarlo y el pensamiento casto de las mozas del campo, parecen ser iguales a estas rutas abiertas con regalada amplitud en la mitad de las selvas umbrosas. Caminos generosos regados con el sudor de francos hombres montañeros, dirigida su construcción por un voto y un deseo de descanso, caminos hechos sin ese fin de llevar pueblos a la disciplina de la industria que preside la apertura de las valiosas carreteras modernas, caminos cortos las más de las veces, cortos como las horas de bondad de los niños, de embeleso de los enamorados y de sencillez de las vírgenes campesinas, remansos apenas en la larga vía del viajero, breves instantes de sombra para el fulgurante sol de los inacabables mediodías que doran la campiña.

El huerto

Naranjos votivos, árboles que son un símbolo, naranjos que florecen para las almas dormidas y temblorosas, blancos como los jazmineros, amargos como la reseda de viajante aroma, árboles que tuvieron raíces en la tierra primicial de nuestro espíritu y que dieron una total blancura a nuestras mañanas infantiles.

Diríase que es harto uniforme el don del viejo huerto. Sólo interrumpen la blanca monotonía de los naranjos, el jazminero que aromatiza bajo el claro sortilegio de la luna y que en la mañana es lloro de nieve sobre la tierra humedecida, y la reseda, planta la más vieja allí sembrada, que pone su fragancia viajante en las tardes llenas de sol moribundo. Mas en todo el huerto albea el místico encanto de los naranjos que evocan almas dormidas y temblorosas con su simbólico florecer: el azahar en el capillo del recién nacido sobre quien caen lustrales aguas, la primera comulgante con su corona formada de botones sellados, la novia pensativa que los ciñe por la postrera vez, la cándida novicia que toma el velo de las oraciones interminables para conservarlos siempre frescos y la virgen

muerta que los ostenta sobre su frente blanca como un perdurable trofeo, como perpetuo tesoro que supo salvar de las tentaciones voraces de la vida. Acompaña al huerto en las tardes un silencio gris, un prolongado silencio que la suave corriente del agua traedora de frescura no logra interrumpir: es un silencio de ausencia, de ausencia de manos que acaricien las hojas temblorosas, de labios que formulen una promesa bajo los azahares, junto a los jazmineros, embalsamado su aliento por el inconfundible olor de la reseda.

Quietud en las bardas, soledad en la vieja cancela, mudo el cerrojo, mas el alma del huerto cerrado se sale tal una copla odorante bajo el tibio sol de la tarde, pálida como lámparas agónicas en altares campesinos.

Las dos tiendas

Quedan en la misma calle, frente a frente. Pequeñas las puertas de la una, fastuosa la entrada de la otra. En la primera sólo se venden muñecos de cartón, soldados de palo, aparatos mecánicos de lata, toda la fauna en lanas rellenas de algodón. Al palacio vecino se acude en pos de los pórfidos tallados, de las turgencias marmóreas, de todas las maravillas que el arte y el lujo fabrican para vestir viviendas de los potentados. Con bolsillos pobres se entra en busca de los muñecos de madera, que en los niños pondrán fiesta de risas. Y cuando los pequeños duermen, mantienen ellos perdurable su inquietud como testigos fieles: cada animal, cada pedazo de cartón, cada lata pintarrajeada tiene en sí la historia de un largo momento de festividad pueril.

En la soledad de las grandes salas, mirándose perpetuamente en el mar de las lunas venecianas, los mármoles fastuosos, los pórfidos tallados, los metales labrados en formas primorosas, observan una rigidez inconmovible, como si se hastiaran largamente del diuturno silencio que envuelve su belleza. Acaso conozcan su historia y evoquen el recuerdo de la vía dolorosa por donde han venido.

Hojas amarillas

Desde mi lecho, a través de los claros cristales, sólo se ve otro cuerpo rojo del Hospital. Nada de cielo, ni un filo; tampoco la verde ramazón de un árbol, ni una hoja. Sólo un rojo montón de ladrillos con ojos, mil ojos de ventanas. La construcción es nueva pero a mi vista tiene el aspecto de una vieja fortaleza, de un castillo fantástico del siglo XVI. Visión de presidio, cuadro de penas, trae a la mente enferma este rojizo montón de ladrillos: prisión para la carne que fuera salvada de las voracidades del sepulcro, prisión para el espíritu que estuvo a punto de abandonar la carne corporal. Mas como empiezan las hojas otoñales, amarillo lagrimear de los árboles, el viento las hace venir hasta los cristales de mi cautiverio. Parecen mariposas doradas, para los ojos débiles mienten parvadas de cantadores canarios, alas acaso, plumones al menos. Cuánto tiempo tuvieron deseo de vuelo desde la verde arboleda, tal vez enamoradas del azul soñaran ser libres para ir hacia arriba, hacia donde están las nubes. Pero ahora libres, el viento juega con ellas y las tira hacia la tierra, a ser podre, como pudiera serlo esta carne renaciente, que lo será mañana, cuando el alma prisionera viva libre en el azul lejano, más allá de donde están las nubes.

Ramo de rosas

Mi amada no tiene rosas para traerme a mi lecho de enfermo. El huerto de nuestra casa está mustio porque sus manos han concentrado en mí toda su amorosa diligencia de jardinera. Mas para alegrar mis cuitadas horas ella trae en las tardes nuestro hijo pequeñito, nuestro único hijo, que entre mis brazos sin fuerza, luce como odorante ramo primaveral. Sus ojos llenos de asombro ante la mundanal obscuridad, se fijan absortamente en mí, acaso con un deseo de expresión, y no pudiendo decir nada se pone a reír, a reír como un cascabel, con una risa cuyo sentido único sólo lo entiendo yo. Y esta risa inefable se entra en mi corazón, caracol hueco, y allí sigue sonando como una música sin alas, con callada alegría que tonifica los decaídos pulsos.

Alas plegadas

En medio de este silencio perfumado de drogas he sentido como el aletear de un deseo nuevo, deseo de alargar las manos, de multiplicarlas, de extender su piedad hacia oscuros rincones llenos de quejas y de llanto. Es como si la inactividad casi mortuoria en que estuvieron las obligase a despertar con un anhelo de edificantes funciones. Pálidas y huesosas, parece que hubiesen cumplido una labor de yermo, tal como si hubieran lavado en un lejano Jordán la lacra de los vicios, las huellas pecaminosas de la vida, la pestilencia mundanal que las hiciera torpes y duras. Anémicas y delgadas, hechas largas por el dolor, tienen una inquietud de alas, sed de volar hacia rincones llenos de quejas y de llanto, para después, cansadas, plegarse, como hermanas, en una larga y silenciosa plegaria.

El estilo

¡Oh, Artista! sé como el agua, tan puro que evoques la tranquilidad de un lago olvidado en el corazón de una intrincada selva, en cuyas aguas se retrate fielmente el claro azul del cielo y el otro remoto de las estrellas que cantan en los abismos del Infinito. Cuando surja en ti una música imposible de callar, sé también como el agua, puro y melodioso como la fluida corriente de un límpido arroyuelo que arrastrase sus ondas entre la esmeralda de un frondoso follaje de violetas. Si la fuerza de una pasión te impide callar, y más aún conservarte en el límite de la melodía evocadora de silenciosas alas, sé como un torrente de agua despeñándose de altísima roca que a pesar del potente impulso no pierde su pureza, en cambio aumenta al robar al aire el vital oxígeno. Y si crees que es necesaria la música robusta para probar grandeza, recuerda ¡oh, Artista! que el mar, el inmenso mar sin playas, tiene la ola cantarina de espumosa melena blanca, tiene el arpa potente de Eolo, pero es amargo, amargo como todo lo que producen esos falsos mercaderes del ritmo que han prostituido la belleza de la forma, obtenible sólo al amparo de una fresca pureza franciscana.

La noche

Una vez, no sé cuándo, oí como en una infinita distancia la voz de la noche que hablaba a alguien:

–"Tú lo sabes, espíritu rebelde, pero tienes vergüenza en confesarlo... La noche posee prodigios más grandes que el día, sí, porque la luz solar alumbra hasta las cosas más sucias, igualando con su brillo astral las opacas con las relucientes. En mi reino silencioso no suceden esos atentados, porque a medida que la negrura de la sombra se hace más espesa, es más claro el brillo de las estrellas eternas, las cuales no pueden sin mí mostrar su luz propia. Y la voz de los surtidores, y la voz de la fuente, y hasta la voz del silencio nacen en medio de la tranquilidad sugestiva de mi reino. Todas esas manifestaciones de la vida profunda que tú eres incapaz de comprender, tienen su origen en mi negro corazón, negro pero pleno de luces. ¿Y no has visto tú cómo los pálidos poetas –aventureros en el país del Ensueño– cruzan la soledad religiosa de los campos y jardines, cuando ya la luz hase ahuyentado por completo, como buscando el gran misterio de su Destino en los pliegues inverosímiles de mi negra vestidura?"

Y la voz de la noche fue debilitándose lentamente, semejando un vago suspiro, hasta confundirse con el canto de la fuente, de los surtidores y del silencio.

COLOFON

La intención de estas páginas podría decirse que ha sido muy diversa. Carecen de un propósito previo en su organización literaria: junto con un discurso, un ensayo, una carta y un poema mínimo. Sin embargo, ellas todas han sido inspiradas por un mismo espíritu, acaso un poco solitario, pero inclinado siempre sobre las huellas que en la tierra señalan el paso de la divinidad y la belleza, que lo mismo se hace sensible en tierras del Norte, llenas de industria, como en lontananzas tropicales plenas de sol y soledad. El autor prevé que la crítica laica no habrá de ser piadosa con las protestas de fe contenidas en estas páginas, ya que la fe como elemento ideal ha sido pospuesta en nuestros planes sociales; mas de muchas partes del orbe sale hoy la voz que clama por el retorno de viejos presupuestos espiritualistas, que sean ventanas en la noche del hombre fatigado.

Se concluyó la impresión de estas lecturas en los talleres tipográficos de la Editorial "Sur-América", de los señores Parra León Hermanos, en esta ciudad Mariana de Santiago de León de Caracas, en la Vigilia de la Navidad del Señor del Año Santo de mil y novecientos y veinte y cinco.

LAUS DEO

HISTORIAL BIBLIOGRAFICO DE LOS TEXTOS INCLUIDOS EN EL VOLUMEN 14

Horas. Caracas: Tip. Mercantil, 1921. 194 p.

Motivos. Caracas: Tip. Mercantil, 1922. 77 p.

Ventanas en la noche. Caracas: Edit. Sur-América, 1925. 189 p.

INDICES DEL VOLUMEN 14

INDICE ONOMASTICO Y TOPONIMICO

Abdera, Demócrito de: 41, 45.
Acosta, Cecilio: 67, 68, 74, 75.
"Alas plegadas" (poema) de MBI: 296.
Alejandría [Egipto]: 165.
Aladina y Palomides: 41.
"Alegría infantil" (poema) de MBI: 281.
Alejandro VI [Papa]: 63.
Alemania: 252.
Alfonso X, El Sabio: 96.
Alma nuestra [de Adolfo Montiel Ballesteros]: 257.
América: 64, 153, 155, 255-9.
Angostura: 80.
Angulo, Manuela: 66.
Anuario de la Universidad de Los Andes: 66, 67.
Apeles [pintor griego]: 91.
Aqueronte [personaje mitológico]: 121, 122.
Aquiles [personaje mitológico]: 63, 182.
Arbrissel, Roberto de: 95.
Arias, Buenaventura [Obispo]: 65.
Arias, M. Estevan: 65, 66.
Ariel de [José Enrique Rodó]: 181.
Arroyo, Juan Avelino: 71.
Artzybachev, Michel Petrovich [novelista y dramaturgo ruso]: 177.

Balladores [Estado Mérida]: 69.
"El barco" (poema) de MBI: 291.
Barquisimeto: 73.
Barriga, Los: 64.
Basílides, el Gnóstico: 33.
Batalla de Austerlizt: 182.
Batalla de Ayacucho: 65.
Batalla de Farsalia: 182.
Batalla Las Queseras: 65.
Baviera, Luis de: 285.
Belén [Jordania]: 250, 287.
Berdugos, Los: 64.
Bergson, Henri: 205.
Betsaida: 275.
Binet, [Sangle ?; Alfred ?]: 248.
Bjorson, Bjornstjerne: 135.
Blanquerena [novela de Ramón Lull]: 222, 282.
Bois, [Jules]: 206, 207, 208, 209, 210.
Bolívar, Simón: 80, 84, 131.
Bonaparte, Napoleón: 182.
Bourget, Paul: 183.
Briceño, Angel María: 66.
Briceño, Antonio Nicolás: 217.
Briceño, Avelino: 73.

Buccoroni, ? [Sacerdote]: 210.
Buda: 33. Ver también: Sidharta Gautama.
Brahamanes: 185.

Caifás [personaje bíblico]: 274.
Calle Igualdad (Mérida): 74.
"El Camino" (poema) de MBI: 292-3.
Campoamor, Clara: 45.
Cancerbero [animal mitológico]: 121.
Caracas: 84, 141, 214, 250, 260, 334.
Carlyle, Thomas: 230.
Castelo, Blanca de: 218.
Castro, Julián: 75.
Cataluña [España]: 95.
Catedral de Mérida: 65.
Cátedra de Derecho Público y de Gentes [Universidad de Los Andes]: 67.
Cátedras de Matemáticas, Derecho Práctico y Leyes Nacionales: 24.
The Catholic World (New York) [revista]: 205.
Catón, Liciniano [jurisconsulto romano]: 177.
Cave City [EE.UU.]: 270.
Celis, Pablo M.: 69.
Cervantes y Saavedra, Miguel de: 63, 65.
César, Cayo Julio: 175, 182.
Chipía, Agustín: 75.
Cicerón, Marco Tulio: 176, 177.
"Cielo estrellado" (poema) de MBI: 292.
Cincinato, Lucio Quicio: 71.
Ciudad de Dios de San Agustín: 209.
"La clepsidra" (poema) de MBI: 289.
Club Liberal (Mérida): 72.
Código Penal [Venezuela]: 82.
Coll, Pedro Emilio: 263.
Collins, Floyd: 269, 270, 271.
"Como las aguas dormidas..." (poema) de MBI: 285-6.
Congreso Nacional [Venezuela]: 74.
Constantino [Emperador]: 183.
Constitución de Bolivia: 80, 84.
Córdoba, Gonzalo de: 63.
Cornieles, Los: 64.
Covarrubias, Los: 64.
Cruz de Ginebra [Cruz Roja]: 193.
Los Cuicas: 63.

Damasco [Siria]: 208.
D'Annunzio, Gabriele: 41, 45.
Dávila, Vicente: 217.
Da Vinci, Leonardo: 58.
Dante Alighieri: 37, 93.
De Profundis de Oscar Wilde: 55.
Derecho Romano: 240.
Derteano, Felipe: 203.
De Virginibus [de Ambrosio de Treveris]: 253.
De Virginitate [de Ambrosio de Treveris]: 253.
Díaz Rodríguez, Manuel: 50.
Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano [de Montaner y Simón, Editores]: 63.
El discípulo de Paul Bourget: 171.
Dizionario dell'Huomo salvatico [de Giovanni Papini y Giulotti]: 248.
Don Quijote de la Mancha: 19-20, 89, 131.
"Las dos monedas" (poema) de MBI: 287-8.
Dostoievsky, Fédor: 191.
Duchmonta, ? [Rey Indo]: 137.

Dumas, Alejandro: 49, 67.

Eclesiastés [libro de la Biblia]: 37.
Edad Media: 92, 93, 242.
Editorial Sur-América: 301.
El Avila [montaña]: 141.
Elementos de sociología de Franklin Giddings: 82.
El Heraldo [Caracas]: 83.
El Libertador: Véase: Bolívar, Simón.
El Tocuyo [Estado Lara]: 63.
Emerson, [Ralph Waldo]: 263.
Emparan, Vicente: 72
Epicteto [filósogo griego]: 13, 28, 55, 58, 141, 263.
Epístola I de San Pablo a los Corintios: 209.
Escorial [España]: 37.
España: 222.
Esquilo [dramaturgo griego]: 269.
Estados Unidos: 252, 258.
"El estilo" (poema) de MBI: 296.
Eulesis [Grecia]: 91.
Europa: 151, 153, 240, 242, 258.
Evangelio de San Lucas: 184.

Fallón, Blanca: 265.
El fantasma de Paul Bourget: 171.
Fausto [de Wolfgang Goethe]: 45.
Febres Cordero, Tulio: 69.
Fernández Peña, Gerónimo: 66.
Fernández Peña, Ignacio: 65, 66, 68.
Fernández Peña, Josefa: 65, 66.
Fernando V [España]: 63.
Fidias [escultor griego]: 126.
Filosofía Constitucional de [José Gil Fortoul]: 81.
Florencia [Italia]: 247.
Francia: 85.
Friné de Thespies: 91.
Futurismo [movimiento artístico]: 247.

Galilea [Palestina]: 131.
Galileo Galilei: 175.
García de Paredes, Diego: 63.
Gautama [nombre de familia de Buda]: 248.
Génesis [revista]: 55.
Gestos de Julio Sardi: 56, 58.
Giddings, Franklin: 82.
Gil Fortoul, José: 75, 81, 82, 84.
Goethe, [Johan Wolfgang Von]: 55, 234.
Golfo de México: 258.
González, Juan Vicente: 83.
González Guinand, [Francisco]: 75.
Gonzalo Salas, Tulio: 55.
Gordón, Jean: 252.
Gramont, Pedro: 64.
Gran Colombia: 80.
Gran Convención Nacional: 74.
Gratry, A. [escritor]: 79.
Grecia: 90, 91, 92, 93.
Gregorio, ?: 35.
Guevara, Antonio de: 19.
Guizot, [François]: 74.

Héctor [personaje de **La Ilíada**]: 63.
Hegel, [Georg Wilhelm Friedrich]: 50.
Helena [personaje de **La Ilíada**]: 182.
Helenia [Grecia]: 91, 165.
Hernández, José Gregorio: **225-7.**
Hipérides [orador ateniense]: 91.
Historia de Cristo [de Giovanni Papinni]: **247-50.**

Historia de Venezuela de [Rafael María Baralt y Ramón Díaz]: 64.
"Hojas amarillas" (poema) de MBI: 295.
Houston, David F.: 210.
"El huerto" (poema) de MBI: 293-4.
Hughes, H.B.L.: 247.
Hurtado de Mendoza, Cristóbal: 70.

Ibsen, Henrik: 41, 42.
Ihsak, Abon: 90.
Il crepuscole dei filosofi [de Giovanni Papinni]: 247.
La imitación de Cristo [de Thomas Kempis]: 249.
Imprenta de Juan de Dios Picón Grillet: 72, 74.
El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha de Miguel de Cervantes: 63.
Interior [drama de Gabriel D'Annunzio]: 42.
Invernizio, Carolina [novelista italiana]: 49.
Italia: 63, 247.

Jericó [Jordania]: 273.
Jesucristo: 93, 131, 179, 184, 191, 192, 218, 219, 226, 240, 247, 248, 249, 264, 273, 274, 275, 278, 281.
Job [personaje bíblico]: 25.
Jordán [río]: 131.
Juan Cristóbal [revista]: 58.
Juan Cristóbal [de Romain Rolland]: 155.
Júpiter [personaje mitológico]: 121, 249.
Jus civites: 165.

Kalidasa [poeta hindi]: 137.
Keats, John: 89, 90, 92.
Kempis, Tomás de: 37, 249, 250.
Kent, ?: 67.
Kentucky [EE.UU.]: 269.

Labastida, Ricardo: 70.
L'Acerba [revista italiana]: 247.
La Mancha [España]: 19, 21.
Laguna de Urao [Mérida]: 69.
La Religión (Caracas): 225.
Las XII Tablas: 240.
Lázaro [personaje bíblico]: 76.
Le Bon, Gustavo: 83.
León, Luis de: 209.
León, Ricardo: 171.
León, Salvador: 66.
Lepes [España]: 184.
Liëberman, Elías: 89, 90, 94.
El libro de oro de Séneca: 121.
El límite [novela] de Michel Artzybachev: 177, 191.
Lohengrin [personaje mitológico]: 97.
Lois psicologiques de evolutión des peuples [de Gustavo Le Bon]: 83.
Los Andes: 65, 255.
Los sofistas y la crítica [de A. Gratry]: 79.
Luciano de Samosata: 122.
Louisiana [Estados Unidos]: 246.
Lulio, Raimundo: 33, 34, 37, 95, 218, 221.

Madre de Chantal [religiosa]: 210.
Maeterlincki, Mauricio: 41-2, 57, 155, 171.
Mackintosh, ?: 67.
Maldonado, ? [traductor]: 122.
Marco Aurelio [Emperador romano]: 55, 58, 263.
Marinetti, Filippo T.: 247.
Margarita. Véase *Nueva Esparta.*
Márquez Bustillos, Victorino: 5.

Márquez & Co.: 14.
Masimilla, ? [místico]: 37.
Mefistófeles: 45.
Méndez, Josefa María: 67.
Mendoza [Estado Trujillo]: 217, 218, 222.
Menelao [personaje de **La Ilíada**]: 182.
Mercurio [personaje mitológico]: 121, 122.
Mérida [Venezuela]: 55, 56, 58, 65, 68, 69, 72, 74, 75, 86, 141.
Michel, Luisa: 55.
Milne Asylum: 252.
Mirbeau, Octave: 269.
Moisés [personaje bíblico]: 220.
Moloch [personaje mítico]: 21.
Momboy [río. *Trujillo*]: 217.
Monagas, José Tadeo: 74.
Monagas, Los: 68.
Montiel Ballesteros, Adolfo: 257.
Motatán [río. *Trujillo*]: 97.
Motivos de MBI: 201.
Mucuchíes [Estado Mérida]: 73.
Mucurubá [Estado Mérida]: 73.
"La muñeca rota" (poema) de MBI: 286.
"Muñecas de barro" (poema) de MBI: 289.
Murallas de Tebas: 91.

Nicodemus [Personaje bíblico]: 218, 281.
Nietzche, Friedrich: 172.
Nervo, Amado: **33-7**, 57, 171.
"El niño muerto" (poema) de MBI: 286.
"La noche" (poema) de MBI: 297.
Los nombres de Cristo de Fray Luis de León: 209.
Norteamérica. Véase: *Estados Unidos.*
Novalis, Friedrich: 253.
Nucete, José Vicente: 75.
Nucete, Manuel Vicente: 71.
Nueva Orleans [Louisiana]: 214, 225, 235, 253, 266, 268, 271.
Núñez de Arce, Gaspar: 37.
Núñez Ponte, J[osé] M[anuel].

Ojos de Julio Sardi: 56.
"Ojos de la tierra" (poema) de MBI: 290.
Orinoco [río]: 65, 84.
Orsino, Los: 63.

Páez, José Antonio: 65.
Paganismo de Julio Sardi: 53.
Palazzeschi, Aldo: 247.
Palestina: 274.
Papini, Giovanni: 247, 248, 249, 250.
Paraninfo de la Universidad Central de Venezuela: 239.
Pardo Bazán, Emilia: 95.
Paredes, Antonio: 65.
Paredes, Eloy: **63-76**.
Paredes, Ignacio: 65.
Paredes, José de la Cruz: 65.
Paredes y Angulo, Juan Antonio: 65, 66.
Parra León, Caracciolo: 245.
Parra León, Hermanos: 301.
Pascal, Etienne: 9, 57.
"Pax" (poema) de MBI: 288-9.
Pedro, el Ermitaño: 222.
Petit, Natividad: 60, 70.
Picón Febres, Gabriel: 69.
Picón Grillet, Juan de Dios: 69, 72.
Picón Lares, Roberto: 229.
Picón Salas, Mariano: 55.
Pitágoras: 185, 263.
El Placer de Gabrielle D'Annunzio: 42.
Platón: 263.
Plauto: 19.

Plotino: 33, 185, 263.
Porfirio [filósofo fenicio]: 185.
Praxíteles: 91.
"Primavera de invierno" (poema) de MBI: 290.
Primera Comuna [de París]: 241.
"Primera comunión" (poema) de MBI: 287.
Próceres trujillanos de Vicente Dávila: 217.
Procio [filósofo neoplatónico]: 185, 263.
Provenza [Francia]: 95, 96.
Pulido, Ignacio: 71.

Quiroz, ?: 64.

"Ramo de rosas" (poema) de MBI: 295.
Renán, Ernesto: 248.
El Republicano [periódico]: 84.
Revolución [Francesa]: 241, 242.
Rey Sabio. Véase: Alfonso X.
Río Grande: 255.
Río Plata: 255.
Rod, Eduardo: **49-51**, 171.
Rodó, José Enrique: 181.
Rodríguez Picón, Antonio Ignacio: 65.
Rolland, Romain: 155, 156, 171.
Roma: 72, 95, 242.
Rosario, Francisco Antonio: **217-23**.
"Rosas" (poema) de MBI: 290-1.
Rosi, Pascual: 82.
Rubén Darío: 56, 127.
Rusia: 187.
Ruysbroeck, Jan Van [místico flamenco]: 33, 34, 263.

Saci, M. de: 9.
Sakuntala [personaje de un drama de Ralidasa]: 137.
Salas Roo, Federico: 55.
Salas, Juan Antonio: 55.
Salas, Julio: 55.
San Agustín: 209.
[San] Andrés: 264.
San Atanasio: 249.
San Bruno: 55.
San Cristóbal [Estado Táchira]: 69.
San Francisco de Asís: 34, 37, 93, 94, 95, 218, 221, 222, 263.
San Francisco de Paula: 218.
San Francisco de Sales: 210.
San Ignacio de Loyola: 210, 218, 221.
San Isidoro de Sevilla: 250.
San Juan: 277, 281.
San Juan de la Cruz: 34, 210, 212, 217.
San Juan de Patmos: 37.
[San] Lucas: 248, 279.
[San] Marcos]: 248, 273, 275.
[San] Mateo: 248.
San Pablo: 208, 209, 249.
San Pedro: 264.
San Vicente de Paúl: 218.
Santa Clara: 34.
Santa Teresa de Jesús: 34, 37, 94.
Santo Tomás de Aquino: 221.
Santo Tomás, el Apóstol: 57.
Sardi, Julio: **55-9**, 145.
Schuré, Edouard: 248.
Scott, [Walter]: 67.
Segundos Juegos Florales de Valera (1921): 87.
Séneca: 121.
El sentido de la muerte de Paul Burguet: 183.
Shuster, George N.: 169.
Sidharta: 263. Véase además: Buda.
El silencio de [Eduardo Rod]: 49.
Sileno [divinidad de origen frigio]: 121.

Sicilia [Italia]: 95.
Siglo de Oro Español: 165.
Sociología y psicología colectiva de Pascual Rosi: 82.
Soffici, [Ardengo. Futurista italiano]: 247.
Sófocles: 269.
Solness [personaje ibseniano]: 41.
Spinosa, Baruch: 34.
Stacio [Estacio. Poeta latino]: 176.
Strauss, David Frederich: 248.
Suiza: 155.
Summa Teológica [de Santo Tomás de Aquino]: 221.
The superconscious and the drama of the soul [ensayo de Jules Bois]: 206.

Talavera [y Garcés, Mariano de]: 65.
Tercera Internacional: 241.
Tertuliano, Quintius Septimus: 57.
The Catholic Spirit in current italian literature [de H.B.L. Hughes]: 247.
Themis [deidad griega]: 91.
Tierra del Fuego [Chile]: 258.
Tipografía Mercantil: 2, 141, 143.
Todi, Jacopone de: 23.
Tolstoi, León: 56.
Torre de Babel: 147, 160, 161.
Trejo, Domingo: 73.
Treveris, Ambrosio de: 253.
Troya: 182.
Trujillo [España]: 63.
Trujillo [Venezuela]: 63, 96, 141, 217.

Una extraña luz negra [de Julio Sardi]: 56.
Universidad de Caracas: 66.
Universidad de Los Andes [Mérida]: 61, 67, 76, 243.
Universidad de San Buenaventura [Mérida]: 65.
Universidad de Santa Fe [Bogotá]: 66.
Uzcátegui, [Francisco Antonio]: 65.

Vacherot, Etienne: 171.
Valencia [Venezuela]: 74.
Valera [Estado Trujillo]: 91, 217.
Vallenilla Lanz, Laureano: 85.
Venezuela: 55, 64, 65, 74, 96.
Venus Anadiámene [pintura]: 91.
Venus de Milo: 126, 179, 193.
Verun Urania: 95.
Veintiquattro Cerveri de Giovanni Papinni: 247.
Verlaine, Paul: 96.
Víctor Hugo: 85.
Vidal, Armando de: 95.

Wilde, Oscar: 55, 169.
Wilson, Thomas Woodrow: 153, 156.

Zamacois, Eduardo: 49.
"Zapatitos vacíos" [poema] de MBI: 291.
Zarathustra, el Antiguo: 33.
Zolá, Emilio: 50.
Zozaya, Antonio: 192.

INDICE DE MATERIAS

AMERICANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Americanismo.**

ARTE
- **Pintura:** 168.

ASPECTOS AUTOBIOGRAFICOS: 141.

BELGICA. Véase: **LITERATURA - Nacional - Bélgica.**

BOLIVARIANISMO: 80-1. Véase además: Bolívar, Simón (Indice onomástico).

CODIGO PENAL. Véase: **DERECHO - Código Penal.**

CONMEMORACIONES. Véase: - **CULTURA - Conmemoraciones.**
- **RELIGION - Doctrinas - Cristiana - Católica - Ceremonias.**

CRITICA HISTORICA. Véase: **HISTORIA - Crítica histórica.**

CULTURA
- **Conmemoraciones: 267-8.**
- **Griega: 90-2.**
- **Historia:** 165, 167.
- **Nacional**
  - **Estados Unidos: 252.**
  - **Francia:** 81.
  - **Rusia: 187.**
- **Períodos**
  - **Antigüedad: 90-2.**
  - **Edad Media: 92-5.**

- **Tendencias.**
  - **Americanismo: 255-9.**
  - **Feminismo: 251-3.**
  - **Idealismo: 95, 183-4, 191-2.**
  - **Materialismo: 189, 191.**
  - **Misticismo: 175-6, 177-8, 179, 181-2, 185, 187, 189.**
  - **Pacifismo: 155-6.**
  - **Paganismo: 95.**

DERECHO
- **Código Penal: 82.**
- **Constitucional: 80-3.**
- **Historia: 80-3.**
- **Pretoriano: 240.**
- **Romano: 240-1.**

Véase también: **IDEOLOGIZACIONES - Derecho.**

DOCTRINAS RELIGIOSAS. Véase: **RELIGION - Doctrinas.**

EDUCACION
- **Laica: 212-4.**
- **Pensamiento educativo: 212-4.**
- **Psicología educativa: 205-4.**

EDUCACION RELIGIOSA. Véase: **RELIGION - Educación.**

ESTETICISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Esteticismo.**

ESTOICISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Estoicismo.**

ESTUDIOS FILOSOFICOS. Véase: **FILOSOFIA - Estudios.**

ETICA. Véase: **FILOSOFIA - Etica.**

FEMINISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Feminismo.**

FILOSOFIA
- **Estética**
  - **Ideal femenino: 95-7.**
- **Estudios: 247-8, 249-50.**
- **Etica**
  - **Poder Moral: 83-5.**
- **Historia: 165, 167.**
- **Pensamiento filosófico: 275-6.**

- **Tendencias**
  - **Esteticismo: 89-97.**
  - **Estoicismo: 240-1.**
  - **Idealismo:** 37, 170.
  - **Intelectualismo:** 163-4.
  - **Materialismo:** 170, 199-2.
  - **Misticismo: 33-7, 171-3.**
  - **Nihilismo:** 163-4.
  - **Panteísmo místico: 34, 129-30.**
  - **Positivismo:** 163-4, 183-4.
  - **Pragmatismo:** 163-4.

FRANCIA. Véanse: - **CULTURA - Nacional - Francia.**
- **LITERATURA - Nacional - Francia.**

FRANCISCANISMO. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Cristiana - Católica - Tendencias - Franciscanismo.**

FUTURISMO. Véase: **LITERATURA - Tendencias - Futurismo.**

GRECIA. Véase: **CULTURA - Griega.**

GUERRA. Véase: **IDEOLOGIZACIONES - Guerra.**

HISTORIA
- **Crítica histórica: 163-4,** 169-70.
- **Pensamiento historiográfico:** 85-6.
- **Regional**
  - **Mérida: 63-76.**

HISTORIA
- Cultural. Véase: **CULTURA - Historia.**
- Derecho. Véase: **DERECHO - Historia.**
- Filosófica. Véase: **FILOSOFIA - Historia.**
- Religiosa. Véase: **RELIGION - Doctrinas - Cristiana - Católica Historia.**

HUMANIZACION. Véase: **IDEOLOGIZACIONES - Humanización.**

IDEAL FEMENINO. Véase: **FILOSOFIA - Estética - Ideal femenino.**

IDEALISMO. Véase: - **CULTURA - Tendencias - Idealismo.**
- **FILOSOFIA - Tendencias - Idealismo.**

IDEOLOGIA POPULAR. Véase: **SOCIOLOGIA – Ideología popular.**

IDEOLOGIZACIONES:
- **Derecho:** 149.
- **Guerra:** 149–53, 157–8, 159–60.
- **Humanización:** 159.
- **Justicia:** 149, 155–6, 161, 191–2, 239–43, 277–8.
- **Paz:** 155–6.

INTELECTUALISMO. Véase: **FILOSOFIA – Tendencias – Intelectualismo.**

JUSTICIA. Véase: **IDEOLOGIZACIONES – Justicia.**

LAICISMO. Véase: **EDUCACION – Laica.**

LEYES. Véase: **DERECHO.**

LIBERTAD
- **De expresión:** 79–86.
- **De pensamiento:** 83–4.

LITERATURA
- **Nacional**
  - **Bélgica:** 41–6.
  - **Francia:** 171–3.
  - **México:** 33–7.
  - **Rusia:** 177–8, 191–2.
  - **Suiza:** 49–51.
  - **Venezuela:** 55–9.
- **Períodos**
  - **Medieval:** 96.
- **Tendencias**
  - **Futurismo:** 247.
  - **Metafísica:** 49–51.
  - **Misticismo:** 181–2.

LITERATURA RELIGIOSA. Véase: **RELIGION – Literatura.**

MATERIALISMO. Véanse: – **CULTURA – Tendencias – Materialismo.**
– **FILOSOFIA – Tendencias – Materialismo.**

MERIDA. Véase: **HISTORIA – Regional – Mérida.**

METAFISICA. Véase: **LITERATURA – Tendencias – Metafísica.**

MEXICO. Véase: **LITERATURA - Nacional - México.**

MISTICISMO. Véase: - **CULTURA - Tendencias - Misticismo.**
- **FILOSOFIA - Tendencias - Misticismo.**
- **LITERATURA - Tendencias - Misticismo.**
- **RELIGION - Tendencias - Misticismo.**

NIHILISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Nihilismo.**

NIÑEZ: 231-5.

PACIFISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Pacifismo.**

PAGANISMO. Véase: **CULTURA - Tendencias - Paganismo.**

PANTEISMO MISTICO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Panteismo místico.**

PAZ. Véase: **IDEOLOGIZACIONES - Paz.**

PEDAGOGIA. Véase: **EDUCACION.**

PENSAMIENTO
- EDUCATIVO. Véase: **EDUCACION - Pensamiento educativo.**
- FILOSOFICO. Véase: **FILOSOFIA - Pesamiento filosófico.**
- HISTORIOGRAFICO. Véase: **HISTORIA - Pensamiento historiográfico.**
- SOCIOLOGICO. Véase: **SOCIOLOGIA - Pensamiento sociológico.**

PERIODISMO: 79-86.

PINTURA. Véase: **ARTE - Pintura.**

PODER MORAL. Véase: **FILOSOFIA - Etica - Poder Moral.**

POSITIVISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Positivismo.**

PRAGMATISMO. Véase: **FILOSOFIA - Tendencias - Pragmatismo.**

PSICOLOGIA
- **Psicoanálisis: 205-14.**

RELIGION
- **Doctrinas**
  - **Cristiana**
    - **Católica**
      - **Ceremonias, festividades y conmemoraciones: 267-8.**
      - **Historia:** 221-2, 258-9.
      - **Tendencias**
        - **Franciscanismo: 93-4.**
        - **Misticismo: 208-10.**
- **Educación: 212-4.**
- **Literatura: 247-50.**
- **Pensamiento cristiano: 223, 241-3, 257-9, 281-3.**
- **Personajes: 225-7, 247-50.**
- **Valores morales: 212-4.**

RUSIA. Véanse: - **CULTURA - Nacional - Rusia.**
- **LITERATURA - Nacional - Rusia.**

SOCIOLOGIA
- **Ideología popular:** 258.
- **Pensamiento sociológico:** 85, 175-6.

SUIZA. Véase: **LITERATURA - Nacional - Suiza.**

TEOSOFIA: 33.

TRUJILLANIDAD: 96-97.

VALORES RELIGIOSOS. Véase: **RELIGION - Valores morales.**

VENEZUELA. Véanse: - **LITERATURA - Nacional - Venezuela.**
- **HISTORIA - Regional - Mérida.**

Impresión realizada para el Congreso de la República en
los Talleres Gráficos de JOAQUIN IBARRA/Impresores,
Avenida Augusto C. Sandino, Caracas, Venezuela
en el mes de octubre de 1991

En 1976 el Congreso de la República, por iniciativa del Diputado Dr. José Rodríguez Iturbe acordó editar las **Obras Completas** de Mario Briceño Iragorry. El texto del Acuerdo apareció publicado en la Gaceta Oficial Nº 30.996, el 4 de junio de aquel año. De esa manera se rendía homenaje al ilustre escritor y pensador trujillano, quien fuera Presidente del Poder Legislativo en 1945 y cuya trayectoria pública se distinguió por su amplitud ideológica.

La figura de don Mario Briceño Iragorry se erigió como símbolo de dignidad por su honesta e infatigable lucha contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, conducta valerosa que lo condujo al exilio desde diciembre de 1952 hasta abril de 1958 después del derrocamiento del régimen represivo. Su obra es en conjunto un breviario de nacionalismo latinoamericano, entendido como denuncia permanente de las mediatizaciones económicas y políticas a que ha estado sometida cíclicamente la Historia de nuestras Repúblicas y a cuyo proceso alienante opone la defensa permanente de nuestros valores de la tradición y la cultura.

Briceño Iragorry fue también exponente luminoso de un pensamiento católico de gran modernidad y vigencia por su contenido social.

Estas **Obras Completas**, que abarcarán aproximadamente 20 volúmenes, recogen desde los primeros textos publicados por el ensayista, hasta la obra dispersa en publicaciones periódicas y valiosos materiales que integran su archivo personal.

La Comisión Editora deja constancia expresa de gratitud a los miembros de la Fundación "Mario Briceño Iragorry" por el respaldo y colaboración que han hecho posible la localización, ordenamiento y publicación de los textos.

Caracas, diciembre de 1988